

CIRCULO DEL CRIMEN
AL FINAL DEL ARCO IRIS
JAMES M. CAIN
EDICIONES FORUM
Nº13
R.T. PALAT

Annotation

La madre de Dave Howell le hablaba incansablemente de un tesoro que se encontraría «al final del arco iris». Ese sueño imposible pareció hacerse realidad un día con las presencia del secuestrador de un avión, con un botín de cien mil dólares y una bella azafata que había tomado como rehén. Pero no fue solo el dinero lo que entró en la vida de Dave, sino también la pasión, los celos, la muerte y un terrible interrogante sobre su vida misma.

Al final del arco iris

James M. Cain

AL FINAL DEL ARCO IRIS

Círculo del Crimen Nº 13

1

Era una de aquellas noches de sábado como las que mamá y yo pasábamos desde que murió mi padre, o al menos el hombre al que yo creía mi padre. Últimamente, oscurecía antes. La gasolinera donde yo trabajaba se cerraba, y se colocaba un cartel sobre el surtidor: «No hay gasolina». Así que me iba a casa con mamá. Pero no crean que nos aburríamos ni que el tiempo pasaba lentamente. Ocurrían muchas cosas, demasiadas para mi gusto y reinaba bastante animación. La primera parte (cuando empezaba a anochecer) no estaba mal; sólo que ella se mostraba como un poco chiflada y absurda. Pero, claro, no hay ninguna ley que prohíba comportarse así. Empezaba a hablar de lo ricos que seríamos por esto y por lo otro. Aquella noche había un extra: me estaba dando la lata hablándome del arco iris que ella había visto por la tarde, cuando dejó de llover y salió el sol.

—¿Sabes una cosa, Dave? —susurró—. Al final de ese arco iris hay un bote lleno de oro, sí señor. Y nos está esperando. Es algo que presiento. Sólo si somos un poco decididos. Si vamos en el coche la semana que viene nos apoderaremos de él.

—¿Hay alguna carretera hasta el final del arco iris?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No, no lo sé.

Porque ella quería decir tantas cosas a la vez que yo perdía el hilo de su conversación. Como cuando estuvo un buen rato hablándome del petróleo, insistiendo en que deberían perforarse nuestras tierras y que luego cobraríamos royalties por ello, «miles y miles». Yo le contesté que todo el sur de Ohio había sido ya perforado.

—Hubo petróleo aquí —le expliqué—, pero eso fue hace años, y ya no queda ni en nuestras tierras ni en las otras.

Luego, durante un rato, habló de Marriott. Había leído algo sobre Marriott en los periódicos: que instalaría un parque de atracciones en nuestras tierras, con montañas rusas, norias gigantes y un buque de vapor para dar paseos por el río.

Nuestra casa se levantaba a orillas del río Muskingum, a algo más de quince kilómetros de Marietta. Teníamos dos parcelas separadas, de las que habíamos logrado obtener algo, haciendo casi todo el trabajo mamá, y ayudándola yo cuando podía, e incluso contratando peones cuando hacía falta. Era cierto que los buques de vapor habían navegado antaño por el río, pero no creo que eso pudiera interesar a Marriott. Mamá hablaba de otras cosas, a cual más estúpida, así que yo no acababa de entender exactamente lo que quería decir, pero le permití que hablara. Sabía que no me dejaría en paz hasta que le

prestara oídos.

—Está bien, ¿qué es ello? —le pregunté.

—Bueno —empezó a decir, después de aspirar larga y temblorosamente—, esta vez podremos hacerlo. No tendremos que pedir nada a nadie. Sólo levantarnos e ir. Iremos en nuestro coche cuando esté arreglado y aprovecharemos la ventaja.

—¿La ventaja de qué?

—Porque esta vez podemos...

—¿Quieres explicarte, por amor de Dios?

—Es en Maryland. Iremos en coche hasta Cumberland, lo cual nos llevará menos de un día, y...

—Sí, ¿y qué?

—Compraremos billetes de lotería.

¡Así que después de tanta cháchara y resoplidos me venía con eso! Pero ella era bajita, joven y linda a su pecosa manera montañesa, y me constaba que vivía por entonces en un mundo de sueños. Así que la besé y le dije:

—Bien. Iremos a Cumberland, ¿se llama así esa ciudad?, el mes próximo, cuando las carreteras se hayan secado. Ahora todo está inundado y el agua nos llegaría hasta el capó. Pero pronto, cuando el nivel haya descendido, iremos y compraremos un billete de lotería.

—Más de uno, Dave; tenemos que comprar un fajo. De ese modo, no tenemos más remedio que ganar.

Yo no le presté mucha atención, pero fingí que se la prestaba, y durante un rato le hice compañía pretendiendo hacerle caso. Luego, al cabo de un rato, yo le pregunté:

—Bueno, compramos un billete, y luego ¿qué?

—Seremos ricos.

—Te he preguntado: ¿y luego qué?

—Luego, con todo ese dinero, venderemos la casa, venderemos el otro terreno, nos sentaremos a descansar y...

—¿Y qué?

—Todo lo que queramos.

Teníamos dos parcelas porque yo había comprado otra después de que mi padre muriera —bueno, el marido de ella—, además de la que ya teníamos cuando él vivía. Allí levantó él lo que llamaba un rancho. Lo construyó del único modo que sabía, con un martillo, una sierra, tablones y sus dos manos. Era de Texas, y cuando ingresó en el Ejército lo destinaron a la oficina de reclutamiento de Marietta, donde mamá trabajaba de cantinera. Ella procedía de Flint (Virginia occidental), por entonces un campamento minero a orillas del Monongahela, y ahora una ciudad fantasma porque la mina de carbón había sido cerrada, aunque una cuadrilla empezó a excavar al otro lado de la montaña. Mamá trabajó primero en Fairmont, río abajo

desde Flint, pero tuvo que marcharse de allí tras una pelea en la que se vio implicada. Entonces se fue a Ohio. Una vez le pregunté por qué vino tan lejos en lugar de instalarse en Clarksburg, que estaba junto a la carretera.

—No me gusta mucho Clarksburg —me contestó.

Una vez que estuve allí, descubrí la razón. Mamá era una Giles, y Clarksburg es una ciudad llena de Kings, y un Giles no se acerca a un King porque eso no es saludable. Estoy tratando de dar una idea de cómo su condición de montañesa influía en la forma de ser de mamá.

Así, pues, se casó con Jody Howell, el cual adquirió el otro terreno con el dinero que los dos habían ahorrado, y edificó la casa con sus propias manos. La construyó al modo que había aprendido en Texas: cuadrada, dividida en cuatro habitaciones comunicadas entre sí, dos puertas en la fachada principal, otras dos traseras, un porche y una cocina en el patio de atrás. Pero una casa, que es perfecta para Texas, resulta fría como un témpano para Ohio. Al llegar el invierno, casi nos helábamos. Cuando yo cumplí los dieciséis años, mi padre sufrió una tisis galopante y permanecía sentado en el porche todo el día con una escupidera a su lado para expectorar. Luego se murió. Jamás nos había dicho que tenía un seguro, pero vino un cheque de diez mil dólares a mi nombre. Con el dinero hice un pago de nueve mil dólares a cuenta de los veintidós mil de la parcela vecina y nos mudamos a la nueva casa. Mamá se mostró resentida porque su marido hubiese puesto el seguro a mi nombre y «no le hubiera dejado un céntimo» a ella. Entonces empezó a comportarse de aquel modo tan peculiar, que es a lo que voy. No tengo el propósito de excusarme por sacar a relucir un poco los trapos sucios, pero tal como me siento, sacaría hasta una lavandería.

Pues bien; lo diré: ella empezó a insinuárseme. Tras hablar del oro y del dinero que íbamos a conseguir de un modo u otro, tomaba mi mano, la pasaba por su cintura, y la arrastraba por su pecho, que era redondo, cálido y blando. Eso me asustaba muchísimo. Yo he tratado de decir que ella era montañesa, y he oído hablar mucho de cosas así, de madres que se encaprichan de sus hijos y de padres que andan tras sus propias hijas.

Parece divertido, pero recuerden que los chicos montañeses de dieciséis años pueden cargar tanto carbón como sus papás, así que cuando trabajan en las minas se casan, en su mayoría, con chicas de catorce años y aun menos. Bueno, cuando el hijo cumple los dulces dieciséis, nunca lo han besado; es un muchacho de buena planta, con musculatura, y su mamá está aún en sus veintitantos, con ideas propias de su edad. Y claro, mirando hacia atrás, esto evoca el caso de papá y Sissi, tan pronto él se fijó en ella. Trato de explicar que cuando uno se ve metido en una cosa de ésas, que cuesta trabajo creer,

generalmente se encuentra una justificación. Con mamá sucedía que estaba en la mejor edad. Contaba treinta y tantos, y yo sólo tenía veintidós. Era de mediana estatura, tirando a pequeña, con cabello rubio polvoriento, ojos azul claro, piel pálida, pecas y un cuerpo que ningún hombre podía olvidar.

Pero aún estoy sacando a relucir trapos sucios. Lo que trato de decir es que mi temor se debía a que si ella procedía de la montaña, yo también o, al menos, eso creía. Y tal suposición resultó cierta, aunque en un sentido muy particular. Si yo era montañés, tal vez quisiera poner mi mano allí tanto como la propia mamá. Aquello me causaba horror, pues podríamos encaminarnos a algo que sería como recorrer los quince malditos kilómetros Muskingum abajo.

Así que, de repente, dije:

—Es hora de irse a la cama.

Los dos dormíamos en la planta baja de la casa nueva, yo en la habitación pequeña y mamá en el comedor. La puerta principal de la vivienda se abría a un recibidor que llevaba a la cocina, y del que arrancaba una escalera que conducía al piso alto. También había un armario ropero. A la izquierda del recibidor, al otro lado de una arcada, estaba el salón, con una chimenea en un extremo y una puerta doble en la pared del fondo, que llevaba al comedor. Junto a la chimenea, otra puerta daba a un cuarto pequeño que había sido construido como una especie de anexo del salón, pero su función principal era sustentar una especie de terraza en el piso de arriba. Para que los dos estuviéramos en el mismo piso, mamá me hacía dormir en la habitación pequeña y ella se quedaba en el comedor. Ambos nos acostábamos en catres que ella había comprado en la ciudad, y sólo con mantas, ya que las sábanas, me decía, «no eran más que tonterías». Además había que tomarse la molestia de lavarlas. Yo me sentía avergonzado, pero accedí a todo. Así que aquella noche de sábado, apenas me había metido en la cama cuando oí que llamaban a mi puerta, allí apareció mamá, trayéndome pan de maíz y mantequilla. Bebí y comí, y ella permaneció sentada a mi lado, vestida con bata y kimono azul, pero ambas prendas las llevaba abiertas, colgantes y desabotonadas.

—¡Vamos! Abróchate el kimono —le insté.

—Ya me has visto muchas veces. Es una cosa natural.

—Te he visto muy a menudo, sobre todo aquí últimamente, y puede que sea una cosa natural, pero no me parece bien.

—¿Lo dices porque soy tu madre?

—¿Por qué lo voy ya decir si no? ¿Y por qué no lo dices tú?

—Debe de haber una razón, Dave.

Así es como ella hablaba del asunto. Siempre se pasaba un poco de rosca, pero sin atreverse del todo.

—¡Maldita sea! ¡Abróchate eso! —la conminé.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—¿Has oído lo que te he dicho yo? —repetí burlonamente.

Acabó por abrocharse. Luego, como si fuera una idea divertida que se le hubiera ocurrido de repente, me dijo:

—Pareces estar tan cómodo en esa cama, que me gustaría meterme en ella contigo.

—Pues te echaré a puntapiés si lo haces. Toma este vaso y vete.

Terminé de beber el contenido del vaso y se lo entregué. Mamá lo tomó y me reconvino:

—No eres amable conmigo, Dave.

—Y tú eres demasiado amable conmigo.

—Mi pequeño Davey Howell, escucha...

—Te he dicho que te vayas, así que ¡fuera!

Al final se marchó y yo apagué la luz y permanecí echado en la oscuridad, preguntándome qué significaría todo aquello. No había duda de que ella tomaba el asunto en serio. La cuestión era si lo tomaba en serio yo también. A mis veintidós años, tenía unos impulsos normales, acaso demasiado normales en los dos últimos meses, desde que una chica con la que salía me dejó plantado y se casó con otro. No comprendo por qué razón lo hizo, como no fuera porque el tipo en cuestión tenía un Cadillac. Aquello me había tenido muy encelado, especialmente por las noches, que era cuando la chica y yo hacíamos el amor en grande. Yo pensaba que la respuesta que debía dar a mamá era negativa, pero tampoco estaba seguro de por qué. Permanecí despierto y muy preocupado. Sin embargo, debí de dormirme, pues me despertaron, de repente, la luz del salón y las sacudidas que mamá daba a mi cama. Al principio pensé que se trataba otra vez de lo mismo.

—Dave —susurró—. Hay alguien en la isla. Se les oye hablar.

La «isla» era un mogote en medio del río. Se había formado en la orilla este, donde nosotros vivíamos, y luego había quedado separado de tierra firme por una avenida del río un par de años antes. Se divisaba desde el rancho, donde manteníamos una luz encendida permanentemente, para hacer ver que alguien habitaba allí. El islote no se veía desde la casa, a menos que uno subiera al piso alto.

—Mamá, sufres alucinaciones. No puede haber nadie en la isla; no hay modo de llegar hasta allí. Probablemente se trata de algún borracho a quien se le ha estropeado el coche, y espera ayuda en la carretera. Ahora, vuélvete a la cama. Déjame solo. Quiero dormir.

—Puede que no haya camino, pero habrá otro modo de llegar.

—¿Otro modo? ¿De qué estás hablando?

—¿Tú qué crees?

De repente, recordé las noticias que vimos por la televisión: un avión había sido secuestrado por un tipo que esgrimía una pistola, con la que amenazaba a una azafata a la que mantenía como rehén. Había desviado el aparato de Chicago a Pittsburgh, y luego de acá para allá, mientras le procuraban cien mil dólares y un paracaídas que, al fin, le fueron entregados; todo eso con veinticinco personas a bordo y una tormenta que se avecinaba. Mamá se quedó parada, en la penumbra, mirándome fijamente, y susurró:

—Los dos están hablando. Esa chica debe de ser aquella a la que él amenazaba con el arma. Tienen que ser ellos.

Me levanté de un salto y me dirigí corriendo hacia la cocina y escuché. ¡Claro! Pude oír gritar a un hombre y, de vez en cuando, la voz de una chica.

—Está bien —dije—. Tenemos que ir. Tráeme las linternas, mientras yo me visto.

2

Mamá estaba ya vestida esperándome en la parte trasera de la casa. Yo me puse los pantalones y zapatos, pero no los calcetines, y una chaqueta de piel de oveja, sin camisa. En la cocina tomé un fusil que siempre estaba allí; era un Enfield de la guerra mundial que mi padre compró en una liquidación, en Marietta. Tiré del cerrojo y metí una carga en la recámara. Esgrimiendo ambos nuestras linternas, bajamos por el sendero. Al acercarnos a la orilla, aquel tipo dejó de gritar y luego, de repente, exclamó:

—¡Hola!

—¡Hola! —contesté yo—. ¿Quién es usted?

—No importa quién soy. ¿Tiene usted un bote?

—Uno pequeño, sí.

—¿Tienen coche?

—Sí.

—Traiga el bote y enséñeme dónde está el coche. Entrégueme las llaves.

—¡Por favor! —terció la chica con voz temblorosa—. Haga lo que dice o me matará.

—¡Está bien! ¡Está bien!

—¿Me has oído, muchacho? ¡Hazlo inmediatamente!

—Y espero que usted también me haya oído a mí —repliqué—. Pero hay un par de cosas que quiero aclarar primero. Señorita, ¿quién es usted?

—Yo era la azafata de ese avión, el que fue secuestrado la pasada noche. Él me apuntaba a la cabeza con una pistola. Luego, cuando finalmente abrieron la puerta, le dio miedo saltar, y yo le empujé. Me agarró y descendimos los dos. Él me pegaba para que me soltara, pero no me solté, y los dos fuimos a caer al agua. ¡Oh, por favor! Podría matarme ahora. Él...

—No, no la matará.

—¿Por qué cree que no la mataré?

—Porque si la mata, morirá usted también.

No hubo respuesta a mis palabras, así que añadí:

—Usted no puede salir de esa isla si yo no le permito transbordar. Y si trata de escapar nadando, Dios le ayude. El río viene crecido y lo pescarán muerto quince kilómetros más abajo, en la presa. ¿Comprendido?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señor.

—Bien; ahora tengo que ir por los remos a la casa.

—¿Qué casa?

—La que hay en aquella colina.

—No veo ninguna colina.

—Tendré que iluminarla.

Luego le dije:

—Volveré en el bote —y emprendí el camino de la casa, pero antes susurré a mamá—: Pase lo que pase, sigue hablándoles.

Mamá había vuelto hacia otro lado el haz luminoso. Subí hasta la casa y entré en la cocina, donde eché un vistazo al reloj«. Las cinco y cinco. Sólo faltaban unos minutos para las primeras luces del amanecer, así que tenía que actuar con rapidez. Salí de nuevo, tomé los remos del porche y bajé por el otro sendero hasta el bote, que permanecía, varado en nuestro pequeño embarcadero. Afortunadamente, hacía una semana o diez días lo había puesto en seco.

Un bote no es fácil de utilizar después de tenerlo tanto tiempo fuera del agua. Al botarlo advertí que tenía algunas vías de agua, pero no demasiadas. La segunda vez que lo achiqué apenas hubo filtraciones, lo cual significaba que, después de quitarle el alquitrán, la embarcación estaba apretada y lista, dispuesta para zarpar. Un bote pequeño como el que yo tenía, del tipo llamado *johnboat,* tiene la forma de un plato hondo, popa cuadrada, un banco a proa, otro a popa y un tercero en medio. Embarqué y apoyé un remo y el fusil en el banco de proa, empleando el otro remo como canalete. Retiré la bolsa de los perdigones para equilibrar mi peso, y desamarré. La bolsa era de lona y contenía unos veinticinco kilos de perdigones de plomo, que servían para estibar el bote cuando yo salía solo. En aquella ocasión me senté en el centro, agarrándome al desembarcadero. Como el río bajaba tan crecido, el bote sobresalía menos de treinta centímetros del agua, lo cual, por supuesto, lo hacía manejable. Luego esperé, mirando hacia el cielo por el lado este. Abajo pude escuchar voces y gritos de mamá, de aquel tipo y de la chica. A esta última se la oía más que a los otros. Yo ignoraba los motivos de que así fuera, pero ello significaba que no estaba muerta. Menos mal.

El cielo empezaba a ponerse gris, así que me alejé de la orilla. Metí al bote en la corriente y empecé a remar. Avanzaba con dificultad, pero no me atreví a remar regularmente, por miedo al ruido de los remos. Cuando llegué al sitio, mamá permanecía en la orilla hablando, claro. Goberné el bote para acercarme a la isla, con su mogotillo entre mí y aquel tipo y la chica. Volví el remo para dejar que la corriente me llevara, y así me aproximé. Llegué junto a un árbol que surgía del agua, pues el río había subido de nivel a causa de la crecida primaveral, y me agarré al tronco. De repente, oí tres voces

a la vez; la de la chica gritaba a mamá:

—¿Quiere usted que me mate? ¿Por eso lo está provocando?

Y mamá le gritaba a su vez:

—Trato de meterle en la cabeza lo que le pasará si se atreve. ¡Eso es lo que trato de hacer!

Y el tipo gritaba, por su parte, a mamá:

—¡Está bien! ¡Está bien! Pero, ¡maldita sea! ¡Podría volarle la cabeza si ella y usted no se callan!

Aquello estaba desprovisto de sentido, pero yo le había dicho a mamá que hablara, y aquella era la idea suya de «algo que decir», y ahora yo no podía mandarla callar. Apoyé el bote contra el árbol, y lo dejé varado en la orilla. Pude ver la silueta del tipo, que destacaba contra el cielo. Tomé el fusil, le apunté y le ordené con toda tranquilidad:

—Suelte esa pistola.

El no la soltó. Al contrario, dio media vuelta y disparó. Oí el impacto de la bala, que tronchó unas ramitas por encima de mi cabeza.

Soltó una maldición cuando el retroceso elevó su arma, que era pequeña. Sería una pistola barata del 32.

Aún lo tenía apuntado a la cabeza y apreté el gatillo.

El chispazo del disparo iluminó la isla y, de repente, dejé de ver al individuo.

—¡Oh! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios misericordioso! —exclamó entre sollozos la chica, que, de pronto, apareció ante mi vista.

Después de dar unos pasos cayó y empezó a gemir.

—¡Tengo los pies dislocados! —se lamentó—, y el río se llevó mis zapatos.

Volví a colocar el fusil en su sitio, contra el banco de proa, salté a la orilla y corrí hacia la muchacha a través de los matorrales. Estaba incorporada contra un tocón, con los dientes castañeteándole y gimiendo. Me quité la chaqueta y se la puse, aconsejándole:

—Agárrese a mí ahora, que voy a levantarla —pasé un brazo por su cintura y el otro por debajo de sus corbas, y al mismo tiempo me arrodillé.

Luego me levanté y la llevé al bote.

—¡Tengo tanto frío! ¡Tanto frío! ¡Tanto frío! —iba exclamando ella.

—Tranquilícese —le dije.

Le ayudé a colocarse en el banco de popa. Esta vez, en lugar de chapotear, apoyé el luchadero del remo en el escálamo y bogué. Me aparté del árbol, retrocedí hasta la corriente y me dejé llevar río abajo. Luego enfilé hacia la orilla este y recalé junto a mamá. Salté a la orilla, anudé la amarra a un árbol y ayudé a la chica a desembarcar.

Pero sus pies aún vacilaban a cada paso, y volví a tomarla en mis brazos, esta vez sin tener que arrodillarme.

—Toma el fusil, ¿quieres? —pedí a mi madre.

Ella no contestó ni actuó como si me hubiera oído. Pegó un tirón a la mano de la chica, al tiempo que le gritaba en su cara:

—¿Qué ha hecho él con el dinero?

—¿Quién es esta puta chiflada? —chilló la chica. Luego, sin esperar a que yo se lo dijera, replicó furiosamente a mamá—: ¿Cómo quiere que sepa lo que hizo con el dinero? ¿Cómo quiere que sepa lo que hizo con cualquier cosa? Todo lo que sé es lo que hizo con aquella arma gracias a usted, que trató de que me matara, provocándole, provocándole y provocándole. ¿No sabe usted que estaba loco? ¿No sabe usted que a él no le habría importado matarme? ¡Era lo que usted le pedía! ¿No sabe que todo lo que usted le dijo sobre lo que le pasaría, si me mataba, no significaba nada para él? ¡Eh! ¡Le estoy preguntando algo! ¿Por qué me hizo eso?

—Toma el fusil —repetí a mamá.

—¡Yo lo llevaré! —exclamó, furiosa—. Pero primero voy a ir allí a echar un vistazo.

—¿Echar un vistazo a qué?

—Al dinero.

—¿Qué tenemos que ver con eso?

—Darán una recompensa por él. Siempre pagan una recompensa. Si lo entregamos, podremos reclamarla.

—Mamá, deja las cosas tal como están.

—Las dejaré, excepto el dinero.

—¿Puedo decir algo? —terció la chica tocando a mamá en el hombro—. Quítese la ropa y empiece a bucear en el río, que se lo llevó todo: su paracaídas, su sombrero y mis zapatos.

—¿Cómo sabe usted que se llevó su sombrero?

—Estuvo hablando de eso.

Ya lucía el sol, y mamá no hacía más que mirar fijamente a la chica. Luego dijo:

—Está bien, llévala a la casa y dale algunas ropas para que se vista. Hay algunos vestidos viejos míos en el cajón de abajo de mi cómoda.

—Mamá, sé razonable.

—Y no llames a nadie, Dave, hasta que yo te lo diga.

—Tengo que llamar al sheriff.

—Pero no hasta que yo te lo diga.

Seguía con la chica en mis brazos. Al final, pudimos ponernos en marcha hacia la casa. Al cabo de dos o tres pasos ella susurró:

—Siento causarles tantas molestias.

—No son molestias.
—¿Peso mucho?
—Para mí, no.
—¿Mamá? ¿Es su madre?
—Sí.
—Pensé que era su esposa.
—Soy soltero.
—Siento haberle gritado, pero ella por poco hace que me maten.
—A veces se le ocurren ideas divertidas.
—¿Dave? ¿Dave qué?
—Howell. ¿Cómo se llama usted?
—Jill. Jill Kreeger.
—Encantado de conocerla, Jill.
—Igualmente.

Una débil sonrisa cruzó su rostro. Pero entonces estábamos ya en el porche trasero de la casa. El brazo que mantenía alrededor de mi cuello, se IH apretó de repente, lo cual acercó su rostro al mío. Me besó, primero en la mejilla y luego en la boca.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Jill! ¿Quieres abrir la puerta?

Se agachó y descorrió el pestillo. Fuimos hasta la cocina. Di un puntapié a la puerta, que se cerró tras de mí, atravesé con Jill a cuestas el recibidor y, a través del salón, penetré en el dormitorio pequeño. Me avergoncé de la cama, toda en desorden y cubierta sólo de mantas, con un almohadón sin funda y desprovista de sábanas. Pero a Jill no pareció importarle. Soltó mi chaqueta y se dispuso a acostarse. Pero llevaba puestas aquellas ropas empapadas: pantalones rojos cortos, lo que llamaban un bolero, asimismo rojo, y algo que parecía unas bragas. Le quité todo rápidamente. Se quedó ante mí desnuda: un lindo espectáculo. Abrí de golpe el cajón de abajo de la cómoda, tomé una toalla y froté el cuerpo de Jill hasta dejarla seca. Luego la metí entre las mantas. Pero con el aire frío de la habitación, sin ropas, sus dientes empezaron a castañetear..

—Me voy a resfriar —observó.

—Abrígate bien.

Me dirigí escaleras arriba, hacia el baño, pero retrocedí para dar otro beso a Jill. A ella le gustó también, pero sus labios estaban fríos como el hielo.

3

Una vez arriba comprobé la temperatura del agua. Cuando estuvo caliente, la dejé correr y volví con Jill. Ella seguía en la cama, temblando. La envolví en la manta, me arrodillé junto al lecho, la levanté, y la llevé hasta la bañera. Le quité la manta, así que de nuevo quedó desnuda.

—Métete en seguida —y le di un cachete en el trasero.

Obedeció. Se desperezó en el agua caliente y, durante un segundo, el castañeteo prosiguió. Luego se detuvo, y ella cerró los ojos.

—¿Te encuentras bien?

—Es como estar en el cielo.

—No me extraña que te lo parezca.

—¿Soy bonita?

—Preciosa.

—Quiero ser para ti... ¿Sabes quién me has parecido hace un momento, ahí fuera?

—No, ¿quién?

—Dios.

Lo dijo en tono bajo y solemne. Yo no lo tomé a broma ni respondí nada. Al cabo de un rato, ella dijo:

—Siempre oyes decir que el infierno es caliente, pero descubres que el frío puede ser peor, especialmente el frío húmedo, con un tipo malvado apuntándote con una pistola a la cabeza y una mujer chiflada incitándole a que dispare. Entonces una voz tras de ti habla. Luego suena un disparo de fusil. Y de lo más profundo del infierno te ves trasladada al cielo. ¿Qué te pareció aquel tipo que te disparó?

—Pues que necesitaba un afeitado.

Jill me barbilleó.

—Dios lleva barba —observó—. Estoy segura de que la lleva. Así lo muestran en todas sus imágenes.

—No puedo decirte lo que se vería en una imagen tuya; sería ilegal.

Ella roció agua sobre las cosas de las que yo estaba hablando, y me preguntó muy inocentemente:

—¿Te gustan?

—Me encantan.

Eran unos senos redondos y bonitos, con los pezones alargados en el agua caliente. Chapoteó con fuerza, alegremente, y luego dijo:

—Flotan... hacia ti —al final metí mi mano en el agua y acaricié uno, y ella susurró—: Has tardado mucho.

—No estaba en disposición.

—Debí haberte dicho que he estado rezando. Todo el tiempo que permanecí ahí fuera he estado rezando. Luego, cuando tú hablaste desde el bote...

—Yo no soy Dios. Soy Dave Howell, y sé que me estoy enamorando de ti.

—Entonces se trata de un sentimiento recíproco.

—Estate quieta. Quiero mirar tus pies.

Eran pequeños, bien formados y lindos, pero cuando los palpé empezó a gemir.

—¡Para! ¡Me haces cosquillas!

—Veo que no los tienes dislocados.

—Me duelen por fuera.

—Aquellos matorrales pueden causar arañazos... Tal vez tengas los pies un poco magullados, pero no hay dislocación.

—Bien.

Se incorporó, cortó el agua, se mojó los sobacos, chapoteó un poco y volvió al tema de mamá.

—Dave, ¿por qué le incitaría a que me disparase? Ella no me conocía de nada. ¿Por qué deseaba que me mataran?

—Debes de haberla interpretado mal. Es una montañesa. Somos una gente rara y siempre decimos lo contrario de lo que pensamos.

—Escucha: puede que la haya interpretado mal, pero mi instinto no me falla, y me dice que deseaba en serio que me matara. Pero ¿por qué?

No pude responderle. El comportamiento de mi madre a mí también me dejaba confuso. Y contesté:

—Olvidemos eso —o algo parecido, y traté de que volviéramos a lo nuestro.

—Está bien —repuso—, pero será mejor que bajes. Ella puede venir en cualquier momento y conviene que tú no estés aquí.

—Bueno. Bésame.

Ella me besó solemnemente, pero de pronto se echó atrás.

—¿Por qué no ha subido ella? ¿Qué está haciendo ahí fuera?

—¿Y qué nos importa lo que esté haciendo?

Pero Jill se quedó mirándome fijamente. Luego, susurró:

—Sé lo que está haciendo. Está robando el dinero. Dijo que iba a ir a buscarlo, y eso es lo que la entretiene. Y por eso quería que me mataran. En cuanto él me hubiera matado y tú lo mataras a él, podías echarnos a los dos al río y ¿quién iba a saber cómo fallecimos o cuándo o quién acabó con nosotros? Podrías esconder ese dinero y guardarlo...

—¡Eh! ¡Deja de hablar de que yo quería eso...!

—Dave, yo no he dicho que tú me quisieras ver muerta. No lo

creo de ti. Pero es igual. Si me hubieran matado ahí fuera, si yo estuviese muerta, tendrías que haber seguido con el asunto y hecho lo que ella quisiera, porque, al fin y al cabo, es tu madre. Se trataba de echarnos a los dos al río y quedaros vosotros con los cien mil.

—¿Has imaginado eso, eh?

Eso es lo que dije al principio, pero luego tuve que confesar de plano, pues ella me sonsacó. El comportamiento de mamá en la orilla del río era muy extraño.

Jill siguió mirándome fijamente, y luego prosiguió, con un tono muy frío de voz:

—Bueno, todo lo que puedo decir es que si ése es el modo de comportarse de la gente montañesa, yo me alegro de IH haber nacido en la llanura. ¿Eso es lo único que saben hacer? ¿Ir por ahí matando gente?

—A veces no hay más remedio.

Ella siguió mirándome con fijeza, y luego, de repente, cerró los ojos como si se los hubieran azotado con un látigo. Alargó su brazo y me tocó, agarrando mi mano con las suyas.

—Lo siento. Dave; olvidé quién es Dios. Nada más. No lo volveré a hacer... nunca. Sí, a veces matar a un tipo puede ser la cosa más gloriosa del mundo. Tienes que bajar —añadió.

Acercó su rostro húmedo al mío, pero, una vez más, retrocedió y preguntó:

—¿Qué está haciendo ella ahí fuera? ¿Por qué no ha vuelto? Y tiene el fusil. Si viene antes de que llames al sheriff, mi vida no vale ni un centavo. Dave, llama al sheriff, ¡llama al sheriff ahora mismo! ¡Ahora! ¿Me oyes? ¡Ahora!

Yo no creía que su vida estuviera en peligro, pero con una hermosa chica desnuda al lado, echándole a uno agua y dándole en la cabeza, uno hace lo que ella dice, aunque sólo sea por hacerla callar. Bajé las escaleras, consulté el número del sheriff en el listín y telefoneé. La voz del funcionario que contestó sonaba adormilada, y apenas reaccionó cuando le dije que había matado a un tipo «para salvar la vida de una chica». Pero cuando mencioné a Shaw, el pirata aéreo que había secuestrado aquel avión, el funcionario se animó inmediatamente. Me dijo que esperara, que iba a por una pluma. Luego me pidió que empezara «a contar» y que «hablara despacio mientras escribía». Cuando ya tuvo apuntado el nombre, la hora y el sitio, todo bien claro, me dijo que mandaría una ambulancia para Jill y un furgón fúnebre para el cadáver.

—¿Necesita algo más? —me preguntó en tono amistoso.

A mí no se me ocurrió nada más, así que él añadió:

—Los policías llegarán inmediatamente, en cuanto se hayan vestido. Que no toquen nada hasta que ellos lleguen.

Yo le contesté que así se haría.

Cuando colgaba el teléfono, Jill entró cojeando en la habitación, envuelta en la manta. Me preguntó si podía utilizar a su vez el teléfono, que estaba al lado de una arcada del recibidor, y yo me levanté para permitirle que se sentada. Por los números que marcó me di cuenta de que se trataba de una llamada interurbana. Cuando le contestaron, dijo:

—¿Jack? Soy yo, Jill.

Por lo visto aquel individuo se había quedado atónito, porque ella cubrió el auricular con la mano y susurró:

—Es Jack Muller, el jefe de nuestro departamento. Creyó que estaba muerta, y creo que lo he dejado sin aliento —entonces se puso de nuevo al teléfono—. Llama ahora mismo al señor Morgan, rápido. Dile que me encuentro bien. Gracias por mandar el dinero, y envía mis más cordiales saludos a la señora M., que tan preocupada estuvo por mí. La llamaría yo misma, pero no tengo su número de teléfono, ya que lo perdí con todo lo que llevaba. Mis más cariñosos recuerdos. No olvides eso.

El señor Morgan parecía ser el presidente de la compañía aérea.

Jill colgó y exclamó:

—¡Bueno! Ahora me siento mejor. Entonces fue cuando entró mamá con el fusil en la mano. Jill le dijo:

—Señora Howell, lo siento, pero Dave ha telefoneado al sheriff. Si me mata, tendrá que pasar veinte años en Marysville. Así, pues, mejor será que no lo intente.

—Nadie ha pensado en matarte —le dije yo, casi amablemente.

Ya empezaba yo a hartarme de algo de lo que ella no tenía pruebas, y en lo que yo no creía. Mamá no le hizo caso y, dirigiéndose a mí, explicó:

—No he podido encontrar ni rastro de ese dinero. No sé lo que ese tipo hizo con él, pero se le soltaría con el empujón o con el tirón al abrirse el paracaídas. Este sí lo he encontrado; está a orillas del río, al otro lado de la isla.

—Ese no es asunto de nuestra incumbencia, mamá.

—¿Está segura de que no ha enconirado ese dinero y lo ha escondido? —preguntó Jill con sarcasmo—. Ha estado mucho rato ahí fuera.

Yo no vi que mamá hiciera gesto alguno con el fusil; puede que sólo fuera un pensamiento que le pasó por la cabeza. En cualquier caso, Jill se dio cuenta de ello y se encogió de miedo en su silla.

—Dame eso —exigí a mamá alargando la mano, pero ella retrocedió, y yo tuve que ponerme duro para que me entregara el fusil.

—Déjame tranquila. Este fusil es mío. Me pertenece. Tu padre me

lo compró para que estuviera protegida.

Eso era nuevo para mí; yo creía que se lo había comprado para él.

—A quienquiera que pertenezca —le dije yo secamente, y poniéndome ya antipático—, es una prueba de un homicidio. Tiene que ser entregado a la policía.

Al final conseguí mi propósito y soltó el arma sobre la mesa del salón, la bajita que hay frente a la chimenea.

—Creo que ya es hora de desayunar —y dirigiéndome a Jill le pregunté—: ¿Crees que podrás tomar algo de alimento?

—Quisiera un poco de café, por favor.

—En seguida.

Generalmente era yo el que cocinaba, pero esta vez llevé a mamá a la cocina para apartarla de Jill y alejarla de aquel fusil. La cocina era eléctrica. Después de sacar la cafetera y llenarla, abrí la puerta inferior del armario y extraje la sartén que yo utilizaba para frituras. Era de acero inoxidable, de cinco por seis centímetros, con orificios en el borde. La compré en un mercadillo de lance. No sé de qué habría formado parte; quizá del suelo de un camión. Mas yo, en cuanto la hube engrasado, la consideré perfecta para frutos de sartén y otras frituras. Aquella mañana la unté y corté el maíz de las mazorcas, y empecé por freír el tocino en otra sartén de mango largo. En cuanto la cafetera empezó a silbar, preparé el café y lo llevé al salón en una bandeja, con una servilleta, azúcar y crema. Todo muy bien presentado. Mamá no se molestó en ocultar su disgusto. Puse todo sobre la mesa, frente a Jill, que echó en la taza cuatro terrones de azúcar y un poco de crema y empezó a tragar, titubeando de vez en cuando porque el café estaba muy caliente. De pronto, me pareció una chiquilla medio muerta de hambre, y el corazón me dio un salto. Me apresuré a prepararle zumo de naranja, huevos, tocino y frutos de sartén. Yo comí con Jill mientras mamá lo hacía en la cocina. De vez en cuando, yo acariciaba su fuerte manita y ella me acariciaba la mejilla. Ya me disponía a fregar los platos cuando sonó el timbre de la puerta. Abrí, y allí estaban los policías.

4

Al parecer el sheriff estaba en Europa u ocupado en otro asunto. El funcionario encargado era un sargento llamado Edgren. Se presentó a sí mismo y luego al ayudante que le acompañaba, un hombre de edad mediana llamado Mantle. También presentó, o señaló, al doctor Cline, el médico que había seguido en la ambulancia el coche del sheriff, y al empresario de pompas fúnebres, Santos, quien estaba apeándose del furgón, de color negro, sin marcas de ninguna clase, parado detrás de la ambulancia.

El sargento Edgren me preguntó:

—Usted ha matado a un hombre, ¿no es cierto?

—Al pirata del aire Shaw, sí.

—¿Ya lo había identificado?

—La chica lo identificó. La que descendió con él en el paracaídas.

—¿Está ella aquí?

—Ahí dentro.

—¿Es ella la que tenemos que llevar en la ambulancia?

—Será mejor que se la lleve, sargento. Yo diría que se halla en mal estado.

—¿Doctor Cline?

El doctor Cline se acercó con dos hombres que sacaron una camilla de la ambulancia, y yo les indiqué el camino por el interior de la casa. Cuando hube presentado a todos a Jill, ella indicó la manta y dijo, como para que se hicieran cargo:

—Perdonen que esté vestida así —habló en tono frío—, pero mis ropas se empararon en el río, donde caí con el paracaídas. El señor Howell me dio esta manta.

El doctor Cline le tocó la frente, le tomó el pulso e hizo un gesto con la cara. Sus hombres soltaron la camilla en el suelo, pusieron a la chica en ella y se fueron, llevándosela. Mientras la metían en la ambulancia, me incliné y la besé.

—Te pondrás bien —le susurré.

—Espero ponerme por ti.

Edgren estaba en la puerta mirándome. Tan pronto como la ambulancia partió, yo volví a su lado.

—Está bien —me dijo—. Empiece a contar desde el principio.

—No hay mucho que contar. Sin embargo…

Le conté todo, empezando por cuando mi madre me despertó, la marcha hasta la orilla del río, la conversación que tuve allí con Shaw, cómo acudí al desembarcadero, mi travesía en el bote, mi orden de que soltara la pistola, el tiro que me disparó y el que le disparé yo a

él.

—Lo maté o, al menos, eso creí. Yo no miré, pero imagino que mi madre sí. Puede hablar con ella sobre eso.

—¿Cuándo ocurrió todo?

—Poco después de las cinco. Linos veinte minutos después, diría yo.

Sacó un cuaderno de notas y le echó un vistazo.

—Usted nos llamó a las seis y seis.

—Sí, creo que fue hacia esa hora.

—¿Por qué tardó tanto en llamar? ¿A qué estaba esperando?

—Tuve que llevar en brazos a la chica, que se encontraba muy mal por el frío que había pasado tras caer en el agua, asustada porque le habían estado apuntando con una pistola a la cabeza, y horrorizada por haber visto al muerto. Lo primero es lo primero. A ella había que cuidarla. El otro podía esperar.

—¿Dice usted que su madre estuvo allí?

—Sí.

—Y ella, ¿no pudo haber llamado?

—Estaba buscando el dinero.

—¿Qué dinero?

—El dinero que la compañía aérea entregó. Iba en una bolsa de cremallera con correas para colocársela sobre el hombro, al menos eso es lo que dijeron por la televisión. Lo llevaba consigo o debió de llevarlo cuando saltó en paracaídas.

—¿Y qué tenía ella que ver con eso?

—Quería reclamar la recompensa.

—¿Para qué?

—Sargento Edgren, por lo que la chica le contó, la corriente se les llevó todo cuando cayeron al río: el sombrero, la chaqueta, los zapatos de él y de ella; todo lo que llevaban, incluso el dinero. Pero mi madre pensó que podría haber flotado después de que él se quitara las correas, cuando se dirigió nadando a la isla. Y ella pensó que si se daba prisa, si iba remando y echaba un vistazo podría agarrarlo antes de que se hundiera, antes de que se empapara o se hiciera pedazos más abajo, al chocar con la presa. Ella no podía telefonear desde un bote. Así que dejó que yo me encargara de todo.

—¿Y lo encontró?

—Lo siento, pero no.

—¿Dónde está el muerto?

—Donde cayó, en la isla.

Los conduje alrededor de la casa y, sendero abajo, hasta el bote.

—Allí está —dije, señalando—. Entre los matorrales.

Me ofrecí a bogar, pero Edgren hizo un gesto a Mantle, quien

empujó el bote hacia el agua. Entonces los dos, Edgren a popa y Mantle a los remos, se dirigieron a echar un vistazo.

—Bien —dijo a Mantle—. Cargue su cámara fotográfica. Tiene trabajo que hacer.

Mantle metió una película en la cámara, y luego estuvo muy atareado tomando fotos del cadáver, midiendo con una cinta de acero que salía de un carrete, tomando nota de los matorrales pisoteados, etcétera. Después, Mantle me llamó para averiguar dónde había estado yo cuando disparé el tiro que lo mató.

—Se lo mostraré.

Regresaron a la orilla, y yo subí a la proa del bote. Mantle se dirigió corriente abajo, y luego hacia el extremo más alejado de la isla. Hice que recaláramos junto al árbol y amarré la embarcación como hice antes, tirando de ella para vararla, exactamente como la primera vez. Los tres echamos pie a tierra y nos dirigimos al tocón donde yo había recogido a Jill, que estaba a metro y medio del cadáver. Mantle se fijó en una ramita partida, un retoño de arbusto, y se lo quedó mirando con una lupa. Luego, lo envolvió en un kleenex y se lo metió en el bolsillo.

—Creo —observó— que lo ha tronchado su disparo.

—En efecto —convino—. Es importante porque, más o menos, prueba que usted actuó en defensa propia.

Los tres regresamos al bote y volvimos a la orilla bogando. Edgren dijo:

—Por suerte hallé el arma de Shaw con un casco vacío en la recámara. El resto, como la ramita cortada del arbusto, al parecer por su bala, coincide con lo que Howell ha dicho.

—¿Va a escribirlo así en el informe?

—Todo concuerda.

—Bien.

Así que todo había terminado. Sólo faltaba retirar el cadáver, recoger el paracaídas y depositar mi fusil como prueba para la investigación que se desarrollaría más adelante. El señor Santos se negó a colocar el cadáver en mi bote.

—No nos metamos en líos —dijo—. Si ese bote volcara, tendría que destinar dos hombres a rastrear el río, y Dios sabe qué pasaría. Tendremos que llamar a DiVola.

DiVola era una compañía de bomberos río abajo que tenía un bote mayor, de aluminio, con motor fuera borda. Para llamar, todos volvimos al coche del sheriff, que tenía teléfono, y Edgren habló de pie junto a la portezuela. Pero cuando dábamos la vuelta a la casa pudimos ver a mamá dentro, hablando por teléfono. Y yo sabía con quién: con Sid, su hermano, que vivía en Flint, y que pronto estuvo enterado de todo. Claro, ella tenía que contárselo, pero

inmediatamente empecé a preocuparme.

Ya he mencionado el modo peculiar de hablar de mamá. Si ella se presentaba ahora y empezaba a explicar los hechos de un modo que no encajaran con lo que yo había dicho, y especialmente con lo que Jill declararía, si sospechaban algo, las cosas se iban a poner muy feas. Así que estuve muy nervioso mientras Edgren hablaba, y me sentí aliviado cuando colgó y me dijo que deberíamos esperar a DiVola. Pero pequé de optimismo. Apenas se había vuelto para darme la noticia «están en camino», se abrió la puerta y apareció mamá. Apenas la reconocí. Se había peinado el pelo hacia arriba, se había puesto una cinta azul en un rizo, y se había empolvado la cara a fin de ocultar sus pecas. Llevaba unas medias claras y su mejor vestido azul, de falda corta, con objeto de lucir sus bonitas piernas. Todo el mundo se volvió, pero al principio ella no habló, así que permaneció de pie, mirando fijamente a Mantle. Luego dijo:

—Bueno, señor Mantle, ¿cómo está usted? —su voz sonó cantarina y amistosa—. Hace mucho, ¿eh?

Pero Mantle la miró sin comprender.

—Señora, ¿nos conocemos de algo? —lo preguntó como aturdido.

—Claro que me conoce. Yo soy Myra Howell; bueno, de soltera me llamaba Myra Giles, la Pequeña Myra me llamaban, para distinguirme de mi prima, Gran Myra Giles, que es dos años mayor que yo. Señor Mantle, yo soy la chica que hizo frente a aquel bandido. ¿Recuerda?

—¡Oh! ¡Ahora la recuerdo! Y luego la denunció a usted el señor Hanks.

—Me gustaría olvidar eso, si no le importa. ¡Llamar a la Policía por una discusión con dos chicas! Nunca le perdoné que me hiciera eso.

—Entonces era usted más joven.

—Sólo tenía dieciséis años. He crecido. ¿Se trasladó usted a Marietta?

—Yo nací en Marietta.

—Pero ahora trabaja usted para el condado, ¿no?

—El sargento Edgren tiene algunas preguntas que hacerle.

Sentí un pellizco en el estómago, pero mamá habló de un modo tan sencillo, natural y honesto, que incluso yo la creí. Explicó que Shaw había amenazado a aquella chica, apuntándole con la pistola a la cabeza, el estómago y las costillas, mientras repetía sin cesar que iba a matarla.

—Y luego mi hijo le habló desde el otro lado de la isla. Yo no pude entender lo que decía, pero al oír aquella voz, el hombre se volvió, girando sobre un pie, y disparó su arma. Luego distinguí el

disparo del fusil de mi hijo, y aquel tipo cayó al suelo. Tan pronto como mi hijo llevó a la chica hasta la orilla, comprendí que tendría que actuar para encontrar aquella bolsa llena de dinero, de la que estaban hablando por televisión. Así que cuando Dave se fue con la chica, me metí en el bote y bogué hasta la isla, primero para echar un vistazo y ver si estaba muerto de veras, y si lo estaba, recoger el dinero. Estaba muerto, con los sesos esparcidos, pero allí no había ningún dinero. Entonces recordé el paracaídas con el que había descendido, y pensé que si seguía en el río, la bolsa del dinero estaría enredada en las cuerdas. Si lo podía sacar cuanto antes, impediría que se hundiera y el agua lo empapara. Así que fue remando hasta la otra orilla de la isla y hallé el paracaídas. Estaba enganchado a algo del fondo, entre la isla y la orilla de enfrente. Pero no vi ninguna bolsa. Aunque podría estar allí, si alguien acudía rápidamente y sacaba el paracaídas. Podía estar enredada en él.

Todo encajaba, no sólo con lo que había sucedido, sino con lo que yo había dicho, así que hasta yo lo creí, a pesar de lo que Jill declaró. Sin embargo, Mantle siguió mirándola, y yo seguí sintiendo el pellizco en el estómago. Cuando ella volvió a hablar de lo asustada que se había sentido por «aquella chica», quise rogarle que se callara, pues ya estaba bien la cosa; pero, claro, no me atreví a abrir la boca. Entonces sonó un claxon allá abajo. Aquello cortó el relato, y todos bajamos hacia el río.

5

Cuando llegamos allí, el equipo de DiVola ya estaba en la isla, echando un vistazo al cadáver. Eran tres bomberos con cascos y chaquetones de plástico. Habían amarrado su bote a un árbol, más pequeño que el utilizado para mi *johnboat*, pero que sobresalía del agua de idéntico modo a causa de la crecida.

El señor Santos les gritó:

—¡Si le ponéis uno de esos cascos, su cabeza se conservará más entera y será más manejable!

Uno de ellos alzó la mirada y contestó:

—¡Eh! No es mala idea. ¿Y si empleamos su sombrero?

Entonces mi madre terció, servicial:

—Pueden envolver su cabeza en una tolla. Les traeré una de la casa.

Así que se marchó con paso apresurado, muy bonita con su vestido y una chaqueta que se había puesto encima. Volvió con una toalla de baño, pero mientras mamá estuvo fuera ellos habían transbordado de la isla a la orilla y viceversa, discutiendo cómo efectuar la operación. Decidieron colocar a Shaw en el bote de aluminio de los bomberos, que quizá tendría unos cuatro metros y medio de eslora, con un motor fuera borda. Pero en vez de emplear el motor, lo pusieron a remolque de mi bote, con Mantle a los remos y un bombero a popa que agarraba la proa de la otra embarcación. Pensaron que esa solución sería preferible a utilizar el motor, pues sólo había unos treinta metros de la isla a la orilla, y los remos permitirían un mejor control. Así que tan pronto como volvió mamá con la toalla, envolvieron la cabeza de Shaw, renegando a cada instante por lo destrozada que estaba. Luego, mientras un bombero se metía en mi bote para agarrar la proa del otro esquife, sus compañeros levantaron el cadáver y lo cargaron. Mas por entonces ya estaba rígido, con los brazos colgándole tiesos, lo que constituía un desagradable espectáculo, tanto más a causa de la toalla que envolvía la cabeza.

Y así lo transportaron. Iba primero mi *johnboat* con Mantle remando y el bombero a popa, luego el esquife con otro bombero a proa y Shaw tirado en medio, con los brazos colgándole. Mantle hizo un buen trabajo hasta llegar a la orilla, y Edgren agarró la proa del *johnboat* para sujetarlo, mientras yo hacía lo propio con la del esquife. Amarramos ambos botes a unos árboles pequeños. Entonces se adelantaron los hombres de Santos con una camilla como la que habían utilizado para transportar a Jill, y cargaron a Shaw en ella,

tapándolo con una manta, aunque sus brazos seguían colgándole. Acto seguido, se lo llevaron.

Edgren ordenó a Santos:

—Llevadlo a la funeraria, pero no lo congeléis. Yo mismo llamaré al juez y él se lo llevará de allí. Le harán la autopsia, y luego se llevará a cabo una investigación.

—Claro, claro, claro.

Al parecer, Santos sabía cómo debe procederse en tales casos, y siguió a sus hombres sendero arriba. Mamá preguntó:

—¿No buscan el dinero?

—¿Sabe usted dónde está? —inquirió Edgren.

—Puede estar enredado en ese paracaídas. Yo sé dónde cayó, pero ¿sabe lo que le digo? Si encuentran esa bolsa, pediré mi recompensa.

—No tenemos nada que ver con eso.

—¿Con la bolsa? ¿Por qué no?

—Con la recompensa.

—Quiero mi recompensa, se lo repito.

—Dígaselo a la compañía aérea, señora.

Mantle la ayudó a subir al *johnboat* volvió a manejar los remos y bogó en derredor de la isla, primero corriente abajo, un poco, y luego hacia arriba por el otro lado, hasta que estuvieron fuera de mi vista, ocultos por los matorrales.

—¡Eh! —gritó Mantle—. ¡Aquí está el paracaídas!

—Bien —le contestó Edgren—. Sujeta todo. Ya vamos.

Pero él y los bomberos tuvieron que discutir cómo irían. Finalmente, decidieron no utilizar el motor, pues la hélice se enredaría en el cordaje del paracaídas. Entonces se dieron cuenta de que necesitarían un cabo para remolcar el paracaídas, y me preguntaron si tenía uno. Me acordé de una cuerda ligera de algodón, de la que colgábamos mazorcas de maíz. Cuando volví de la casa con ella, Mantle había regresado, con objeto de depositar a mamá en la orilla. Ella seguía hablando de la recompensa, pero nadie hizo ningún comentario. Mantle volvió a circundar la isla, hasta el lugar donde estaba el paracaídas, enganchado en algún tocón del río. Los bomberos tenían remos en su bote y siguieron al *johnboat*. Luego, Edgren, mamá y yo recorrimos un poco la orilla, así que pudimos ver lo que estaba pasando. Uno de los bomberos se agachó hacia el agua y levantó un cordaje, atándolo a mi cuerda. Luego, trataron de izar el paracaídas al bote, pero como soltaba mucha agua, decidieron remolcarlo. Bogaron hasta donde vieron fuera de mi vista, ocultos por a poco mi cuerda, y luego empezaron a tirar. Fue un trabajo lento. Desde el *johnboat*, Mantle se dedicó a desenredar el cordaje donde estaba más enmarañado, y como se asomaba fuera del bote, estuvo a

punto de volcar. Al final, sin embargo, logró desenredarlo y el paracaídas llegó a la orilla; era de seda, a listas rojas y blancas. Tan pronto estuvo en la orilla mamá empezó a manosearlo «por si la bolsa estaba debajo de él», explicó. Pero no estaba, y casi se echó a llorar.

—Eso quiere decir que está en el río —gimió—, y que será arrastrada hacia la presa. Si llega al Ohio, nunca lo recuperaremos, ¡nunca!

Mantle se la quedó mirando fijamente, y Edgren me pidió permiso para extender el paracaídas sobre el suelo, a fin de que se secara. Le di mi conformidad, y los bomberos lo desplegaron sobre algunos matorrales. Eran ya casi las nueve de la mañana, y les pregunté si querían comer algo.

—Les puedo ofrecer perros calientes en seguida —les dije—, café y pastel. Les vendría muy bien.

Pero los hombres del sheriff tenían que irse, y a los bomberos les esperaban río abajo. Nos dijeron adiós a mamá y a mí y se marcharon. Al dirigirse a su coche, Edgren nos dijo:

—Volveremos esta tarde para hacerles más preguntas, si la chica puede venir con nosotros, así que no se vayan. Vendremos a eso de las cinco. Si usted quiere un abogado, tiene derecho a nombrar uno y, por supuesto, si no quiere hacer declaraciones, no está obligado a hacerlas.

—¿Por qué no habría de querer declarar?

—Yo le estoy recordando sus derechos. Usted ha matado a un hombre. No creo que lo acusen, pero ¿quién sabe? No soy yo quien ha de decidirlo.

—Entonces, ¿quién?

—El juez, pero generalmente hace lo que dice el fiscal del Estado.

—¿Y por eso necesito un abogado?

—No he dicho que lo necesite; sólo que le asiste el derecho de nombrar uno, si lo desea.

—¡Eso sí que tiene gracia! —exclamó mamá—. Mi hijo mata a ese bandido, y ahora quieren acusarlo.

—Señora, no estoy pensando hacer nada de eso; me limito a proceder según la ley, y ahora mi obligación es aconsejar a su hijo. Que es lo que he hecho.

Luego, dirigiéndose a mí, añadió:

—¿Comprende, señor Howell?

—Lo comprendo. Gracias.

—Y usted, señora, es un testigo, así que también debe permanecer aquí. Tiene derecho a un abogado, y no está obligada a hablar si no quiere.

—¿Significa eso que me acusarán a mí también?

—Podría ser.

—¿De qué?

—Aún no lo sabemos.

Eso es lo que dijo, pero antes de responder se quedó mirando a Mantle, el cual no le devolvió la mirada, sino que bajó los ojos hacia el suelo.

—¡Tiene gracia! —comentó mi madre.

—¿Alguna pregunta?

Yo no tenía preguntas que hacer. Si mi madre las tenía, se las guardó, así que los policías se fueron, pero no sin llevarse el fusil, con la cápsula aún vacía en la recámara.

6

Entramos en casa y mamá dijo:

—Bueno, gracias a Dios que esto terminará pronto y entonces el sol volverá a ¿no?

—Bien... El sol siempre sale.

Se había dejado caer en el sofá y me miró divertida, como si lo que yo acababa de decir no fuera lo que ella esperaba escuchar. Pero antes de que ella pudiera contestarme, un coche apareció en nuestro camino, procedente de la carretera, y se detuvo frente a nuestra casa. Era una furgoneta color crema que llevaba, en el costado, el distintivo de la emisora de televisión que hay al otro lado del Ohio frente Marietta, en Parkersburg (Virginia occidental). Luego, una mujer llamó al timbre y unos tipos salieron del vehículo. Ella quería entrar y sacar fotos de mamá y de mí, a lo que me avine.

—Pero la verdadera protagonista del suceso fue aquella chica, Jill Kreeger, quien descendió en paracaídas y retuvo a Shaw como pudo hasta que yo tuve la oportunidad de matarlo.

—¡Oh, pero ya la hemos entrevistado!

Al parecer, ellos se presentaron apenas Jill llegó a su habitación del hospital.

—Y la retratamos en bata, una corta que le dieron en el hospital. Eso significa que no estaba demasiado vestida, pero el detalle agradará al público, cuando demos la película esta noche por televisión. Es una chica muy guapa, y hay que ver los elogios que hace de usted, señor Howell. Es algo digno de oír.

Mi madre permaneció en silencio.

Colocaron su cámara en un extremo de la habitación, cercana al arco, y la mujer me hizo acomodar en el sofá. Ella se sentó en la mesita baja, la que había frente a la chimenea, y empezó a hacer preguntas que yo contesté como pude, si bien no había mucho que contar. Me di cuenta de que ella se sentía desilusionada. Alargué la explicación cuanto pude, entrando en detalles acerca de cómo llevé a Jill a casa.

—La metí en un baño caliente, para que sus dientes dejaran de castañetear, y luego telefoneé a la oficina del sheriff.

Al cabo de un rato, la periodista pareció satisfecha y decidió dedicar su atención a mamá. Eso me puso algo nervioso, pero cuando mi madre tomó asiento en el sofá, en el mismo sitio que yo había ocupado, y la entrevistadora siguió en la mesita baja, todo empezó a ir bien. Mamá supo comportarse, aunque se despachó a su gusto, contando «que había hecho todo lo posible para meterle a aquel tipo

en la cabeza lo que iba a pasarle si se atrevía a matar a la chica». Uno hubiera pensado que mamá fue la estrella del espectáculo, lo cual encantó a nuestra visitante. De súbito, mamá exclamó:

—¡Pero el mérito fue de mi hijo! Lo que pasa es que él ha sido muy modesto en su relato. Nosotros somos montañeses y no nos jactamos de lo que hacemos. Pero cuando llega la hora de actuar, hacemos... lo que él hizo.

Ni que decir tiene lo complacida que estaba la periodista, y yo me sentía doblemente complacido, al disminuir mi preocupación. La reportera y sus hombres se marcharon, y mamá empezó a preguntar:

—¿He estado bien?

Yo le dije que sí y la acaricié en la mejilla, pero en seguida me arrepentí de ello, pues me agarró la mano y me besó la palma de aquel modo pegajoso, según su costumbre. Pero el ruido de la furgoneta apenas había dejado de oírse cuando se presentó un pequeño Chevrolet con tres periodistas, uno del Marietta Times, otro de un diario de Chicago, y el tercero de una agencia de noticias, quizá la Associated Press.

Traían cámaras con ellos y nos sacaron fotos. Luego empezaron a hacer preguntas, uno de ellos empleando una grabadora. Así, pues, tuvimos que volver a empezar desde el principio. Esta vez mamá representó en grande su papel y dio toda clase de detalles de cómo había buscado el dinero, «y casi se ahogó allí, cuando el *johnboat* estuvo a punto de zozobrar, porque yo no sé nadar ni una brazada». Luego se marcharon, y una vez más me sentí aliviado, aunque no sabía qué iba a pasar.

Entonces se presentaron algunas personas con un jamón cocido, ensaladilla de patata, judías hervidas en una cacerola y una lata de camarones, «pues ya comprendemos lo atareados que han de estar, y les sentará bien almorzar algo». Pero, en realidad, querían que les contáramos lo sucedido. La radio había dado las noticias; por lo menos dijo que yo maté a Shaw y que la chica estaba a salvo. Aquellas personas procedían de unos tres kilómetros, río arriba, pues en aquella época del año casi no teníamos vecinos. Había casas a ambas orillas del río, pero pertenecían a veraneantes que las dejaban cerradas en invierno y colocaban sus botes sobre caballetes. Comí algo de jamón, judías y ensaladilla, y mamá lo contó todo de nuevo, esta vez alargándose en explicar cómo halló el paracaídas. Pero mientras hablaba, yo diría que a eso de la una, sonó el teléfono. Contesté y resultó ser un abogado a quien yo conocía por haberle puesto muchas veces gasolina a su coche y a quien, por lo visto, caía simpático. Y a propósito, yo creía que le debía a él que me hubiesen elegido para suceder al señor Holt como encargado de la gasolinera cuando éste se retire el año que viene y se vaya a vivir a California. El abogado se

llamaba Bledsoe. Comprendí inmediatamente, por el tono de su voz, con qué intención me había llamado.

—Dave, ¿estás solo? —me preguntó en tono agudo—. ¿Puedes hablarme libremente?

Yo le contesté:

—Ahora no. ¿Puedo llamarle más tarde?

—Bueno, pero date prisa, Dave.

Me dio el número del teléfono de su casa, y la gente que pudo oír comprendió y se marchó. Cuando lo llamé más tarde, me dijo:

—Dave, acabo de oír algo que puede no significar nada, pero que, por otra parte, puede significar mucho. Ante todo, ¿cómo van las cosas con Edgren?

—Bueno, estuvo aquí con un ayudante llamado Mantle que, por lo visto, es su mano derecha. Nos dijo que no nos moviéramos de aquí. Eso es todo.

—¿Para qué?

—Por si nos tienen que hacer más preguntas.

—Sí, pero ¿cuándo?

—Esta tarde. Dijo que vendría a eso de las cinco si la chica está en condiciones de viajar.

—Precisamente, Dave, te llamo a causa de la chica. Acaba de telefonearme Rich Duncan, un cliente a quien robaron el coche, o al menos eso creía él. Dio cuenta de la sustracción a la oficina del sheriff. Luego, cuando descubrió que su hija se había llevado el coche para pasar el fin de semana con su amigo en un motel de McConnelsville, me consultó sobre qué había de hacer. Yo le dije que firmara inmediatamente todos los papeles necesarios, a fin de que la chica no fuera detenida y se viera en un lío. Mientras estaba en la oficina del sheriff, el escribiente hablaba por teléfono, y Rich se dio cuenta en seguida de que en su conversación se refería a ti, a la pasta y a esa chica. Al parecer, el escribiente no hacía más que repetir al fiscal: «Mande la conoce de antes y no la creería en absoluto aunque jurara sobre un montón de biblias». Lo repitió una y otra vez: «Mantle no puede desechar la idea de que hay algo raro en todo eso.» Así que, Dave, vayamos al grano. Quiero estar ahí hoy mismo, cuando prosiga el interrogatorio. No te preocupes; no te voy a cobrar un centavo. Te debo algo (todo el condado te lo debe) por lo que hiciste hoy. Además, tú siempre has sido muy amable conmigo. Bueno..., ¿qué?

—Está bien. Gracias —le respondí.

Y lo contesté con rapidez, para cortar la conversación, porque, claro, a quien Mantle conocía de antes no era a Jill, sino a mamá. Acordamos que Bledsoe acudiría a eso de las cuatro, «de modo que podamos examinar la situación —éstas fueron sus palabras—, y acordar lo que hemos de decir, para que, al menos, todos

coincidamos».

—¿Con quién hablabas? —me preguntó mamá cuando colgué el teléfono.

—Con un abogado a quien conozco. Se llama Bledsoe. Se ha ofrecido a venir y yo he aceptado.

—¿Para qué queremos un abogado?

—Para estar más seguros.

—Me estás ocultando algo.

En algunos sentidos, mi madre parecía más un lince que un ser humano, porque un lince sabe, con sólo mirar a uno, en qué está pensando.

—No te oculto nada. El me ha dicho que, al fin y al cabo, yo he matado a un hombre, y no se puede estar seguro de qué hará Edgren.

—No me gusta el tal Edgren, ni tampoco ese Mantle.

—Sí, claro.

—No me gusta nada de nada.

—¿Qué te ocurrió con él en Fairmont?

—Nada.

—El estuvo encargado del caso de aquel tipo con el que te enfrentaste. ¿En qué otro caso intervino? ¿Qué tuviste tú que ver?

—¿Quieres que te cuente la historia de mi vida?

Tuve interés en averiguar el asunto y, por último, lo averigüe: en la empresa donde mamá trabajaba, otra chica la acusó de robarle las propinas, y el gerente dio parte a la policía. Mantle prestaba servicio entonces en Fairmont. No pasó nada, pero mamá tuvo que tomar el autobús de Marietta. Tardé una hora en saberlo todo. El episodio no arrojaba mucha luz sobre el asunto, pero, al menos, explicaba la actitud de Mantle hacia mi madre.

Lavé los platos después del almuerzo que nos habían ofrecido nuestros visitantes. Mamá me ayudó, pero me estuvo dando la lata sobre el deber y la voz de la sangre. Eran casi las cuatro cuando un coche se detuvo fuera, un Chevrolet, pero nadie descendió de él. Cuando salí, vi a Jill en el asiento delantero, vestida con traje de enfermera, pero sin gorro. Atrás viajaba una enfermera, y conducía un tipo a quien yo nunca vi con anterioridad. Jill me presentó a la enfermera y a aquel hombre, el señor York, que resultó ser un empleado de la compañía aérea para la que Jill trabajaba. Le había enviado a toda prisa en un avión el presidente de la compañía, apenas media hora después de que se recibiera la llamada de Jill, y se apresuró a acudir con dinero y cualquier otra cosa que ella pudiera necesitar (como aquel coche, que había alquilado).

—Mientras yo quiera —aclaró la interesada—. Nunca me he sentido tan importante en mi vida.

—Cariño —le dijo York—, eres la heroína del año. Puede que el señor Howell te salvara, pero tú salvaste veintiocho vidas. Y no hablemos de los millones de dólares que vale el avión. Tuvieron la suerte de tirarse en aquella bolsa de aire; si no, la puerta no se hubiera podido cerrar. Lo empujaste, gracias a Dios. Espero que te sientas tan importante como nosotros creemos que lo eres.

—Bueno, ¿quién soy yo para decir lo contrario?

—Hagan el favor de entrar —invité.

—David, hasta que venga la Policía prefiero esperar en el coche.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

No era difícil adivinar de qué clase de razones se trataba, y yo no las discutí. Me quedé junto al coche, hablando a través de la ventanilla, con la enfermera inclinándose hacia adelante para oír y el señor York interviniendo de vez en cuando. Al cabo de un par de minutos se detuvo otro coche y de él salió el señor Bledsoe. Lo presenté, él se quitó cortésmente el sombrero y dijo:

—Entremos.

—Cuando venga la Policía —insistió Jill—. Si usted quiere entrar, señor Bledsoe, entre, por favor, pero yo me quedaré aquí.

—He dicho que entremos —replicó bruscamente Bledsoe—. Estarán aquí en seguida, y tenemos que hablar ¡ahora!

—Bueno —replicó York—, pero ¿quién es usted para decirle a esta señorita lo que ha de hacer?

—James J. Bledsoe, abogado del señor Howell. Sugiero que la señorita Kreeger me acepte también como abogado. Ella está metida en un lío y tenemos el tiempo justo.

—¿En un lío? —preguntó York—. ¿Un lío? ¡Ella es la heroína del año y usted trata de decir que está metida en un lío!

—Si Mantle dice que lo está, lo está.

Jill, sin entender, me miró primero a mí y luego a su compañero.

—¿Quién es Mantle? —preguntó York.

—Creo que ella lo conoce —repuso Bledsoe.

—Pero ¿qué es todo esto? —exclamó Jill indignada—. ¿Qué demonios pasa? Nunca he oído hablar de ese Mantle.

Yo empecé a dar codazos a Bledsoe, quien miraba fijamente a Jill. Me lo llevé aparte y le susurré:

—No es a ella a quien Mantle conoce.

Bledsoe retrocedió y se excusó lo mejor que supo, pero insistió otra vez en que Jill «podía estar metida en un lío» y le rogó que entrara, «de modo que podamos ponernos de acuerdo sobre lo que hay que decir a la Policía cuando venga».

Jill se quedó mirándome. Cuando yo asentí con la cabeza, York me vio. Le susurró algo a la muchacha, que acabó por aceptar.

—Está bien.

Vaciló al apoyarse con todo su peso en los pies, y una vez más tuve que llevarla en volandas. Ella pasó su brazo derecho por mi cuello.

7

Presente a mi madre la cual señaló el sillón para Jill, el sofá para mí y ella, y otras tantas sillas para la enfermera, York y Bledsoe. Pero yo deposité a Jill en el sofá, me senté a su lado y dejé que los demás, incluida mamá, escogieran su sitio. Bledsoe entró inmediatamente en materia.

—Bueno, ¿de quién sospecha Mantle?

—¿De quién sospecha? —preguntó mamá—. Es una rata asquerosa. Sospecha de todo el mundo, sin ninguna razón.

Bledsoe se la quedó mirando, comprendiendo al final lo que su amigo había oído por teléfono, pero equivocándose de persona. Cuando me miró, evité sus ojos.

—Bueno, no sé —balbucí.

—¡Dave! ¡Sí que lo sabes! ¡Dilo! —me urgió el abogado.

—Por lo poco que dijo —expliqué—, parece extrañarse de que yo matara a Shaw hacia las cinco treinta y no lo llamara a él hasta las seis. Le dije que la señorita Kreeger se encontraba muy mal, y que temí que pudiera morirse.

—Y me hubiera muerto —interrumpió ella.

—Es verdad —terció la enfermera—. Se encontraba muy mal, y mal sigue.

—¿Por qué no llamó usted, señora Howell? —preguntó Bledsoe—. ¿Le preguntó eso Mantle?

—Ya se lo expliqué una y otra vez —contestó mamá—. Estuve buscando el dinero para, si lo encontraba, reclamar la recompensa. Empecé a buscar inmediatamente, y por eso no llamé. No fue culpa mía que no lo hallara. Pero descubrí el paracaídas, y no me dieron ni las gracias.

Bledsoe se quedó pensativo y preguntó:

—¿Es eso lo que le dijo usted a Mantle?

—Yo hablé con Edgren.

—Bueno, pues a Edgren.

—¿Qué más le iba a decir?

El abogado se volvió a quedar pensativo y, dirigiéndse a mí, me preguntó:

—Entonces, ¿qué sospecha Mantle, Edgren o quien sea?

—No lo sé.

—Vamos, Dave, dilo.

—Quizá yo lo sepa —terció Jill—. Creen que ella robó el dinero mientras fingía buscarlo.

—¿Estaba usted aquí, señorita Kreeger?

—No. Me llevaron en la ambulancia antes de que empezara el interrogatorio. Creo que es eso. Si a mí se me ha ocurrido, se les habrá ocurrido también a ellos.

—Bien, gracias, señorita como se llame, muchas gracias. Yo le salvo la vida y usted me llama ladrona —le reprochó mi madre.

—Usted es una ladrona.

—¡No me llame eso! ¡No lo haga! —y mamá dio un salto y se fue hacia Jill, la cual se levantó del sofá, esperó a que estuviera cerca de ella y le soltó una bofetada que derribó a mi madre al suelo.

A mí me cerraba el paso la mesa, pero Bledsoe ayudó a mamá a levantarse y la devolvió a su silla.

—¡Usted, so puta, trató de que me matara! ¡Usted...!

—¿Quieren callarse? —gritó Bledsoe—. Sólo nos quedan unos minutos. ¿Van a emplear ese tiempo en salvar el pellejo o quieren los tres ir a presidio? ¿No se dan cuenta de las implicaciones de todo eso? Si los tres empiezan a pelearse, van listos.

—Yo no lo creo —protestó Jill, colérica.

—Especialmente usted, guapa.

—¿Por qué?

—Por conspirar con Dave y con la señora Howell para asesinar a aquel individuo. Móvil: el dinero. Si alguna vez se encuentra esa cantidad, que Dios le ayude, y sobre todo que ayude a Dave Howell.

—¿Por qué sobre todo a Dave Howell?

—El fue quien apretó el gatillo para matar a Shaw.

Se hizo un largo y ominoso silencio. York se acercó a zancadas por detrás del sofá y se inclinó sobre Jill, le acarició en la mejilla y dijo:

—Cariño, puede tener razón. Quizás esto sea cosa tuya, pero me enviaron aquí para ayudarte en todo lo que pudiera, y creo que debo decir lo que pienso. Más vale que lo tomes con calma.

La cara de Jill se contrajo, pero la muchacha no dijo nada. Nadie pronunció una palabra, y transcurrieron dos minutos en los que no se oyó más que el resuello de mamá. En aquel momento, dos coches se detuvieron fuera, uno detrás del otro.

Edgren y Mantle bajaron del primero coche, y del segundo descendió un tipo a quien yo conocía, y que recordaba a un profesor universitario. Cuando salí a recibirles y Edgren me presentó, me enteré de quién era: el señor Knight, de la fiscalía del Estado. Se encargaba de los casos importantes de homicidio. Era un hombre muy agradable, pero una vez hice entrar a los tres y presenté a Knight a los reunidos, quien dirigió la conversación fue Edgren. Este conocía a Bledsoe y se dirigió a él muy amablemente. Trasladé algunas sillas de la habitación de mamá, y nos dispusimos todos a empezar. Edgren

comunicó a Jill.

—Le informo de sus derechos. No tiene por qué hablar si no lo desea. Está en su derecho de nombrar un abogado, que puede reunirse ahora con nosotros.

—El señor Bledsoe es mi abogado.

—¿Desea hablar o no?

Ella se volvió, antes de contestar, hacia el señor York, quien entornó los ojos y recomendó:

—No te pongas nerviosa.

Miró a York otra vez, a Bledsoe y a Edgren y dijo:

—Está bien.

—Bueno. Empecemos por el principio —invitó Edgren.

—¿Por dónde?

—Digamos que por el avión.

—De acuerdo, pero no me gusta recordar las horas que pasé con aquel idiota esgrimiendo su arma y obligando a volar de Pittsburgh a Chicago y vuelta otra vez, explicando todo el tiempo que yo le gustaba personalmente, pero que me mataría de todos modos si no hacía lo que él me ordenaba, «con toda, toda, toda exactitud». Repetía eso una y otra vez, como si fuera un hincha gritando en el fútbol. Luego, en cuanto se colocó el paracaídas, me obligó a colocarme de espaldas a él. Tomó la bolsa que le habían entregado, y que contenía el dinero, se la puso en bandolera, gritó en la cabina de primera clase: «¡Todo el mundo agachado! ¡Apoyen la cabeza en el asiento delantero!» Cuando todo el mundo le hubo obedecido me obligó a precederlo hasta la salida de pasajeros, y a Lefty Johns, que era nuestro piloto, le mandó abrir la puerta.

»Pero entonces se puso nervioso. Miró afuera y no se atrevió a saltar. Entonces fue cuando alcanzamos la bolsa de aire, y descendimos rápidamente unos seiscientos metros, por lo menos. Dos o tres mujeres gritaron. Yo estoy acostumbrada a las bolsas de aire y no me habría preocupado, pero todo el avión crujió, y sabía que si la puerta continuaba abierta, otra caída nos haría pedazos. Lefty lo sabía también porque gritó a Shaw con todas sus fuerzas: «¡Si ha de saltar, salte! ¿Quiere saltar, por amor de Dios?», o algo parecido. Pero Shaw siguió sin decidirse. Permanecía mirando afuera, asustado. Cuando el avión crujió una vez más, yo le hice dar media vuelta y le empujé. Pero él me agarró para evitar la caída. Entonces los dos nos vimos girando hacia el abismo en medio de la noche, él colgando de mí, y yo colgando de él. Recordé la anilla de apertura, la busqué y tiré de ella. Sufrí una sacudida cuando el paracaídas se abrió. Luego, como en una película de terror, caí de cabeza al agua, pero un agua tan fría que pareció como si me hubieran apuñalado con hielo. Grité, pero dejé de hacerlo al tragar agua. Luego subí a la superficie y vi lo que parecía

una orilla, con matorrales, tocones y árboles que se elevaban al cielo. Fui nadando hasta allí, pero cuando me arrastré y me levanté, los pies me dolían horriblemente. El agua se había llevado mis zapatos, y sólo me quedaban las medias, la falda, los panties, el bolero y las bragas, que estaban empapados.

—Un momento —le interrumpió Edgren—. ¿Se refiere usted a esa isla de ahí?

—Sí, la misma. Shaw trepó a mi lado, pero nosotros no sabíamos que aquello fuera una isla. Él fue quien lo descubrió después de rodearla. Seguía con los zapatos puestos y podía caminar. Luego se volvió hacia mí, echándome toda la culpa, diciéndome que estábamos atrapados en aquel «lugar horrible» y asegurando que me mataría. Por eso empezó a secar la pistola, soplando en el cañón y frotándola contra sus pantalones para que se le saliera al agua. Luego vio lo que parecía una casa, con una luz arriba.

—¿Era esta casa? —preguntó Edgren.

—No lo creo.

Jill se volvió hacia mí y yo empecé a hablar, pero Edgren me interrumpió con sus frases acerca de mis derechos. Bledsoe se dirigió entonces a mí, y yo expliqué lo de la otra casa. Jill prosiguió:

—Shaw gritó en aquella dirección y yo también. Le digo que grité. Entonces aparecieron las luces de dos linternas en la colina, y el señor Howell apareció con esta señora.

—Un momento —interrumpió Edgren—. Mientras pasaba esto, mientras él secaba el arma y usted gritaba hacia la casa, ¿conservaba Shaw el dinero?

—Sargento Edgren, era de noche y yo no veía nada. ¡Hacía tanto frío! Todo lo que podía distinguir era aquella pistola, pero nada más. Cuando él la apretaba contra mí, a veces en la cabeza, la podía sentir.

—¿Dijo algo del dinero?

—Que yo recuerde, no.

—¿Le echó la culpa, o algo así, por haberlo perdido en el río? —esta vez fue Mantle quien intervino en la discusión.

—No mencionó eso para nada.

Al oír estas palabras, Edgren, Mantle y Knight juntaron sus cabezas, y Bledsoe se me quedó mirando. Sabía lo que pensaba: Knight y los dos policías encontraban muy raro que Shaw hubiera perdido su dinero, que se le resbalara cuando se abrió el paracaídas, que no se lo hubiera mencionado a Jill ni le echara la culpa, como una razón más para matarla, o que no hubiera empezado a buscarlo.

—Está bien, siga contando —dispuso Edgren—. El señor Howell acudió con su madre. ¿Qué pasó entonces?

—Shaw le preguntó si tenía un bote, y el señor Howell contestó que sí. Le ordenó que fuera a buscarlo, pues de lo contrario me

mataría. Así que él se marchó, y la señora Howell empezó a gritar a Shaw y éste le contestó también a gritos.

—¿Sobre el dinero?

—¿Por qué sobre el dinero? —interrumpió Bledsoe—. ¿Qué tiene que ver ahora eso?

—La señora Howell dijo que había estado pensando en él todo el tiempo.

—Repita la pregunta.

—¿Por qué gritaba ella?

Jill se quedó mirando a Bledsoe, a York y a mí; a mí más rato. Luego dijo:

—Sargento, con una pistola apuntándole a una a la cabeza, y con los dientes castañeteando de frío, no se presta mucha atención a lo que está diciendo una mujer que ni siquiera se puede ver, a treinta metros de distancia en la oscuridad. Ella estaba discutiendo con Shaw, eso sí lo recuerdo; pero sobre qué, no tengo ni idea.

Jill explico muy brevemente el resto: cómo la voz dijo «suelte esa pistola», cómo Shaw se había vuelto y disparado, como se oyó un tiro de fusil y cómo Shaw cayó a sus pies.

—Con los sesos fuera. Se dispuso a acercárseme, pero cayó a mis pies. El señor Howell llegó hasta mí a través de los arbustos... Me tapó con su chaqueta y me llevó hasta su bote. Yo había estado rezando a Dios, y no me importa declarar que él me pareció Dios. Lo tomen como lo tomen, aún me lo sigue pareciendo.

Jill puso su mano sobre la mía y se produjo como una pausa. La interrumpió Edgren, que preguntó:

—Y luego, ¿qué?

—¿Cómo voy a saber lo que pasó luego?

Después de otra pausa, Jill prosiguió:

—Me llevó a la casa, y esta señora habló del dinero y quiso empezar a buscarlo. Creo que eso dijo. Yo sólo pensaba en aquella chaqueta, en la maravillosa chaqueta del señor Howell, aunque él se quedó desnudo hasta la cintura.

Explicó lo de la cama, el baño y mi llamada telefónica a la oficina del sheriff. Luego recordó su conferencia con Chicago, pero no dijo nada de la pelea que habíamos tenido cuando mamá regresó con el fusil. Edgren la presionó para saber cuánto tiempo había transcurrido desde la muerte de Shaw y mi llamada telefónica, y ella calculó que una media hora.

—El tiempo que tardó en ponerme en aquella cama, taparme con una manta, subirme al baño y meterme en la bañera.

—Otra cosa —dijo Edgren—. ¿Cómo es que ese hombre, el tal Shaw, logró pasar su pistola por el detector de metales? ¿Le habló de

eso a bordo del avión?

—Le gustaría saberlo, ¿verdad?

—Creo que a todo el mundo le gustaría.

—Pues adivínelo usted, señor. No lo va a saber por mí. Si se lo dijera yo y luego usted se lo contara a los demás porque quieren enterarse, otra vez empezaríamos con ese asunto de los secuestros. Lo logró de un modo tan sencillo, que todo el que tenga diez dólares puede hacer lo mismo. Sí, lo mencionó y se jactó de ello. Pero ahora está muerto, y yo no voy a contárselo a usted ni a nadie.

8

La cosa quedó así y York se acercó a Jill para acariciarla en la mejilla. Edgren me preguntó si tenía algo que añadir a lo que había dicho aquella mañana. Luego se volvió hacia mi madre, quien manifestó:

—Yo tengo mucho que añadir. Intento ayudar a la Policía y, a cambio, me trata como a una ladrona. Pero no diré nada. Nada de nada.

Mantle la interrumpió para decirle que no había sido tratada como una ladrona ni le habían faltado al respeto.

—Nadie me ha dado las gracias por la ayuda que he querido prestarles —se lamentó.

—Pues muchísimas gracias.

Pero Knight puso fin a la conversación llevándose a los policías aparte para cambiar impresiones. Entonces fue cuando Bledsoe se arrodilló frente a Jill, hizo una señal con la cabeza a mamá y nos susurró a los tres, con York aún de pie detrás de Jill:

—Creo que la Policía quiere detenerlos a los tres. El tiempo que transcurrió después del tiro no se aparta de la mente de Mantle, y eso, junto con la confesión de la señora Howell, que reconoce su interés por el dinero, le induce a creer en la posibilidad de que Dave Howell escondiera ese dinero con la ayuda de su madre y la señorita Kreeger. Creo que están hablando de eso, y Knight, naturalmente, es reacio a enfrentarse a un juez si yo pido la libertad bajo fianza de ustedes. Pero ¿qué necesidad hay de llegar a eso? Creo que puedo arreglarlo todo ahora mismo de un modo muy sencillo. Mírenme a los ojos ustedes tres, y contéstenme: ¿hay alguna razón, sólo una, por la que no quieran que registren esta casa? ¿O la otra casa, dondequiera que esté?

—Por mí ya pueden registrar —dije. —¡Claro que no hay ninguna razón! exclamó mamá—. ¿Qué razón iba a haber? ¿También piensa usted que yo soy una ladrona?

—Bueno, yo tampoco tengo ninguna razón en contra —dijo Jill.

El abogado se levantó y llamó a Knight:

—Marión, los policías, según creo, no hacen más que pensar en ese dinero, y creen que Howell retrasó su llamada a la policía para que su madre, la señorita Kreeger o él mismo pudieran esconderlo. Por si es así, desean que esta casa sea registrada, y la otra también. No les importa que no haya mandamiento judicial.

—¿Bien? —preguntó Knight, mirando primero a Edgren y luego a Mantle—. Creo que ésa es una buena idea.

—De acuerdo. Empecemos.

Así que los dos se dedicaron a registrar. Yo he oído decir que un registro pone una casa de patas arriba, pero no fue así en este caso. Los dos policías conocían su oficio y fueron por toda la casa rápidamente, dejando las cosas tal como las habían encontrado, primero abajo y luego en el segundo piso, ya que les sorprendió mucho, porque allá arriba no había más que ropa blanca en los armarios del cuarto de baño. Les mostré la escalera que subía al desván.

—Allí no hay nada —les aseguré—. Al menos eso creo, pues si he de decirles la verdad, sólo he subido una vez.

Hicieron su trabajo rápidamente, y luego nos metimos en el coche para dirigirnos a la otra casa. Seguimos por el camino vecinal unos cuatrocientos metros, hasta la carretera sesenta, luego avanzamos otros cuatrocientos metros en dirección Sur, hacia Marietta, y tomamos otro camino vecinal que conducía a la otra casa. Abrí la puerta, y mis acompañantes se estremecieron a causa del frío que reinaba en el interior de la vivienda. Las habitaciones delanteras estaban vacías, pero señalé la luz que mantenía encendida, y luego les conduje por las habitaciones traseras, que estaban llenas de sacos de granos de maíz, semillas de lechugas y rábanos. Allí se dejaba otra luz encendida. Descorrí el cerrojo de una de las puertas traseras y cruzamos el patio hacia la cocina, cuya puerta mandé ensanchar para permitir la entrada a las grandes máquinas agrícolas. En un rincón había herramientas de jardinería: palas, azadas, picos, rastrillos, etc., que Mantle agarró para echarles un vistazo por si tenían barro fresco, sospeché yo, a causa de haber enterrado nosotros el dinero en alguna parte. Pero Edgren se quedó en la puerta, mirando a su alrededor. De repente, se volvió hacia mí, y me preguntó:

—Dice usted que su padre edificó esto. ¿De dónde era su padre?

—De Texas —le contesté.

—Claro, por eso parece un rancho texano. El comedor está en la casa, pero guisaban en esta cocina. Antiguamente, el muchacho esclavo que llevaba la comida tenía que silbar mientras iba, para que no lamiera la salsa de la carne. Si no silbaba, lo castigaban.

—Mi padre ya me contó eso.

Edgren pareció satisfecho. De si Mantle lo estaba, no podía yo estar seguro.

Volvimos a la otra casa y todos se volvieron muy sociables. Mamá explicaba a Knight y a Bledsoe «el horrible aspecto de sus sesos, esparcidos por el suelo»; la enfermera permanecía sentada con Jill, y York hablaba por teléfono en el recibidor.

—Nada —informó Edgren a Knight.

—Al menos hasta ahora —le matizó Mantle.

Fue York quien llevó la iniciativa de la conversación cuando volvió al recibidor. Primero soltó un billete en el regazo de mamá, y luego le dio las gracias por permitirle usar el teléfono.

—He estado hablando con el señor Morgan —explicó—. Me refiero a Russ Morgan, presidente de Trans-U.S. & C. El ha arreglado todo, creo, en lo referente al dinero, al menos por lo que respecta a Jill. Se lo cede a ella, como agradecimiento por lo que ha hecho. Yo le sugerí la idea y él ni me dejó terminar. «Se lo merece —decía una y otra vez—. Sí, se lo merece. Es suyo si alguna vez se encuentra, y si no se encuentra, será muy bien recompensada.» Eso es típico del señor Morgan. Siempre hace las cosas en grande. Así que... esto liquida el asunto, según creo. Jill no puede ser acusada de robar un dinero que es suyo.

Se intercambiaron miradas inexpresivas.

—¿Y bien? —preguntó a Knight.

—Ella no ha sido acusada, señor York.

—Bueno, pero ahora ya no se la puede acusar.

—Tómeselo con calma.

Esta vez fue Bledsoe quien habló, pues a él le gustaba matizar las cosas.

—No tratemos esto con acaloramiento.

Nadie mencionó la posibilidad de que se nos acusara, y Knight se levantó.

—Practicaran la autopsia mañana —comentó—, así que iniciaremos la investigación el martes. Ustedes tres: señor Howell, señora Howell y señorita Kreeger serán llamados a declarar como testigos, así que, por favor, no se ausenten —se puso la chaqueta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Listos? —preguntó York dirigiéndose a Jill.

—Eso creo —respondió ella, volviéndose a medias hacia mí.

—Yo la llevo —dije, bajando un brazo hacia las rodillas de la muchacha, y pasando el otro por su cintura para levantarla.

—¿Bueno? —inquirió sonriendo a York—. Realmente no puedo elegir. Tengo que hacer lo que dice Dave.

—Muy bien —admitió York con cierto malhumor.

Knight hizo un saludo con la cabeza a todos, salió por la puerta principal, se metió en su coche y se alejó.

—Ya les tendremos al corriente —prometió Edgren, y él y Mantle se marcharon.

Bledsoe miró su reloj, hizo a Jill una breve caricia, inclinó la cabeza ante mamá y se marchó a su vez.

La enfermera y York también salieron. Me volví hacia mi madre y

le dije:

—Volveré.

Pero no sé si me oyó o no, pues ni siquiera me miró.

Llevé hasta la puerta a Jill, que la abrió y cuando estuvimos fuera la cerró. La llevé hasta mi coche, que estaba aparcado junto a la casa. Abrí la portezuela y la ayudé a entrar.

—¿Bueno? —me preguntó cuando entramos en la carretera sesenta, en dirección a la ciudad—. ¿Lo he hecho bien?

—Perfecto —le contesté—. Me sentí aliviado al ver que no contabas lo que se dijo en la oscuridad, todo aquello de que mi madre quiso que Shaw te matara. Nunca creí eso, pero…

—Lo dije sin pensar, ahora lo sé. ¿Sabes por qué no he dicho nada?

—¿Por qué?

—Por ti. Ella es tu madre, yo yo…

—¡Sí! ¿Tú, qué? —le pregunté cuando se interrumpió.

—¿No lo comprendes?

—No.

—Entonces, no he de ser yo quien te lo diga.

—¿Pues quién ha de ser?

No contestó, pero puso su mano sobre mi brazo e indagó:

—¿Hemos de ir juntos a alguna parte, sí o no?

—En lo que respecta a mí, vamos.

—Entonces, una mujer está al lado de su hombre tanto si le gusta su madre como si no. Yo no podía hablar en contra de ella.

—Jill, te quiero.

—Y yo te quiero a ti.

Se retrepó en su asiento, colgándose aún de mi brazo.

Llegamos al hospital que domina Muskingum, aunque también tiene vistas sobre Ohio. Aparqué el coche, y cuando alargué los brazos para levantar a Jill, me apartó y salió del coche por sí misma. Se agarró a mi brazo, cojeando un poco, y me guió hacia la terraza que daba al río, dio unos pasos y se quedó allí mirando. Luego, trepidando en el crepúsculo, oímos un motor en marcha. Se vio la parte superior de un remolcador, que subía Ohio arriba, con su luz roja brillando ante nosotros. La vista es siempre maravillosa, y permanecimos contemplándola con las manos entrelazadas. De pronto, en un tono diferente, Jill me preguntó:

—Dave, ¿dijo York que ese dinero es mío?

—Así es, si se encuentra. Si no se encuentra, de todos modos te darán una recompensa. Así que me he enamorado de una heredera.

—Dave, tenemos que encontrarlo.

—Escucha, Jill, no te preocupes por él. Ese dinero está ahora en el

Muskingum, empapándose de agua para servir de comida a los peces.

—Pues yo creo que no.

Alzó su mirada hacia mí con un nuevo brillo en sus ojos.

—Esa mujer, tu madre, sabe dónde está y quiere guardárselo. Lo cual no significaría mucho para mí si no perteneciera a Russ Morgan. Me gustaría que se le pudiera devolver, pero tal vez no esté en nuestra mano conseguirlo. De todos modos, yo pienso hacer todo lo que me sea posible. Es mío y lo quiero. Aún no sé cómo lograrlo, pero conozco a quien sabe dónde está.

—¿Mamá? ¿Cómo va a saber ella dónde está?

—Ella sabe dónde lo puso, ¿no?

—Escucha, ¿cómo lo pudo esconder?

—Recogiéndolo, arrojándolo en el bote y alejándose en él. Dave, a la Policía le pareció muy extraño que Shaw permaneciera en aquella isla conmigo y no dijera una palabra de que el dinero había desaparecido. Y tenían razón, Dave; él debía de conservarlo. Sin duda lo llevó colgando del hombro todo el tiempo. Tu madre no pudo sacarlo de la bolsa; eso significa que la arrebató del hombro del muerto y se la llevó. Río abajo, río arriba o a la otra orilla. Donde fuera. Puede que aún siga en la isla. La Policía no ha registrado allí.

—Les dije que podían hacerlo. La isla es de mi propiedad; forma parte de la granja que compré.

—Sin embargo, ellos no lo hicieron.

Yo estaba perplejo y no supe qué contestar, pero seguimos hablando de lo mismo y Jill entornó sus ojos. Luego me dijo:

—Dave, ya que Shaw no me mató, está bien, olvidemos lo que ella intentó, ya que yo estoy enamorada de su hijo. Pero cuando hay de por medio cien mil dólares, yo no olvido nada. Ella se lo ha quedado y yo quiero recuperarlo. Si esto la lleva a la cárcel de Marysville es porque ha de ser así. Te quiero, pero si piensas que yo voy a abandonar ese dinero, no te quiero hasta ese punto.

—Bien; ahora lo sé.

—Odio tener que decirlo, pero…

—No me quieres hasta ese punto.

De repente, aparecieron lágrimas en sus mejillas, que brillaron bajo las luces. Yo le dije:

—¿Y si resulta que todo es al revés? ¿Y si ella no tiene el dinero? ¿Y si nunca se encuentra?

—¡Tiene que encontrarse!

—Eso lo dices tú.

—Quiero entrar.

9

Di marcha atrás al coche y lo coloqué junto a la puerta principal. El salón estaba como siempre, pero no se veía a mamá por ninguna parte. La llamé, pero ella no me contestó. Golpeé con los nudillos la puerta de su cuarto, es decir, lo que había sido el comedor. Como tampoco allí obtuve respuesta, abrí la puerta y entré. Eran casi las siete y estaba oscureciendo, así que, al principio, no tuve la seguridad de si estaba allí o no. Entonces la distinguí, echada en la cama boca arriba, quieta, con el mismo vestido, la manta tapándola a medias, y la mirada perdida. Yo le susurré:

—¿Por qué no has contestado cuando te llamé?

No obtuve respuesta.

—¡Eh!

No me respondió.

Tomé su brazo y la sacudí. Ella se soltó y me abofeteó. Yo la abofeteé a mi vez, y al hacerlo cometí un error. Ella giró sobre sus rodillas en la cama, así que el vestido se le abrió por delante. Luego empezó a darme puñetazos, a arañarme mi cara y a agarrarme, a sujetarme y a morderme. Yo no grité ni ella tampoco. Yo refunfuñaba, jadeando furioso, contestando con puñetazos que ella me devolvía. Al final se dejó caer sobre la cama y empezó a chillar, así que yo pude irme a mi habitación para echarme un vistazo en el espejo y ver qué me había hecho en la cara. Tenía arañazos por todas partes. Tomé un bote de Listerine y conseguí cortar la hemorragia. Luego, volví con mi madre. Sus gritos habían cesado, pero tan pronto como abrí la puerta, empezaron de nuevo los que ya tenía yo tan oídos, y que consistían en cambiar la voz del natural al falsete y viceversa. Eran estridentes, claros, inaguantables y cien por cien farsa.

—¡Bueno, calla ya, o te voy a zurrar! —la conminé.

Sólo conseguí que redoblara sus gritos en voz más alta.

La levanté y la abofeteé, primero en un lado de la cara y luego en el otro. Gritó con todas sus fuerzas. Tomé un jarro y empecé a echarle agua por encima.

—Toma, para que te refresques.

No dejó de gritar, pero aminoró el tono, así que yo supe que al final podríamos hablar.

—Ahora —le pregunté—, ¿quieres decirme a qué viene todo esto? ¿Qué demonios te pasa?

—¡Oh! —gimió—. ¡Que yo haya vivido para ver este día!

—¿Qué día? —le pregunté—. Es domingo. ¿Qué tiene de extraordinario?

—¡Al cabo de tantos años! ¡Después de todo lo que yo he hecho! ¡Ahorrando y trabajando como una esclava...!

—No olvides decir eso de que hay que ver cómo se te han puesto las manos.

Porque, claro está, yo ya había oído aquello otras veces, relacionado con una cosa u otra. Me lo sabía de memoria. Pero ahora lo repitió una y otra vez, como si recitara de un libro, sin olvidarse de nada. Hasta que no hubo dicho todo por lo menos dos o tres veces, no volvió a citar lo de la noche anterior:

—Y pensar que cuando al fin había alguna esperanza, cuando el sol estaba saliendo, cuando el arco iris había aparecido en el cielo, ¡que me den esta puñalada por la espalda mi propio hijo y una horrible Jezabel!

—¿Dónde estaba esa criatura? No he visto a ninguna Jezabel.

—¡Una puta que se acuesta con los hombres, y que me ha quitado a mi pequeño Davey!

—¡Eh! El pequeño Davey soy yo.

—¡Una Jezabel!

—¿Cómo sabes que se acuesta con hombres?

—¡No hay más que mirarla! Cualquiera lo adivina. ¡Con esa cara que tiene de viciosa!

—¿Y porque se acuesta con hombres ya es una Jezabel?

—¿Pues en qué crees tú que eso la convierte?

—No lo sé... Tal vez en nada. Es una chica encantadora.

—Repito que es una Jezabel.

—¿Porque se acuesta?

—¿Pues qué crees tú que es?

—Tal vez una chica enamorada.

—¿Enamorada? ¿Enamorada?

—Mamá, dime una cosa.

—¿Que te diga qué?

—Había una chica a la que yo admiraba, pues tenía razones para ello. Se llamaba Myra Giles, nombre que te será conocido. Tenía dieciséis años e ingresó en el hospital de aquí para dar a luz un hijo. Dos meses después se casó. Así que debió de haberse acostado con alguien. ¿La convierte eso en una Jezabel?

Ella se elevó apoyándose sobre un codo y me miró fijamente un buen rato. En la oscuridad, sus ojos parecieron más grandes, ya no azules, sino negros.

—¿Cuándo te enteraste de eso?

—¡Oh! Hace unos meses. Tuve que arreglar mis papeles para cobrar cierto seguro. Me exigieron partida de nacimiento, licencia matrimonial de los padres y demás, y así es como me enteré.

A mí no me importó. Todo lo que vi en aquellos papeles fue una

chica de dieciséis años enamorada. No hay en ello nada ilegal. Yo la alabo y, si vamos al caso, hasta se lo agradezco. Pero volvamos al tema, ¿la convierte eso en una Jezabel?

—Podría ser.

—Pues, bueno, Jezabel, ¡hola!

—¿Cómo te gustaría irte al infierno?

—Bueno, has sido tú quien lo ha dicho, no yo.

—Claro que lo he dicho. Tenía que hacerlo. Pero no fui yo.

—¿Que no fuiste tú? ¿Te estás burlando?

—No fui yo. ¡Ahora ya lo sabes! Nunca pensé tener que decirte que no eres mi hijo. Ni Jody fue tu padre. ¡No fui yo la que te parió! Fui yo la que tuvo que casarse, pero yo no te tuve a ti.

Fue la Gran Myra, mi prima y tocaya quien te dio a luz en la clínica de la calle Cuarta. Pero luego, como ella no se podía quedar con el niño, me suplicó que lo criara yo. Así que tuve que casarme. De todos modos, Jody y yo íbamos a casarnos, pero aún no podíamos. Entonces él, al ver a la otra amamantar a aquel niño, se entusiasmó tanto, que tuvimos que casarnos antes de lo que habíamos pensado. Yo te quiero, siempre te quise; tú no eres mi hijo y no hay razón por la que no...

—¿Por la que no qué...?

—¡Lo que me dé la gana!

—¿Por eso coqueteas conmigo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que haces de Jezabel conmigo.

—¡No me hables así!

—¡Lo mismo digo! ¡Esto sí que es bueno, mamá! De repente, puedes desabrocharme los pantalones con el cuento de que no eres mi madre. ¿No es para reírse?

Me apartó de un empujón, se levantó y encendió la luz. Entonces empezó a taparse con el vestido y a retorcerse, para arreglarse las partes donde estaba rasgado, descosido o arrugado. Luego se dirigió al salón, donde la luz estaba ya encendida, y se sentó. Al cabo de un rato, dijo:

—Si quieres reírte, ríete; tú sabrás de qué.

—De la cómica historia que ha contado.

—Si te parece cómica, considérala cómica. Para mí nunca lo fue, ni para la Gran Myra.

Ignoro por qué tardó tanto en penetrar en mi pensamiento la idea de que podía ser verdad lo que me había dicho. Hasta entonces ni se me había ocurrido pensar en ello. Pero cuando mamá nombró a la Gran Myra, a la que siempre consideré mi tía, una luz brilló en mi cerebro. Recordé la cara que ponía la Gran Myra cuando me traía un juguete, una trompeta, unos patines o un tambor. Eso me hacía

sentirme siempre muy feliz. Tía Myra se parecía un poco a mamá; era un poco más alta y delgada que ella, pero en vez de ser linda podía considerársela bella. Tenía la tez pálida, el cabello negro azulado y unos grandes ojos negros de montañesa. Dicen que ese color se debe a la sangre india. Me adoraba y yo la idolatraba, y ahora sabía la razón de esos sentimientos. Me acerqué a mamá, puse mi mano sobre su cabeza, volví su cara hacia la luz y le pregunté:

—¿Me has dicho la verdad?

—Claro que sí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque así lo decidimos. Prometí no decírtelo jamás mientras...

—¿Mientras qué?

—Mientras tú no echaras a perder las cosas.

—¿Con tía Myra, quieres decir?

—Con ella o con quien fuera.

Debí de tardar unos cinco minutos en sospechar de quién estaba hablando.

—¿Te refieres a mi padre?

—He dicho con quien fuera.

—¡Maldita sea! ¡Contéstame!

—Pues bien, con él.

—¿Quién es «él»?

—No lo sé. Ella nunca me lo dijo.

—¡Mamá! ¡Dímelo! ¿Quién soy yo?

—¿No crees que te lo diría si lo supiera? Habiéndote contado todo eso... Ella trabajaba en el condado de Logan. Tenía un empleo de mecanógrafa o algo así en la Boone County Coal Corporation, y se presentó un tipo casado que estaba haciendo un estudio para establecer una línea de autobuses. Myra nunca me dijo quién era él. Eso es todo lo que sé.

Pasó un rato antes de que yo asimilara aquello. Luego dije:

—Mamá, ¿tuvo él algo que ver con el trato que hicisteis respecto a mí? ¿Quiso también que tú me adoptaras?

—No lo sé porque nunca la vi. Puede que viniera y estuviese con Myra en Marietta cuando llegamos a nuestro acuerdo. Ella nunca me lo dijo y yo no lo sé.

—Y ¿por qué me adoptaste tú?

—Ya te lo he dicho: porque te quería.

—Y mi padre, quiero decir Jody Howell, ¿qué pensó de todo ello? ¿Me quería él?

—Al menos me quería a mí por entonces...

—¿Y por qué accedió.

—Bueno, ¿por qué no iba a acceder? Ya sabíamos que yo no podía tener hijos. Los médicos me lo dijeron.

A mí me constaba la incapacidad de mamá para tener hijos, de modo que no insistí en ello. Seguí atando cabos, mientras ella continuaba sentada en su silla, dando puntapiés y mirándome de vez en cuando. Tenía una expresión de acosada, de culpable, distinta de la que adoptó cuando miraba al vacío. Sin embargo, al cabo de unos minutos, empecé a sospechar que no me había contado toda la historia. Acudieron a mi cerebro más recuerdos; cómo mi padre se había portado conmigo, sus modales fríos, su despego. Nunca sentí por él lo mismo que por mamá o por tía Myra.

—¿Por qué fue tan complaciente? —pregunté—. ¿Por qué accedió a que tú me adoptaras?

—Ya te lo he dicho: me quería.

—¿Eso fue todo?

—¡Hace tanto tiempo! No me acuerdo.

—¿Le dieron dinero?

—Bueno, imagino que sí.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Se lo dieron a él.

Tras una pausa, seguí indagando:

—¿Fue el que empleó para comprar el otro terreno y construir aquella birria de casa?

—No lo sé. El no me lo dijo.

—¿Te lo dijo o no te lo dijo?

—El no me lo contaba todo.

—¿Pagaban mi manutención?

—No lo sé.

—Ellos no se la habrían pagado a él, sino a ti.

—¿Quiénes son «ellos»?

—Tía Myra y mi padre.

—A veces me pagaron algo.

—¿A primeros de cada mes?

—No lo sé; ¡hace tanto tiempo!

—¿Cuánto tiempo?

—¿Qué quieres decir con «cuánto tiempo»?

—Que cuánto estuvieron pagando mi manutención.

—Ya te he dicho que no me acuerdo.

—¿Siguen pagándola?

—Deja de fastidiarme.

—Dímelo, ¿sí o no?

No me contestó, lo que significaba que sí. Al final dejé de insistir. Por el momento, había descubierto tantas cosas que la cabeza me daba vueltas. Yo era como una vaca que se hubiera comido toda la hierba a su alrededor y ahora tenía que echarse un rato para rumiarla. Aún no tenía idea de cómo iba a reaccionar ante aquello; si me gustaba o no

cambiar a mamá por tía Myra, y a mi padre por otro tipo del que nunca supe nada, excepto que debió de ser una buena persona y que de veras estuvo enamorado de tía Myra, pues cuidó de mí todos aquellos años. También resultaba evidente que tenía medios, lo cual significaba que no era un don nadie. Todo esto, mezclado, me formaba un lío en la cabeza. Pero quedaba una cosa por aclarar: ¿por qué, después de haber cumplido su promesa todos aquellos años, faltaba a ella precisamente ahora y me lo contaba todo? Cuando se lo pregunté, eludió la cuestión.

—Tenía que suceder —se explicó, gimiendo—. Te lo tenía que contar alguna vez.

—¿Y por qué esta noche?

—No sé; me salió así.

—¿Por buscar una justificación para quitarte las bragas ante mí?

—¿Cómo puedes decir una cosa semejante?

—Porque es verdad.

—¡No, no es verdad! Deberías avergonzarte. Deberías ponerte de rodillas y pedirme perdón.

—No lo haré. Es verdad.

—¡No lo es!

—Lo es, pero métete esto en la cabeza: no va a haber nada entre nosotros. ¿Sabes por qué? Porque yo no quiero, por eso. No te quiero de ese modo.

—¡Yo no he pretendido eso! ¡No!

—Es lo que has pretendido. Y deja de mentir.

Se echó a llorar, y me acerqué a secarle los ojos. Al limpiarle la nariz me tragué un nudo que se me había formado en la garganta. Quise besarla y la besé. Cometí un error. Ella agarró mi maño y la besó, y luego me arrastró hacia su regazo, besándome y manoseándome. Logré desasirme de ella y le dije:

—Bueno, hemos terminado, ¿eh? Las cosas han quedado claras. ¿Sabes lo que quiero de veras? Comer. Estoy hambriento. ¿Y tú?

—¿Quieres decir que me vas a hacer la cena?

Aquello tenía un sonido íntimo, como para lograr un tono diferente de lo que habíamos estado hablando.

—Sí.

—Dave, eres tan cariñoso…

Los guisantes y la ensaladilla formaban parte de lo que habían traído los vecinos aquel día. El pollo procedía de un paquete de muslos adquirido por mí el día anterior en el supermercado. Además, siempre teníamos a mano pastel y helado. No sé si ella consideró romántico que yo preparase la cena. Sin embargo, observando cómo se alisó el cabello, sentada allí, a la mesa, con su vestido desgarrado ceñido a la cintura, me pareció que esperaba un cambio en mí, una

vez hube averiguado que nuestras relaciones no eran las que yo imaginaba. Pero, por mi parte, no había nada de eso. Todo lo que yo quería era algo de comer y un cambio de tema mientras seguía obsesionándome aquella revelación. La cabeza me daba vueltas y más vueltas cuanto más aceptaba la nueva situación: que tía Myra fuera realmente mi madre, y que mi padre fuese algún tipo cuyo nombre ni siquiera sabía; algún pez gordo, sin duda, por su forma de actuar conmigo.

Mamá se ocupó en fruslerías y fue de acá para allá mientras yo lavaba los platos. Tomó un paño y me ayudó a secar, teniendo siempre cuidado de enseñar más de lo normal. Cuando nos fuimos al salón, intentó sentarse en mi regazo. Yo conecté el televisor. Estaban dando las noticias de las once. Al final, dije que estaba cansado y que me iba a la cama. Ella tosió y farfulló algo, pero, al final, se fue a su cuarto tras darme las buenas noches.

Me acosté y me quedé a solas con todo lo que me habían dicho. Puede parecer divertido, pero, poco a poco, las cosas se aclararon. No me importaba que tía Myra fuera mi madre, debido a sus grandes ojos negros, al modo como me quería y al modo como yo la quería a ella. Pero el resto (quién pudiera ser mi padre) no era más que un gran dolor, un lugar hueco en la oscuridad que yo tenía que descubrir. Aún estaba pensando en ello —o así lo imaginé, sin saber que me había quedado dormido—, cuando me moví y toqué algo que había en la cama. Una mano reposaba sobre mí, y escuché un leve susurro. Debí de pegar un salto.

—No te asustes, Dave. Soy yo, mamá.

Palpé. Ella estaba allí, a mi lado, desnuda bajo la manta. Di un salto o traté de darlo, pero ella me agarró y me retuvo, murmurando todavía:

—No te voy a morder. No debes tener III miedo. Abrázame y ámame. Así. ¡Es la naturaleza!

—No está bien. ¡Sal de aquí!

—¡No! ¡No, por favor!

—Mamá, ¡te he dicho que salgas! ¡Eso no puede ser entre nosotros!

—Pero puede ser entre tú y esa chica, ¿no?

—Déjala ahora en paz.

—No quiero dejarla en paz. Éramos felices antes de que ella viniera, nosotros dos, hablando de lo bonito que sería cuando nuestros pequeños sueños se hicieran realidad. Siempre pensé que la revelación de mi secreto haría posible esto cuando nosotros lo quisiéramos. ¡Tienes que hacerlo! Yo comprendo lo que te pasa, lo que le ocurre a un hombre de tu edad, lo que necesita de una mujer. ¿Y no sabes lo

que yo quería? ¡Darte todo lo que necesitas y más! Tú también lo querías de mí, ¡oh, sí! Lo querías. Estoy segura. Entonces vino ella a estropearlo todo. La odio, la odio. ¡La odio! ¿Por qué te has encaprichado de ella? ¿Por qué…?

—Yo no me he encaprichado de ella.

—Bien, no te encaprichaste. Ahora es mi turno, ¡me toca a mí!

—¡Te digo que no!

—Sí, sí, aquí, déjame…

Me parece que aún hubo más. Por lo que recuerdo, forcejeamos y peleamos un buen rato, desnudos allí, entre las mantas. Yo dándome cuenta, asombrado, de lo joven, suave y prieta que era. Finalmente, la arrojé de la cama y de la habitación, y cerré la puerta, que es por donde debí haber empezado. Luego me senté, jadeando, mientras ella, gritando, se sentaba a su vez en el salón. Después cesó todo, y la oí entrar en su dormitorio. Me volví a meter en la cama y traté de pensar en qué situación me colocaba todo aquello. Poco después, escuché abrirse la puerta del cuarto de mamá. Muy despacio, unos centímetros cada vez, como si tratara de que yo no me diera cuenta. Me dispuse para otra pelea, al tiempo que me preguntaba qué haría si intentaba derribar la puerta. Luego percibí el sonido del disco del teléfono al marcar, y la voz de mamá hablando bajo.

Tras un largo silencio, chirrió una bisagra de la puerta principal. Oí pasos en el porche, luego nada y, finalmente, el motor de un coche. A continuación, distinguí unas luces. Cuando salté y miré a través de la ventana, mamá se dirigía ya a la carretera, hacia la ciudad. No tenía la menor idea de a dónde iba ni me importaba lo más mínimo. Todo lo que se me ocurría pensar era que, al menos por un rato, me había librado de ella. Volví a la cama, y reanudé el hilo de mis pensamientos; necesitaba una respuesta a aquella pregunta, al acertijo en que se había convertido mi vida: ¿quién era yo?

10

Tal vez dormí un poco pero no mucho. Seguí pensando, atando cabos, evocando lo que recordaba de cuando era pequeño y lo que me habían dicho alguna vez. Luego se hizo de día, y supe lo que tenía que decir, contar, dar a conocer a quien yo deseaba que lo supiera, a la única persona que me importaba: Jill. Me levanté de un salto, me dirigí al salón y busqué en el listín el teléfono del hospital Marietta Memorial. Llamé y me dieron el número de su habitación. Ella se puso en seguida.

—Jill, si me quieres, ven aquí ahora mismo. Toma un taxi.

—¿Qué va a decir tu madre?

—No está aquí.

—¡Dios mío! ¡No podría soportarlo!

—¡Jill! ¡Date prisa!

—Bueno, tan pronto como desayune algo y descubra quién va a pagar la factura.

—Olvida el desayuno. Ya te prepararé algo cuando estés aquí.

Creo que la hora siguiente, mientras yo recorría a zancadas la parte delantera de mi casa, fue la más larga de mi vida. No dejé de ir de acá para allá hasta que llamé por teléfono a mi lugar de trabajo en la ciudad, es decir, a la gasolinera, para comunicar que no podía ir, que debía quedarme en casa por si la policía se presentaba a hacerme más preguntas. No me gustaba hacer aquello, pues estaba propuesto para ascender a encargado a finales de aquel verano. Me habían recomendado para ese puesto porque mi nota más favorable era que nunca faltaba al trabajo. Me mostraba sobrio y hacía bien las cosas. Los clientes creían mis palabras, pero tan pronto empecé a explicar la razón de mi ausencia, Joe me interrumpió:

—No te preocupes, Dave. ¡Pero si será un honor! Toda la ciudad habla de ti. Sales en el periódico y se te considera el héroe número uno del condado. Tómate el tiempo que necesites.

Volví a pensar en lo mismo y a dar paseos, esperando a Jill. Al final apareció el coche de alquiler, del que salió la muchacha, llevando bajo el brazo un montón de periódicos tan grueso como el tronco de un nogal. La besé y la agarré para llevarla en volandas, pero ella se apartó y me dijo que podía andar. Caminó segura, aunque con cierta cojera. Seguía llevando el uniforme de enfermera del día anterior, pero me explicó que a última hora de aquel día tendría un vestido nuevo y todo lo demás.

—Es de una tienda de Marietta que Bob York encontró en el listín telefónico. Y me ha reservado una habitación en un buen hotel para

que me aloje todo el tiempo que esté aquí. Me ha dado mil dólares en efectivo para mis gastillos. Soy Jill y estoy muy contenta de serlo. Convertirse en una heroína tiene sus ventajas.

Ya dentro de la casa, abracé a Jill. Permanecimos un buen rato abrazados. Luego abrimos los periódicos sobre el suelo. Había dos de Columbus, uno de Akron, otro de Pittsburgh y dos o tres de Chicago, pero ninguno de Marietta. El Times es un diario vespertino y no saldría hasta más tarde. Juntos, en cada primera página, aparecíamos Jill en su cama del hospital y yo con mi chaqueta de piel de cordero. También había fotos de Shaw y de Russell Morgan. La del primero procedía de una instantánea, y el segundo aparecía fumando en pipa, con cara de persona importante. El reportero del Times me explicó la razón por la que aquellas fotos se repetían en todos los periódicos: como sólo tres de éstos habían destacado sus propios enviados, los demás recibieron idénticas telefotos y las reprodujeron.

—Eso es una mina de oro para nosotros —había dicho el reportero en cuestión—. Muchacho, nos vamos a forrar con esto, aparte del especial que enviaremos, firmado con mi nombre.

AI cabo de un rato nos acordamos del desayuno. Preparé huevos y frutas de sartén. Luego, Jill me preguntó:

—Bueno, ¿qué deseabas contarme, Dave?

—Ya llegaremos a eso.

—¿Bien? Estoy escuchando.

Pero, por alguna razón, contarlo me costaba trabajo. No sabía por dónde empezar. Algo más tarde, cuando estábamos de vuelta en el sofá del salón, con su cabeza sobre mi hombro, con su pelo cepillando mi nariz, empecé como pude.

—Algo ha sucedido —le dije—. Algo que mamá me contó la pasada noche. O esta madrugada; cuando fuera. Antes de que ella se fuera en el coche.

—¿Qué te contó? ¿Acerca de qué?

—Quién soy yo.

Entonces supe que entre nosotros había mucho más que aquellas cosas tan simples: lo guapa que era ella o cuánto nos queríamos. Jill se retorció para mirarme, luego entornó los ojos y susurró:

—Bien, Dave. Soy toda oídos. ¿De qué se trata?

—Ella no es mi madre.

—Ya lo sospechaba yo.

—¿Cómo te diste cuenta?

—No se portaba como una madre.

—¡Bien puedes decirlo!

—¿Y qué más?

Se lo conté poco a poco, evocando a tía Myra, su belleza, lo buena que había sido conmigo, las cosas que le habían ocurrido, cómo hizo

llevar mi coche a un garaje, para que lo arreglaran, cuando se le salió una rueda... Pero me dio vergüenza hablar de mi padre, hasta que Jill me interrumpió para decir:

—Dave, puedes confiar en mí. Di lo que estás pensando; no me ocultes nada.

—¿Quieres que te hable de él?

—¿Quién es «él»? ¿Te lo dijo ella?

—Me juró que no lo conoce.

—¿La creíste?

—Creo que si hubiera sabido quién es, me lo habría dicho. Por lo que me contó, deduzco que no es de la comarca del Big Sandy. Puede que nunca me entere de su nombre.

—Pero tiene que ser alguien.

Seguimos hablando, yo con la maravillosa sensación de que podía tratar de aquel asunto con Jill. A veces tocábamos otro aspecto, como el trato que debía de haberse establecido para atender a mi manutención y a todos mis gastos, que seguramente corrieron a cargo de mi padre. Era de suponer que tal arreglo significaba que quería mucho a tía Myra.

En este punto, Jill observó:

—Dave, estoy pensando algo. Me he acordado de mi medallón. No te lo hubiera mencionado de no haber venido aquí. Pero ahora que ella está fuera...

—¿Tu medallón?

—Lo llevaba colgado de mi cuello con una cadena cuando Shaw me sacó de aquel avión. Puede que se me cayera en la isla. ¿Y si vamos a echar un vistazo?

—Ahora mismo.

Bajamos por el sendero hasta el río con el propósito de embarcar en el *johnboat*, pero cuando llegamos advertimos que el bote se había alejado de la orilla. Aparecía medio volcado contra un tocón que sobresalía del río, entre la orilla y la isla, quizá derribado unos años antes por la inundación que creó la isla. El árbol avanzaba unos metros cada año conforme una crecida lo arrastraba. Quizá la lluvia del sábado determinó una de esas crecidas durante la noche, que arrastró el árbol y, a la vez, el bote.

—¡Tiene gracia! —exclamé—. Le prestas a alguien tu bote y ni se molesta en amarrarlo luego.

—¿Cómo lo vas a traer?

—Ya verás.

—Dave, no trates de ir nadando hasta ese bote. No podrás. No tienes ni idea de lo fría que está el agua.

—¿Quién va a ir nadando? Ven.

Volvimos a la casa y telefoneé a Edgren a la oficina del sheriff.

—Sargento —le dije—, siento decírselo, pero usted o uno de sus hombres no tuvieron cuidado de amarrar mi bote a la orilla, y la corriente se lo ha llevado. Y ahora está en medio del río, en un sitio donde no lo puedo alcanzar, enganchado al tronco de un árbol v medio volcado. ¿Sería usted tan amable de llamar a sus amigos de DiVola y pedirles que me lo saquen? Que vengan con su lancha y...

—Está bien. No hay problema.

—El río está subiendo, ¿sabe?

—He dicho que está bien. Espere.

No había pasado una hora cuando se oyó el motor fuera borda y aparecieron los hombres de DiVola, los mismos tres individuos, aún con sus cascos de bombero. Hicieron su trabajo con rapidez, desenganchando primero el *johnboat* del tocón, achicándolo, pues estaba medio inundado, y finalmente remando con él hasta la orilla. Fueron muy amables, especialmente con Jill (era la primera vez que la veían). Ella les contó lo del medallón, y los bomberos se ofrecieron a ayudarla. Así que todos fuimos a la isla. Uno de aquellos hombres dijo a Jill:

—Abra la mano y cierre los ojos; le daré algo que la hará feliz.

Ella le obedeció y se encontró el medallón en la mano. Se puso tan contenta que lloró, y luego besó al individuo en cuestión para demostrarle su agradecimiento. Los otros dos dijeron entonces que también querían hacerla feliz, así que los besó también. Después nos dirigimos todos a la casa para tomar café. La reunión fue muy simpática, cordial y maravillosa. Ninguno de nosotros tenía, sin embargo, la menor idea del horrible significado de aquel bote enganchado al tocón.

Se marcharon y Jill y yo nos sentamos en el sofá del salón, susurrando, refiriéndonos al mismo tema una y otra vez: lo que me había contado mamá, todo lo que yo recordaba de cuando era pequeño y vivíamos en la casa vieja, rezando para que llegara pronto la primavera y no tuviéramos que tiritar tanto. Jill quiso ir a ver la casa, pero le contesté que era mejor quedarnos en la nueva, donde estábamos. Seguro que se presentaría alguien por una razón u otra, y me habían pedido que no me ausentara.

En efecto, a mediodía acudió un grupo de personas de río arriba, con más comida de regalo. Era el espíritu amistoso de Ohio. Al principio Jill se echó a llorar, pero luego se puso a comer, lo cual pareció acabar con sus lágrimas. Nos visitó un hombre llamado Douglas, que vivía en la casa más cercana, río arriba, para ver cómo iban las cosas, según dijo, pero los demás le gastaron bromas, arguyendo que eso no era más que una excusa para presentarse y ver

al héroe.

—Y a la heroína —añadió Jill, y todos estrecharon su mano.

Se marcharon y también Jill «que debía ir a recoger algunos vestidos a aquella tienda y al banco a retirar dinero.

—Dave, ¿cambia eso las cosas? —me preguntó, tras un silencio—. El que hayas descubierto quién es en realidad tu madre.

—Cambiar las cosas, ¿en qué sentido?

—¿Quieres que la acuse?

—¿Por qué he de quererlo?

—Bueno, ella te engañó.

—Escucha, eso fue un trato.

—Te estaba preguntando, Dave.

—A pesar de lo que ocurrió la pasada noche, si es a eso a lo que te refieres, yo la consideré mi madre durante muchos años.

—Está bien.

—Si la procesaran, yo tendría que ayudarla.

—Está bien, está bien.

11

Permanecí sentado un par de horas durante las cuales me visitó más gente. Que se fue en seguida. Mientras, el teléfono sonaba cada da pocos minutos. Edgren me llamó para decirme que la investigación había sido retrasada dos días.

—Bueno, téngame al corriente —le recomendé—. Estaré aquí.

—¿Quiere decírselo a la señora Howell?

—Claro —le contesté. Me gustaría decírselo si pudiera, pero él no me preguntó si podía.

Llamaron algunos periodistas, especialmente uno del Times, quiero decir del Marietta Times, y yo le di las pocas noticias que tenía: que la investigación se retrasaba y que Jill había encontrado su medallón. Jill me telefoneó para comunicarme que se había trasladado del hospital a un motel que York le había encontrado en el centro de la ciudad, y me pidió que llamara a Edgren y se lo hiciera saber. Le contesté que eso podía hacerlo York, pero ella cambió de idea y dijo que llamaría personalmente. También me advirtió que estaría fuera un rato.

Me dediqué a descongelar un asado de cordero, y comprobé que tenía jalea de menta. Estaba casi listo cuando llegó Jill, tan preciosa que quise gritar. Llevaba un bonito abrigo de invierno, marrón oscuro, y bajo él una minifalda verde botella que iba perfecta con su cabello, unos panties color beige y unas zapatillas que, según la interesada, «no le sentaban bien, pero eran muy cómodas para sus pies». A mí no me pareció que le sentaran mal, pero la verdad es que me quedé mirando sus piernas, que eran muy lindas. A ella no le importó que se lo dijera, y hasta se levantó la minifalda para que pudiera verlas enteras. Estábamos abrazados cuando un coche se detuvo.

Cuando miré, vi apearse a tío Sid. Era hermano de mamá, y no sólo montañés, sino que además lo parecía: metro ochenta, huesudo y desgarbado. Llevaba una camisa de franela azul oscuro, pantalones grises a rayas y abrigo negro. Pero lo que llamaba más la atención era el sombrero negro de fieltro, con el ala enrollada hacia arriba en derredor, excepto por delante, en donde caía hacia abajo. Eso no le hacía parecer serio, al modo como lo es una persona antipática; más bien le imprimía un aire importante. Le dejé entrar y se lo presenté a Jill. Era cortés, pero frío. Explicó que ya la había visto retratada y, señalando el montón de periódicos que había en el suelo, aclaró:

—Quiero decir en la prensa, señorita. Fue algo terrible que la sacaran a una violentamente de un avión —y luego, dirigiéndose hacia mí, sin esperar a tomar aliento—: ¿Dónde está mi hermana, Dave?

¿Dónde está tu madre?

—Usted sabrá dónde está, tío Sid. ¿No fue a usted a quien llamó por teléfono antes de marcharse de casa? ¿Antes de irse en el coche?

Parpadeó sin pestañear, y añadí:

—Bueno, le llamó, ¿no? ¿A dónde se dirigía? ¿A su casa? ¿A Flint?

Flint era el pueblo a orillas del Monongahela, donde él vivía y de donde ella era originaria.

—Bueno, tal vez me llamó —admitió finalmente, con aquella ambigüedad montañesa que nunca da una respuesta clara—. No he dicho que no llamara.

—Entonces, tuvo que decirle a dónde se dirigía. ¿Iba a Flint o no?

—Flint es su pueblo natal, Dave.

—Entonces, ¿pensaba ir allí?

—Supongo que sí.

—Eso es lo que quería saber.

—Pero a lo mejor no fue.

—Puede que aún no haya llegado, tío Sid.

—Ya debería de haber llegado.

—Necesita tiempo.

—¿Y no te parece raro, Dave, que se fuera repentinamente de aquí a las tres de la madrugada?

—Pues... se fue.

—¿Por qué?

—Se enfadó conmigo. Eso es todo.

—¿Por qué?

Lo decía de un modo ominoso. Conté hasta tres antes de responder, pero mientras contaba, Jill terció:

—Por mí. Ella no me quiere, señor Giles.

—¿Por qué no?

—Porque voy a casarme con Dave.

—Ya veo..., ya veo. ¿Así que usted estaba aquí? ¿Pasó la noche con Dave? No me extraña que se enfadara.

—No, señor. Yo estaba en el hospital.

—Pero yo estaba aquí —intervine—. Ella vino a mi habitación, gritando. Llamó a Jill Jezabel y cosas peores. Una cosa llevó a la otra e intentó pegarme —le mostré las mordeduras en mi mejilla y proseguí—: Entonces, se encerró de un portazo en su habitación. Luego salió y lo llamó a usted. Finalmente, fue en busca de mi coche y se marchó.

—¿A dónde?

—No lo sé.

—Dave, te he preguntado que a dónde.

—¡Maldito sea! —grité, volviéndome un poco montañés—. ¡Deje

de aplicarme el tercer grado! Le digo que no sé a dónde fue. Y lo que es más, no me importa. Y ahora, ¿quiere irse al infierno?

—Me iré cuando quiera.

—Se va a ir ahora mismo.

Me levanté y me dirigí hacia él, que estaba sentado en el sofá. Se levantó y empezó a retroceder. Tomé su sombrero, que había puesto a su lado, y se lo entregué. Lo tomó y se fue, retrocediendo aún, y sin mirar siquiera a Jill.

—¡Bueno! —exclamó Jill—. ¡Y luego dicen que hay pasajeros de avión ingobernables! ¡Tipos como ése requieren la intervención del mismísimo piloto...!

¡Y este piloto intervino! —me dio una pequeña sacudida que reflejaba su admiración—. Me encanta cómo sabes tratar a la gente.

—Nunca me gustó el tío Sid.

Miramos cómo Sid se alejaba en su coche por el camino, en dirección a la carretera.

—¿Todo el mundo viste así en Flint?

—preguntó Jill.

—¿Te refieres al sombrero negro?

—Parecía uno de los malos que salen por televisión.

—No había pensado en ello.

—Pues lo parece.

—El sombrero negro es típico de los montañeses. Sí, se visten así. Al menos, el domingo para ir a la iglesia. Hoy se ha vestido de gala en tu honor.

—Contra más cosas aprendo acerca de los montañeses, más me gustan los valles.

—Aquí estamos en un valle.

—El valle del Muskingum me encanta.

—Y un montañés te está mirando.

—Tú no tienes nada de montañés.

—Pero lo soy, y debes saberlo.

Me rodeó con sus brazos y me besó repetidamente.

—Tú pareces ya medio montañesa.

—David Howell, me he enamorado de ti más de lo que yo quisiera, pero si tratas de convertirme en una montañesa, dejaré de quererte de un modo tan rápido que te va a dejar perplejo. ¿Está claro?

Creo que esperaba —fundadamente— una carcajada mía, un codazo y un beso como respuesta, pero, de repente, sentí un nudo en mi garganta y me oí preguntarle:

—¿Quieres una respuesta sincera a eso?

—Quiero una respuesta sincera.

—Fueron montañeses los que te salvaron la vida.

—¡Está bien, está bien, está bien! Los montañeses pueden hacer eso cuando hay que hacerlo. Pero no me pidas que me convierta en montañesa yo también.

—No me pidas tú a mí me deje de ser montañés.

Nos besamos, y nuestro beso fue una especie de armisticio, pero cálido y lleno de amor.

—Cuéntame algo más de Sid. ¿Cómo se gana la vida en Flint? ¿A qué se dedica allí la gente?

Flint es un campamento minero abandonado, una antigua mina de carbón de la Ajax Coal Corporation. Allí no vive nadie aparte de Sid. Es el guarda de la mina, y figura en la nómina de la compañía, que le paga quinientos dólares al mes y le deja ocupar gratis la casa donde antes vivía el capataz. Pero la verdadera ocupación de Sid son las bebidas, que alterna con la mina, y saca dinero de ellas.

—¿Quieres decir que explota la mina?

—Bueno, es un decir. Primero has de comprender lo que es una mina abandonada. Especialmente una mina de carbón.

Estábamos en el sofá, y Jill permanecía acurrucada en mis brazos.

—Sigue. Cuéntame —susurró.

—Primero está el suelo, que se hincha. Así que se forman pequeños montículos, uno tras otro. En el techo brotan al principio como unas ampollas, y luego se derrumba sobre los montículos. Se puede pasar empleando una 40 lámpara de minero, pero arrastrándose. Luego, al final de tanta galería cegada, se abren salas también medio derrumbadas: un sitio ideal para hacer lo que quieras sin que nadie te vea. Todo perfecto para fabricar licor clandestinamente; incluso un arroyo subterráneo fluye hacia el río y en él se puede verter la cebada. Así que no hay problema de renovación, de trampas, de olores.

—¿Qué son las trampas?

—En una mina de carbón se controla el aire mediante esos mecanismos. El trampero es un muchacho que se sienta junto a la trampa, la abre cuando se acerca un tren de vagonetas, y la cierra cuando el tren ha pasado. Pero el olor que de este modo saldría al exterior delataría a Sid; ése es el peor peligro con que se enfrenta un fabricante clandestino de licores. Sid sabe controlarlo de modo que nadie huela nada, y por tanto no lo descubren. Además, ¿a qué ayudante de sheriff se le ocurriría buscar una destilería en aquella mina? Arriesgaría su vida; le aterraría entrar. Por eso todo el mundo lo deja en paz.

—Yo, desde luego, no entraría allí.

—Y, encima tiene quien le ayuda: mineros parados que antes trabajaron en minas de carbón. Son montañeses, como él, y lo que hacen les parece lo más natural.

—¿Y es hermano de la señora Howell?

—Viene a verla ocasionalmente. Una vez se estuvo aquí una semana. A mí me pareció que se traían algo entre manos, pero no supe qué. El vino en un coche, pero cuando regresó, mamá tuvo que llevarlo en el suyo.

—No comprendo.

—¿No comprendes qué pasó con su coche?

—No. ¿Qué pasó?

—No lo sé; nunca me enteré.

—¿Por qué cerraron la mina?

—Parecía agotada. Durante cuarenta años la explotaron, y rindió como una mina de oro, pero luego se agotó el filón y ya no interesaba. En cambio, al otro lado de la montaña hay carbón a sólo tres metros de profundidad, y ese yacimiento estaba pidiendo a gritos que lo explotaran. Ya lo están explotando. Tendieron un ramal del ferrocarril, a unos doce kilómetros de Flint, desde una estación llamada Boulder, y ahora cargan diez vagones diarios.

—Dicen que las minas tan poco profundas dan carbón de mala calidad.

—Esa no. A medida que extraen el carbón van nivelando el suelo y siembran trébol en él para que dé pasto, o bien plantan árboles. En mi opinión, eso es mejor.

—Siempre sale a relucir el montañés.

—Si quieres, te llevo allí en mi coche para que eches un vistazo.

—Me muero de ganas de verlo.

—Dame tu boca.

—Bueno.

12

Permanecimos un buen rato estrechamente abrazados. De pronto a eso de las cuatro Jill señaló la ventana. Otro coche, procedente de la carretera, entraba en el camino. Era un Ford nuevo, de un negro brillante. Frenó ante la casa, pero cuando vi quién se apeaba de él no pude contener una exclamación.

—¿Quién es ella? —me preguntó Jill.

—Tía Myra —contesté yo.

—¡Dave! ¡Qué guapa es!

Tenía razón, lo era, con sus ojazos negros, su piel pálida y su suave figura tan esbelta. Vestía un abrigo de visón que yo nunca le había visto, sobre un vestido rojo oscuro. Su pelo tirante y negro le caía sobre sus hombros. Parecía la reina de Inglaterra, y los dos nos quedamos mirándola boquiabiertos. Jill me dio un empujón y yo me dirigí atropelladamente a saludarla. La estreché entre mis brazos, la besé y la retuve apretada contra mí, y ella me devolvió aquellas efusiones. Después que me hubo besado dos o tres veces, entré con ella en la casa, donde Jill esperaba ser presentada. Pero tía Myra no aguardó:

—¡Oh! ¡Ya sé quién eres! —exclamó—. ¡Eres la chica más famosa de los Estados Unidos, y me siento feliz por ello!

Por último, tía Myra me preguntó: —Dave, ¿dónde está tu madre?

Jill se me quedó mirando, y yo cerré los ojos para pensar lo que iba a decir. Al fin me decidí:

—Creo que está por ahí —contesté. Me acerqué a la recién llegada, me arrodillé junto á ella y la besé. Se había sentado en una silla. No pudo contenerse, lloró echándose sobre mi hombro y luego frotó su rostro contra el mío, de modo que las lágrimas de ambos se mezclaron. Yo también lloraba.

—Entonces, ¿la pequeña Myra te lo ha contado todo? —me preguntó.

—Sí, me lo contó.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Por qué?

Se quedó mirándome fijamente, indagando detalles, pero ¿qué le iba yo a decir? Ni siquiera le había contado a Jill todo lo sucedido, especialmente aquella visita a mi cama, y ciertamente no quería explicarlo en aquel momento.

—En realidad no me dijo por qué, ni si tenía alguna razón

concreta. Quería decirme algo que yo debía saber.

—Bueno... A propósito, ¿dónde está ella?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¿Quieres decir que se ha ido? ¿A la otra casa o dónde?

—Se marchó.

—¿Cómo que se marchó?

—Tomó el coche y se largó.

—¿Os peleasteis?

—Sí.

—¿Por qué?

Yo me estaba sintiendo incómodo, pues no sirvo para contar mentiras, y quería acabar cuanto antes aquella conversación. Pero Jill intervino una vez más, con la misma respuesta que había dado a Sid:

—Fue por mí —declaró.

—¡Oh! Ya entiendo.

—Yo no le gustaba mucho.

Tía Myra, mi madre, se sentó y se quedó mirando a Jill un buen rato, y al final observó:

—Lo comprendo muy bien —y luego añadió, dirigiéndose a mí—: Dave, a la Pequeña Myra se le habían metido ideas en la cabeza o, al menos, ero me pareció a mí y empecé a sentirme inquieta. Esas ideas que pueden haber influido en que te lo dijera al final, que te contara lo mío para poder mantener contigo otro tipo de relaciones. ¿Fue ésa la razón? ¿Por eso, finalmente, faltó a la promesa de silencio que me había jurado? ¿A cambio de lo que tu padre hizo por ella?

—Prefiero no hablar de eso.

—Entonces, ¿estoy en lo cierto?

Siguió sentada, mirando fijamente al suelo. Tras una prolongada pausa, concluyó:

—Debí haber venido antes. Yo ya sabía lo que estaba pasando; sospechaba que algo de esto sucedería. Pero no supuse que iba a ocurrir de esta manera, a causa de una muchacha caída del cielo.

Se inclino y tocó el cabello de Jill quien, a su vez, le acarició la mano. Luego, la Gran Myra me preguntó:

—¿Y qué me dices de la Policía? ¿O de los ayudantes del sheriff o de quienes se hayan encargado del caso? Los periódicos dicen que os han pedido, a ti, la Pequeña Myra y a Jill que no os alejéis, por si os han de interrogar. ¿Qué dirán de esto? ¿Le dieron permiso para marcharse?

—Aún no les he dicho nada.

—¿Se lo ha dicho usted a alguien? —preguntó, volviéndose a Jill.

—Yo no lo sabía esta mañana, cuando telefoneé a la Policía desde

mi habitación del hospital, para comunicarles que me marchaba. Me dieron su conformidad y me citaron aquí, pero no mencionamos para nada a la señora Howell.

—Entonces, ¿nadie ha informado a la policía?

—No, pero alguien tiene que hacerlo —decidió Jill, dirigiéndose a mi madre, como esperando su aprobación y quizá un beso.

Si lo esperaba, se llevó una sorpresa. El rostro de mi madre se volvió como de piedra y siguió sentada allí, mirando fijamente a Jill, la cual acabó por enfadarse.

—Señorita Howell, creo que debo explicarle algo que Dave no ha mencionado, pero que es muy importante para mí. Esa mujer a la que él ha tenido hasta ahora por su madre, se ha ido con todo mi dinero, con los cien mil dólares que Russell Morgan me dio para que no pudieran acusarme en ningún caso, y como premio por lo que hice. Para que yo los recupere, ella ha de ser detenida. Y ni la policía ni el sheriff ni nadie pueden perseguirla en tanto no se les comunique su desaparición. Por eso tengo que dar cuenta de ello.

Pero sólo consiguió de mi madre una mirada dura y ninguna contestación. Al cabo de un rato, la Gran Myra se volvió hacia mí, me besó y susurró:

—Tengo que irme.

—¿Cómo quieres que te llame?

—¿Cómo la llamabas a ella?

—Mamá. Creí que lo sabías.

—Llámame madre, David.

—Me encantará llamarte madre —y después de abrazarla, le pregunté— Madre, ¿quién es mi padre?

—Él te lo dirá.

—Sí, pero ¿cuándo?

—En cuanto tenga libertad para hablar. Eso no tardará mucho en suceder, pero no me preguntes más, David. Si te lo dijera, podría ser peor. No puedo hacerlo.

—¿Quieres decir que alguien ha de morir antes?

—Sí, eso he querido decir.

—Y cuando eso ocurra, ¿qué?

—Tu padre y yo podremos casarnos.

—Y eso ¿va a ser pronto, dices?

—No te lo puedo precisar; no me preguntes.

—Has dicho que no tardará mucho.

—Sí, lo he dicho; pero no sé cuánto será ese «no tardará mucho».

Por último, se volvió hacia Jill y le tomó la cara entre las manos. La besó, agarró el abrigo de visón, que había echado sobre una silla, se lo puso y se lo ajustó, abrió la puerta y salió. Los dos la seguimos, y yo le abrí la portezuela del coche. Lo puso en marcha, arrancó y giró

delante de la casa. Al dar la vuelta y enfilar el camino, nos mandó besos con la mano, uno a mí y otro a Jill.

—¿Qué he hecho? —preguntó Jill—. Debo de haber hecho algo que la hizo cambiar.

—No cambió. Te mandó un beso, ¿no la viste?

—Se volvió fría como el hielo.

—Dijiste que ibas a presentar una denuncia a la Policía para que busquen a mamá.

—Bueno, ¿y por qué no debo hacerlo?

—Hazlo, pero no cuentes con mi ayuda.

—Otra vez tú y ella.

—O mi madre.

—Me voy a volver loca.

—He tratado de explicártelo. Soy montañés. Ella es montañesa. Mamá es su pariente, eso es todo.

—Pero ¿no la oíste hablar de ella? No la respeta.

—Eso es verdad.

—Y porque la Pequeña Myra sea su pariente, ¿me va a impedir obligarla a que me devuelva lo que es mío?

—Yo no he visto que te impida nada.

—¡Por amor de Dios! ¡Me voy a volver loca!

—No le pidas a ella que te ayude.

—¿Ni a ti tampoco?

—Ya te lo he dicho; ella y yo hemos vivido juntos.

—Tengo que pensar en todo esto.

Entró en la casa y se sentó a solas. Yo acudí a su lado y la rodeé con mi brazo, pero ella se levantó, se puso su abrigo y salió.

13

Estuvo fuera durante un rato. Yo no atisbé, excepto para asegurarme de que no se había marchado y su coche seguía en el camino. Cuando salí a mirar, no la vi. Di la vuelta a la casa, preguntándome dónde podría estar y, por si acaso, me dirigí hacia el río. En efecto, allí estaba, pero apenas se volvió cuando me acerqué a ella.

—Dave —susurró—, el río habla.

—Has debido de estar haciéndome reproches.

Los dos permanecimos quietos para oír. De noche se percibían los sonidos del río, imposibles de captar durante el día: su murmullo, su burbujeo, su glu-glú; a veces, hasta dejar escapar un rugido. Jill aspiró profundamente y permaneció escuchando.

—¡Qué bonito, qué bonito es esto!

—murmuró. De pronto, saltó al oír un golpe seco, que recordaba el producido por un manotazo—. ¿Qué ha sido eso?

—preguntó.

—Un pez que ha saltado.

—Parecía grande.

—¿Y por qué no? Es la época de las crecidas, y hay mucho alimento para él; por eso ha aumentado de peso.

—Ni siquiera se me ocurrió pensar en los peces cuando estuve en el río.

—Pues ellos sí pensaron en ti; seguro que te vieron.

—¿No podríamos pescar uno y comérnoslo para cenar?

—¿Por qué no?

—¿Tienes caña?

—Con un sedal basta.

—¿Y el cebo? No vamos a ponernos de noche a buscar gusanos.

—¿Es que no sirven los camarones?

—¿Dónde vas a encontrarlos?

—Con ayuda de un abrelatas.

—¡Qué cosas se te ocurren!

Nos reímos y subimos por el sendero hacia la casa. Encontré un sedal en el armario del porche y la lata de camarones en la cocina. Tan pronto como abrí la lata, dije a Jill:

—Bueno, manos a la obra; pero te aconsejo que no vayas a pescar con ese bonito vestido que te compró el señor York.

—Me pondré unos pantalones tuyos.

—Estupendo.

Fuimos a mi cuarto, donde cambiamos nuestra ropa por otra algo

más sufrida. Volvimos al porche trasero, recogimos el sedal y el cebo, y bajamos de nuevo hacia el río. Le enseñé cómo colocar el cebo, y le propuse:

—Si quieres, puedes pescar mientras yo remo. Ahora, ¿qué quieres que pesquemos?

—¿Cuál es el pez más grande?

—La carpa.

—Pues quiero una carpa.

—Es un pez grande y gordo, pero su sabor no es demasiado bueno. Lo usamos como pescado de relleno, como los judíos.

—Bueno, diez millones de judíos no van a equivocarse.

—Con las carpas, no creo.

—¿Son grandes?

—Enormes.

—Quiero una carpa.

—Pues vamos a donde están las carpas.

Le expliqué que al lucio y el *muskalong* les gustan las aguas medias, alsiluro o bagre las profundas, y a la carpa las aguas someras.

—Así que iremos allí a buscarlas.

En el sitio más próximo, río arriba de mi desembarcadero, había un entrante sin nombre porque sólo tenía agua en épocas de crecida. Pero ahora era una de esas épocas, y yo sospechaba que el sitio gustaría a las carpas. Así que fui bogando hacia allí, pasé junto al tocón, dejé atrás el extremo más bajo de la isla, y me dirigí hacia la boca del entrante. Jill no había pescado nunca con anterioridad, y le expliqué lo que debía hacer: dejar caer el sedal por encima de la borda hasta que sintiera que había tocado fondo, e izarlo unos centímetros para que el anzuelo con el cebo se elevara sobre el barro, hasta la altura a que el pez nadaría para alimentarse. Jill extrajo un camarón de la lata, prendió el cebo en el anzuelo y dejó caer la cuerda por encima de la borda. Apenas la había izado ligeramente sobre el fondo, cuando Jill soltó un gritito y exclamó:

—¡Oh! ¡Se ha movido! ¡Lo he sentido! ¡Han picado!

La invité a tirar del sedal, pero el anzuelo estaba vacío. Volvimos a cebarlo, y Jill probó de nuevo. A unos tres o cuatro metros de distancia brilló por un instante algo plateado y sonó un coletazo.

—¡Dave! —gritó—. ¡Ahí hay uno! ¡Es muy grande! ¡Puedo verlo!

Tiró del sedal, comprobó que el anzuelo seguía cebado y lo volteó, supongo que para arrojarlo donde ella había visto el pez. Pero yo, aterrorizado, me agaché en el bote gritando:

—¡No hagas eso! ¡Para! ¡Deja de voltear ese anzuelo! ¿Quieres sacarme un ojo?

Ella no había pensado en eso.

Pero un árbol salvó la situación; el mismo árbol junto al cual nos

habíamos detenido, un enorme sicómoro blanco que sobresalía del agua frente a nuestra proa. Generalmente estaba en tierra firme, pero con la crecida del río el agua se había elevado a su alrededor, de modo que el bote casi lo tocaba. El anzuelo se había clavado en el árbol, de modo que no podríamos pescar hasta que lo desenganchˇáramos.

—Primero, siéntate, siéntate, estate quieta, y deja de gritar —ordené a Jill, que me obedeció—. Ahora, agárrate a mí y ve de popa o proa. ¡No te pongas de pie; podrías caerte por la borda!

Para nivelar el bote, pasé del banco de en medio, donde estaba, a popa, donde Jill se había sentado.

—Ahora, espera a que amarre el bote, acércalo bien al árbol y sujeta fuerte el remo.

Me obedeció.

Di de popa contra el árbol, y sujeté bien el bote, clavando un remo en el fondo. En aquel sitio, el agua no tenía más de sesenta centímetros de profundidad, así que era fácil dominar un bote de aquellas características.

—Ahora alarga la mano todo lo que puedas sin ponerte de pie y trata de soltar el anzuelo. Quizá tengas que retorcerlo, pero si logras alcanzarlo con los dedos, podrás sacarlo.

Jill alargó las manos.

—Tengo que ponerme de pie —observó.

—¡No, por favor! ¡Que se vaya al demonio el anzuelo! Volvamos a casa y nos comemos el cordero.

—Bien, pero hay un agujero en este lado en el que puedo agarrarme con los dedos si pierdo el equilibrio. Puedo colgarme. ¡Sujeta todo! Ya toco el anzuelo, pero aún no se ha desenganchado. ¡Ya lo tengo! Voy a soltarlo.

Procuré mantener el equilibrio del bote, pero Jill no se sentó.

—Tengo que cambiar de posición —anunció—; si no, me será imposible apoyarme entre el árbol y el bote.

—¡Por Dios, ten cuidado! No puedo ayudarte. Debo apoyarme en este remo para mantener firme el bote.

—Aquí dentro hay algo.

—Debe de ser una colmena. Déjala en paz.

—No es una colmena. Es...

Me entregó algo y me pidió que lo sujetara, pero yo no me atreví a soltar el remo, ya que lo tenía clavado en el fondo. Si perdía aquel punto de apoyo, el bote viraría y Jill caería al agua.

—Tiene correas y una de ellas está sujeta a algo —dijo—. No lo puedo soltar.

Yo llevaba un cuchillo de explorador en el bolsillo. Lo abrí y se lo entregué a Jill, quien trató de tomarlo de mi mano, pero no podía

sujetar a la vez aquel objeto y alargar el brazo lo bastante como para agarrar el cuchillo. Sujeté el remo sumergido con una mano, y con la otra tomé el segundo remo, que estaba apoyado en el banco de en medio, puse el cuchillo sobre él, y de esta manera lo levanté. Ella tomó el cuchillo, cortó algo y depositó un objeto en el bote. Después, se agachó hasta sentarse en el banco delantero, y de nuevo la tuve sana y salva a bordo.

—Volvamos a casa. Veamos qué has encontrado.

—Sí, creo que será mejor.

Regresamos bogando, varamos el bote y subimos por el sendero. Penetramos en casa, a la vez temerosos y esperanzados por lo que habíamos encontrado. Pero cuando encendimos la luz vimos lo que siempre supusimos que sería: allí estaba la bolsa roja de cremallera, la que Shaw llevaba consigo, bien rellena y prieta, con el extremo de una correa cortado por haberse enganchado en alguna rendija. Nos miramos y nos besamos. Luego, descorrimos la cremallera y allí estaba el dinero, paquete tras paquete de billetes de a veinte dólares, cien en cada paquete rodeado por una faja impresa, en la que se leía: «$ 2000». Los palpamos. Estaban húmedos, pero no empapados.

—¡Claro! —exclamó Jill—. La bolsa fue a parar también al río, y si el interior se ha mojado un poco es porque el agua entró por la cremallera. Shaw pegó el salto apenas un minuto antes que yo.

—Creo que debemos secar estos billetes en el horno —decidí, soltándolos.

Pero al cabo de un rato, Jill me propuso:

—Dave ¿por qué no empleamos tu sartén de acero, ésa que usas para tus fritos? Podemos calentarla, luego apagar el fuego, poner los paquetes encima Hj_ de la sartén y dejarlos que se sequen. De ese modo no se pueden quemar, y los vigilamos todo el tiempo.

—Bien.

Así lo hicimos, y pronto apareció un precioso dinero nuevo, seco, perfecto.

—¿Sabes qué, Dave?—susurró Jill—. ¿Sabes lo más bonito de esto? ¡Que todo es mío! Tengo un documento que lo demuestra, el que York me entregó.

—Es cierto —reconocí—. ¡Qué maravilla!

—Pero no es eso todo.

—¿No? ¿Qué más?

—Que es nuestro.

—Jill, es tuyo.

—Pero lo mío es tuyo.

Era hermoso estar con ella en la cocina, sabiendo que todo había salido bien y que ahora podríamos ser felices. Jill sacó el documento de su bolso y me dejó que lo leyera. Tenía forma de carta firmada por

Russell Morgan, presidente de la Trans-U.S. & C., y relacionaba los billetes por su numeración. Luego leí algo parecido a esto: «Como presidente de la Trans-U.S. & C., cedo los citados billetes a usted, en reconocimiento de su entrega, valentía y coraje, al salvar un valioso avión y las vidas de veintiocho pasajeros, un piloto, un copiloto y una azafata». Al terminar la lectura, Jill se soltó de mi mano, para levantarse y besar el dinero, paquete por paquete.

—¡Eh, cuidado! —le advertí—. Te van a salir ampollas en los labios.

—Bésame y todo se curará.

—Ven aquí.

Se me acercó y volvimos a ser felices.

—Dave, ¿y qué pasará con ella? —me preguntó.

—¿Quién es ella?

—¿Quién va a ser? Sabemos quién lo puso allí. Tuvo que ser ella.

—Pues bien; lo puso allí.

—¿Y qué hacemos con ella?

—¡Déjame en paz!

—¿Qué hago yo con ella?

—¿Es que tienes que hacer algo?

—Bueno, pero ¿qué es lo que digo?

—¿Qué has de decir?

Supe a lo que se refería, por supuesto. No podía encontrar aquel dinero por las buenas, meterlo en el banco y no decir nada a nadie. Tendría que comunicárselo al señor Morgan, la noticia saldría en los periódicos, y habría que informar a Edgren, a Mantle y a todo el mundo. Yo no me atrevía a enfrentarme con aquello, porque de tres cosas no cabía la menor duda: que mamá había robado el dinero, que éste pertenecía a Jill, y que mamá trató de que mataran a la muchacha. Y, sin embargo, me negaba a rendirme a la evidencia, y sabía por qué. Yo era montañés, y los montañeses nos ponemos de parte de nuestros parientes por culpables que sean.

Pero, por encima de todo, mamá seguía siendo mamá para mí, sin que importaron su estupidez ni las ideas que se le habían metido en la cabeza. Y, aún más, había algo de lo que yo no podría zafarme: ella había escondido aquel dinero para mí, a fin de que pudiéramos escapar a Florida o a otro sitio, y pasarnos el día tendidos en la playa y luego entrar de vez en cuando en un buen hotel y cambiarnos de ropa o lo que fuera.

—¿Y qué hago? —inquirió Jill.

Cuando uno se ve arrinconado, grita.

—¡Está bien! Acúsala. Llama a Edgren y a Mantle y diles que vengan y se lleven ese dinero como prueba. Puede que pase un año antes de que vuelvas a verlo, si es que vuelves a verlo. ¿Has pensado

en eso? ¿Y si alguien lo roba en la oficina del sheriff? ¿Estás segura de que van a ser amables contigo y te lo van a devolver paquete por paquete y dólar por dólar?

—Eres tú el que lo dices.

—No, lo dices tú.

—Vayamos a la otra habitación.

Nos dirigimos hacia el salón, pero a mitad de camino ella se detuvo y regresó a la cocina.

—No lo puedo dejar aquí —murmuró—. No podría soportarlo. He de tenerlo conmigo.

Por entonces, la bolsa roja ya se había secado o casi, y Jill volvió a meter el dinero dentro. Luego, agarrándola de las dos correas, la llevó al salón y se sentó en el sofá, aún vestida con mis pantalones y mi chaqueta. Al cabo de un rato, me preguntó:

—Tú no quieres que la acuse, ¿verdad?

—Bien, ¿lo harías?

—A lo peor la procesan, de todos modos.

—¿Te refieres a Edgren y Mantle?

—Y Knight, ese funcionario de la fiscalía.

—Es tu dinero. Si no la acusas, ellos tampoco lo harán.

—No estoy segura de eso.

—El dinero que se llevó es tuyo.

—Hay algo más que el dinero.

—¿Qué más hay?

—Que mintió a la Policía, al sheriff o ayudante de sheriff o lo que sea. Proporcionar falsas informaciones es un delito, y además…

—¿Qué?

—También pueden acusarte a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Sí, a ti, Dave Howell. Me pareciste Dios, y ahora te portas como un bandido montañés.

—Te he preguntado por qué.

—Por dar falsa información o no darla en absoluto acerca del carácter de tu mamá y de por qué ella se enfadó. Escucha: debo comunicar que he hallado este dinero. No puedo permitir que sigan buscándolo, tratando de encontrarlo para mí, cuando yo ya lo tengo.

—De acuerdo, tienes que dar cuenta del hallazgo.

—¿No crees que debo hacerlo?

—Es tu dinero.

—¿Quieres que me acusen de haberles mentido? No decir la verdad es mentir, creo yo.

—Si eso es lo que tú piensas…

—¿Qué piensas tú?

—¿Tengo que pensar algo?

—Vuelvo a la ciudad.

—Esperaba que pasaras la noche conmigo.

—Yo también lo esperaba.

—Te digo que si yo hubiera encontrado cien de los grandes, no los llevaría precisamente a un motel de Marietta que…

Nos sentamos y, de repente nos dimos cuenta de que no podíamos hablarnos ni mirarnos. Entonces, ella entró en mi cuarto y salió con una de mis mantas.

—Bien —me dijo—. Pasaré aquí la noche.

Puso un cojín del sofá bajo su cabeza, se estiró y se tapó con la manta.

—¿Cuál es la gran idea que se te ha ocurrido? —le pregunté.

—Que voy a dormir aquí; eso es todo. —¡Oh, no! ¡Aquí no!

Me acerqué y ya empezaba a retirarle la manta, pero me dio un puntapié en la entrepierna. Retrocedí tambaleándome hasta la mesa. Jill se volvió a tapar con la manta.

—Dave —me dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

14

Su voz al teléfono me despertó por la mañana. Cuando miré al reloj vi que eran las ocho. Me dirigí al salón en el preciso instante en que Jill colgaba el aparato.

—He estado hablando con Bob York —me explicó—. Se emocionó tanto que no podía hablar. Me ha advertido, sin embargo, que no haga nada y, especialmente, que no se lo cuente a nadie antes de que él hable con un abogado. Como ya tengo uno, ése que estuvo aquí ayer, pensó que todo era muy sencillo y que, probablemente, «las cosas se arreglarían por sí solas». Eso me dijo. Yo no puedo hacer mucho, excepto depositar el dinero en el banco. ¿Cómo se llama ese abogado?

—Bledsoe.

—¿Quieres mirar qué número de teléfono tiene?

York le había dicho que le llamara a su casa antes de que él saliera para su oficina, pero que no le informara por teléfono de nada de lo que estaba pasando, porque podría suceder que él, sin querer, mientras hablaba, hiciera correr la noticia si alguien se hallaba presente. Debíamos reunimos para decidir qué había de hacerse. Jill obedeció y llamó a Bledsoe, pero éste se mostró muy malhumorado y le pidió que le telefonease más tarde a su despacho, «después de que haya podido abrir mi correo». Jill me pidió entonces que hablara yo con Bledsoe. Le presioné un poco, pero creo que el modo como sonaba mi voz por teléfono le hizo sospechar que había pasado algo grave. Me contestó que en cuanto hubiera desayunado, acudiría a visitarnos. Los vestidos de Jill —quiero decir su ropa de mujer— estaban en mi habitación, y yo la dejé que se cambiara allí mientras yo subía a bañarme. Cuando yo bajé, la vi amontonar el dinero sobre la mesa, frente a la chimenea, y taparlo con la manta. Cuando, habiendo terminado de tomar los huevos con tocino, regresamos al salón, el coche de Bledsoe se detuvo ante nuestra casa. Le dejé entrar. Fue al grano en seguida:

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. Pero antes de que me lo digáis, dejadme que os haga saber que no se puede llamar a un abogado a su casa a menos que se trate de una emergencia y...

Jill se dirigió a la mesa y levantó la manta. Los ojos de Bledsoe parecieron salirse de las órbitas.

—¡Dios mío! —exclamó, mirando fijamente el dinero—. ¡Dios mío!

Se sentó frente los billetes y luego alzó la mirada y susurró:

—Habéis hecho bien en llamarme. ¡Me arrepiento de lo que he dicho!

—Aquí está —anunció Jill—. Hasta el último centavo.

El abogado empezó a contarlo, fajo por fajo. Tras contarlo una vez, repitió la operación.

—Aquí hay cuarenta y nueve fajos —anunció—. ¿Dónde están los otros dos mil pavos?

Nosotros no nos habíamos preocupado de contar, pero entonces lo hicimos, y llegamos al mismo resultado que él: noventa y ocho mil limpios, pero no los cien mil que Shaw había obtenido.

—¡Así que —exclamó Bledsoe con acritud— nos faltan dos de los grandes! Pues no es muy difícil adivinar dónde están. Quién los robó, quiero decir. Bueno, dejemos eso. ¿De dónde vino ese dinero? ¿Podéis decírmelo? Si no, mejor será que dejemos esto; no quiero verme en la situación de saber cosas de las que debo informar. Dicho en lenguaje llano: esto es la prueba de un delito.

—Eso es lo que nos preocupa —dijo Jill en tono muy solemne—. Nosotros no sabemos qué hacer.

—¿Pueden decirme de verdad de dónde lo sacaron?

—Tendremos que decírselo —admitió la muchacha.

—Imagino que sí —corroboré cuando Jill me miró.

Jill se lo contó todo. Cualquiera hubiese creído que necesitaría una hora, pero tardó un minuto.

—Dejadme que lo piense —se apresuró a manifestar el abogado —. Quiero quedarme solo. Saldré a dar un paseo durante unos minutos.

Eso hizo. Dio vueltas a la casa, subió a una de las colinas y contempló desde allí el río. Salí a verle, y me llamó para que fuera a su lado. Cuando estuve junto a él, me pidió que le llevara hasta la orilla donde estaba el desembarcadero del bote, que le señalara el árbol que sobresalía del agua, río arriba, y que le explicara todo lo sucedido, desde nuestra salida en bote para pescar hasta que Jill volteó el anzuelo en el aire y encontró la bolsa en el hueco. Después, acompañé a Bledsoe a casa. Entramos en el salón, el abogado se sentó y empezó diciendo:

—Bueno, ustedes tienen el dinero. No hay que darle vueltas a eso porque es legal en nueve décimas partes. Todo eso tienen a su favor. Sin embargo, en este caso se plantea la siguiente cuestión: ¿pueden quedarse con ese dinero?

—¿Puede ella quedarse con él? —le corregí.

—Eso es: ¿puede?

—¿Por qué no puede? ¿O no debe? ¿Qué se lo impide?

—No sé por qué, pero me parece que su pretensión carece de mucha base, a pesar de todo lo que el señor Morgan haya podido escribir. Ese documento la convierte en propietaria de ese dinero, pero tal cantidad no era suya en el momento en que fue escondida. ¿Y por

quién fue escondida? ¿Lo saben ustedes?

—Prefiero no decirlo —repuse.

—Entonces, no cuenten conmigo —exclamó, fastidiado—. Están ustedes patinando sobre hielo muy delgado, y no les podré ser de mucha utilidad si me hacen patinar llevando una venda.

Se levantó para irse, pero Jill le rodeó con sus brazos y lo obligó a sentarse de nuevo.

—Por la supuesta madre de Dave —respondió.

—¿Quién?

—Usted la conoce. La mujer que él creía su madre, pero que resultó no serlo. Se trata de su madre adoptiva. Suponemos que ella escondió el dinero y se fugó.

—Eso parece.

Bledsoe formuló varias preguntas, y al final ésta:

—¿No se mostraba amistosa con usted?

—¿Amistosa? ¡Me odia!

—Tampoco puede reprochárselo.

—Si se refiere usted a Dave —se apresuró a contestar Jill—, no llegue a conclusiones precipitadas, por favor. Yo le llamé a usted desde aquí y he pasado la noche aquí, pero en este sofá, y la razón fue el dinero, no el amor. Temía llevarlo a la ciudad conmigo y meterlo en aquel hotel, donde me lo podían robar fácilmente. No fue lo que usted piensa.

—¿Cómo sabe lo que yo estaba pensando?

—No quiero que se lleve una mala impresión.

—No se trata de lo que yo piense; me consta que usted le dijo en su cara que ella había tratado de que Shaw la matara a usted. Si usted cree que eso va a incitarla a que la quiera, yo no lo creo.

—Comprendo lo que quiere decir.

—Pero usted no le contó eso a la policía.

—Usted dijo que lo tomáramos con calma.

—Y ahora les repito lo mismo.

—Bueno, ¿a dónde va usted a parar?

—No lo sé. Tengo que pensarlo.

Nos hizo repetir, paso a paso y minuto a minuto, lo ocurrido aquella mañana, lo que dijimos Shaw, mamá, Jill y yo, y lo que los cuatro habíamos hecho. Dispuso que le acompañásemos por la casa y le mostráramos mi cama y la bañera. Incluso nos hizo recordar aquello de que yo parecía Dios.

Cuando terminamos, Bledsoe estuvo paseándose un rato.

—Bueno —declaró por último—; lo malo es que ustedes han encontrado el dinero en un momento que va a parecer sospechoso, al menos para Edgren y Mantle, quienes recelaron desde el principio.

Ustedes pueden decir todo lo que quieran, que lo encontraron por pura casualidad cuando trataban de pescar una carpa, pero, si no me equivoco, eso no va a convencer a esos policías, y los conozco bien. Si, por añadidura, esa mujer es localizada alguna vez y desahoga su despecho contra la señorita Kreeger diciendo que todo lo urdieron entre los tres, entonces sí que van a verse metidos en un lío.

—¿Por qué? —preguntó Jill—. El dinero es mío. ¿Qué diferencia supone lo que ella diga?

—La supone para el señor Morgan. Si las declaraciones de la señora Howell le convencen de que ustedes tres conspiraron, puede alegar entonces que usted lo obtuvo mediante engaño y declarar nula la donación.

Jill se puso furiosa al oír aquellas palabras.

—¡El señor Morgan jamás pensaría tal cosa!

—Con cien mil pavos de por medio, yo no me fiaría de nadie.

Era una opinión, pero me pareció razonable.

—Bien, y ahora, ¿qué? —pregunté.

—Si ustedes vuelven a poner ese dinero allá, en el árbol, en el mismo sitio donde lo encontraron, y luego dicen que esta noche vieron a un merodeador, a alguien que iba en un bote, y dan parte de ello a Edgren, éste deberá investigar. Y, claro, encontrará el dinero. Entonces nadie podrá afirmar que ustedes sabían que estaba allí. Esa mujer podrá gritar y decir todo lo que quiera, pero ustedes estarán limpios de culpa. Y si ustedes mencionan casualmente que hay una recompensa, un pequeño porcentaje para Edgren, no sé cómo reaccionará él; quizá lo acepte si cree que puede. Pero podrá; sólo habrá que persuadirle de que es justo, y con eso se dará por terminado el asunto. El resto del dinero le pertenece a usted, y no se hablará más del caso.

—¿Qué opinas tú? —me preguntó Jill.

—Bueno —le contesté—, para eso hemos nombrado al señor Bledsoe nuestro abogado, y le hemos pedido que venga. Eso disipa todas nuestras preocupaciones. Al final jugaremos con las manos limpias.

—¿Cuánta recompensa hay que darle? —indagó Jill.

—Bien; eso es cosa de ustedes. Yo diría que quizás el cinco por ciento, cifra que usted se puede permitir. Además, eso servirá para reducir sus impuestos.

—Mis… ¿qué?

—Tendría que pagar elevados impuestos por noventa y ocho mil dólares. Por noventa y tres mil serán menos.

—¿Quiere decir que le demos cinco mil dólares?

—Bueno, por encontrar su dinero, por decidir que no hay motivo para una acusación…

Jill siguió sentada, mirando fijamente a Bledsoe.

—No sé, no sé qué decir —reflexionó en voz alta—. Ahora tengo el dinero. Si lo vuelvo a poner allí…

—Sólo por una noche, recuerde.

—Pero ¿y si…?

Continuó sentado un minuto, pero, de pronto, dio un salto para encararse con nosotros:

—¡Un momento! ¡Un momento! —refunfuñó, muy excitado—. ¡Al final he dado con ello! ¿Por qué mi instinto me aconsejó que ustedes volvieran a poner el dinero allí, en el árbol, para que Edgren lo encuentre? Estoy pensando en esa mujer. Ella no sólo puede decir que ustedes tres escondieron el dinero, sino que uno mató a Shaw para conseguirlo. Y ese uno eres tú, Howell. Ahora bien; si quieres pasar los próximos veinte años en prisión mientras ella obtiene la inmunidad por «cantar»…

—Está bien, señor Bledsoe, se hará lo que usted dice —decidí.

Jill se quedó mirando fijamente a nuestro abogado.

15

Bledsoe se marcho y yo Sali a acompañarle, pero Jill siguió sentada mirando el dinero. Cuando el abogado iba a montar en su coche, me dijo:

—No creo que la chica vaya a hacer eso. Está como hipnotizada por el dinero. Ya sé que es mucho, dejarlo en el tronco de un sicómoro es algo que no le gustaría a nadie, pero peor será que se lo quiten y, encima, pase una temporada en la cárcel de Marysville. Parece quererte, y creo que sería bueno recordarle que la señora Howell tiene las mejores cartas en la mano si sabe jugarlas. No la tenéis cogida, como la chica parece creer, sino que la chica y tú estáis en sus manos, ¡y de qué modo! Porque una cosa es que mataras a Shaw para salvar a una chica, lo cual no le importa a nadie, y otra que lo mataras para robarle el dinero en combinación con las dos mujeres, lo cual es un planteamiento diferente. Por desgracia, eso es lo que creen o parecen creer Edgren y Mantle. La policía es así.

Se alejó, pero aún me dijo a través de la ventanilla:

—¡Aún tienes la posibilidad de quedar libre, sin que te acusen de nada, Dave!

Yo le hice un gesto con la mano. Cuando entré en casa, Jill seguía sentada allí, mirando fijamente el dinero.

—¿Vas a hacer lo que te ha dicho? —le pregunté.

—Para él es muy fácil decirlo; no le cuesta nada. No es su dinero, sino el mío. Es mío y lo he conseguido. Entonces, ¿por qué he de abandonarlo escondiéndolo en un sicómoro? Y, además, ¿cómo sabes que Edgren me lo dará, que no me lo birlará?

—Has de confiar en alguien.

—Ese abogado dijo que por cien mil pavos no se fiaba de nadie. ¿Por qué tengo que fiarme yo?

—En otras palabras: que no vas a hacerlo…

—Tengo que pensarlo.

—Pues entonces he de advertirla.

—¿Advertir a quien?

—¿A quién crees?

—Ahora comprendo cuáles son tus sentimientos hacia ella y lo que sientes por mí.

—¿Por ella? ¿Por ti? Y yo, ¿qué?

—¿Qué tienes tú que ver con todo eso?

—¿No has oído lo que dijo el abogado? ¡Que mientras ella ande por ahí nos puede mandar a los dos a la cárcel!

Voy a intentar apartarla de nuestro camino.

—¿Y cómo vas a conseguir eso?

—Supongo que estará en Flint, oculta, hasta que el asunto se olvide. Entonces podrá salir y apoderarse del dinero.

Voy a decirle que el dinero ha sido encontrado, y que es mejor que se largue a Cuba, a México, o a donde quiera; no me importa.

—¿Con mis dos mil pavos?

—Vale la pena.

—¿Para quién?

—¿No lo has oído? Para nosotros.

—Estás hablando de mi dinero.

—¡Ya me estoy hartando de tu dinero!

—Pues yo no me he hartado.

Nos enfadamos.

—Y ¿cómo vas a ir a Flint? —preguntó—. Ella se llevó tu coche, no lo olvides, y yo no pienso prestarte el mío.

—Usaré la furgoneta.

—¿Qué furgoneta?

—Una furgoneta que tengo para llevar carga a la ciudad. Está en el cobertizo.

—Bueno, pues ve a advertirla.

—Debo ir. Pero también tengo que prevenirte a ti. Lo que hagas hoy va a afectar el resto de tu vida: o bien no tendrás que preocuparte nunca más por el dinero, o lo echarás todo a perder. Insisto en sugerirte que no metas esos billetes en tu coche y te vayas a tu hotel o a alguna otra parte. Y también te sugiero que no hagas nada sin hablar antes con otra persona, alguien en quien tengas confianza, como York. Cuéntale lo que el señor Bledsoe te ha dicho y, según reaccione, podrás actuar. Ahora, si me perdonas...

Me dirigí a la puerta.

—¿Es eso todo cuanto tienes que decir? —preguntó Jill dando un salto.

—Ya he dicho demasiado.

—Veo que no le importo a nadie.

Me acerqué a ella rápidamente y la tomé en mis brazos, pero no hizo nada para acercarse a mí. Al cabo de un rato alzó su cabeza y yo la besé. No estoy seguro de si me devolvió el beso, pero si lo hizo no me besó de verdad; fue como algo ambiguo, para darme a entender que yo le gustaba, pero que, al mismo tiempo, cien de los grandes son cien de los grandes, o que noventa y ocho mil dólares eran noventa y ocho mil dólares. En resumen: un beso materia de contabilidad.

Flint estaba a unos noventa y cinco kilómetros: una hora por el camino antiguo y hora y media por la actual carretera. Hacía una hermosa mañana, un bonito día de primavera en marzo. En los

primeros kilómetros se sucedían colinas bajas —un paisaje ondulado con muchas granjas—, pero en la proximidad del río Monongahela aparecían las montañas grises, con sus cimas ocultas por las nubes, como si estuvieran hechas de humo y se pudiera arrojar una piedra a través de ellas, si fuera posible arrojar una piedra a aquella distancia.

En Clarksburg alcancé la orilla Oeste del río, y me detuve en un aparcamiento junto a la carretera para entrar en el bar, sentarme y beber algo. Por entonces sabía, si es que alguna vez lo olvidé, que yo era un montañés, y que el país me imprimía carácter como ningún otro lo hubiera hecho.

También quería pensar, reflexionar y decidir qué iba a decir cuando me viera otra vez cara a cara con mamá. Si me plegaba a sus deseos, se dejaría convencer fácilmente, sin importar lo que se hubiera dicho, hecho o dejado de hacer aquella noche en mi cama. Si yo actuaba de otro modo —o sea como, más o menos, tenía que comportarme—, me vería metido en un lío de los gordos. La cuestión era: ¿no podría regatear con ella, portarme de modo amistoso sin empezar algo que no pudiera detener? Llegué a la conclusión de que debería tomar las cosas tal como vinieran, sin hacer planes de antemano; que fuera ella la que viniera hacia mí, sin provocar peleas. Después de aspirar profundamente dos veces, me puse de nuevo en marcha. Pronto llegué al riachuelo Deer Creek, y lo seguí hasta Flint. No sé si ustedes habrán visto alguna vez un campamento minero abandonado, pero sé que si lo han visto no desearían repetir la experiencia.

El riachuelo, una corriente cristalina que bajaba de las montañas, discurría muy encajado. Junto al cauce era visible lo que quedaba del ramal de ferrocarril, que se unía a la línea principal más abajo, en la confluencia con el río. Los raíles habían desaparecido a trechos, y en su lugar crecían hierbajos. Los pocos tramos que quedaban estaban mohosos y retorcidos. Más arriba del ramal estaba la carretera que yo había tomado, que, por cierto, no se encontraba en mucho mejor estado que el propio ramal. Más arriba de la carretera se levantaban las casas donde habían vivido los mineros, todas en estado ruinoso, con las ventanas rotas y las puertas colgando de sus bisagras. Entre aquellas viviendas había huecos, correspondientes a las que habían robado, cargándolas en camiones.

Pero el latrocinio se acabó cuando se dio a Sid Giles el empleo de cuidador y vigilante. Ahora no hay quien robe una casa con Sid de guardia por la noche. A lo mejor quien robaba antes las casas era él mismo, a fin de promover la creación del empleo. Total, que ahora vivía en la «casa grande», como se llamaba a la antigua mansión del capataz, situada en la ladera. Estaba pintada de color crema y era digna de ver. Al pasar de largo frente a ella distinguí al ama de llaves

de Sid, una mujer llamada Nellie, que salió a sacudir una alfombra. Yo no me detuve, pero me fijé en que el coche de mamá no estaba allí. Lo empinado del terreno impidió construir un garaje, aunque sí había aparcamiento, y en él estaba un autobús escolar.

Dominándolo todo estaba el volcadero, como se llamaba al funicular aéreo de vagonetas que descendía ladera abajo desde la bocamina hasta el ramal de ferrocarril. Su misión consistía en transportar el carbón hasta los vagones de carga. De la boca partía el túnel principal de la mina, el cual se dividía en galerías que llevaban a las salas de donde se extraía el carbón. Los trenes de la mina eran remolcados por máquinas eléctricas hasta el funicular. Las carretillas de la mina volcaban el mineral sobre las vagonetas, que lo transportaban a su vez. Por la mañana, los mineros subían en las vagonetas hasta la bocamina, y luego montaban en las carretillas tiradas por las máquinas eléctricas hasta el tajo. En invierno, cuando iniciaban su tarea, aún era de noche. Por eso, casi todos los mineros tomaban las vagonetas, aunque algunos ascendían caminando por los senderos de montaña.

«—Parecían un largo gusano —me contó una vez un minero—, caminando en fila con sus lámparas encendidas. ¿Sabe quiénes son aquellos mineros? —me dijo indicándome a unos—. Los hombres "de una sola pierna", la otra la perdieron en la mina.» El accidente más común es la pérdida de la pierna por aplastamiento. Cuando el minero se restablece, la compañía le proporciona otro empleo, pues los dirigentes son amables y considerados, y no mandan detener por imprudencia al trabajador. En cada mina, un veinte o un treinta por ciento de la nómina está compuesta de esta clase de hombres.

El volcadero estaba, por supuesto, que se venía abajo, sin el tren de vagonetas, pues se lo habían llevado a otra mina o bien lo habían vendido como chatarra. El edificio que se levantó al lado había desaparecido, pero el arranque del funicular seguía allí, a pico sobre la carretera. Quise detenerme y comprobar si era cierto lo que había oído: que Sid había improvisado allí un trampolín para bajar el licor hasta el camión que debía transportarlo a Fairmont. Pero detenerse allí no era recomendable. Entraba dentro de lo posible que el lugar estuviera guardado por tipos armados con fusiles. No se les podía ver, pero estarían allí.

Continué, pues, a mi punto de destino: una cabaña apartada de la carretera, kilómetros y medio río arriba de Flint, edificada en una especie de rellano cercano a una hondonada que años antes se roturó, y que ahora se utilizaba para cultivar hortalizas. Se iba por un camino sin pavimentar, lleno de baches, aunque no intransitable. La cabaña estaba construida con gruesos troncos cepillados por ambos lados, con los extremos dispuestos para que se entrecruzaran. Los habían cortado

en un lado de la casa para colocar un hogar y una chimenea muy alta de piedra. En el interior había dos habitaciones. La situada en la parte trasera tenía una estufa de acetileno a un lado, una tarima al otro y una mesa con sillas en medio. La estancia delantera contaba con hogar chimenea, canapés y una mesita baja. El mobiliario era antiguo, casero, y de buen aspecto; las alfombras, gruesas y bonitas. Incluso el suelo era digno de ver: de pino blanco, restregado con arena hasta dejarlo brillante como el raso.

Habitaba allí tía Jane, cabeza de la familia Giles en aquella parte del condado de Harrison. Vivía con Borden Giles, su hijo. Comprendí que éste se hallaba ausente, pues su coche no se veía. La propia tía Jane salió a abrirme la puerta. Era una mujer de sesenta años, con el pelo canoso, bajita, pero no mal parecida. Tenía algo de la suavidad de mi madre y su alta entonación de voz. Me conoció en seguida, aunque hacía años que yo no iba por allí, y se sintió muy sorprendida de verme. No se trató de la sorpresa que hubiera fingido, como de inmediato pude advertir, si mi madre hubiera estado allí. No me besó, según era costumbre en ella, pero me estrechó la mano muy amistosamente, primero secándose la suya en el III delantal, que era de color guinda y lo llevaba limpio. Su vestido era de lana, de un color oscuro tirando a marrón, y debajo llevaba pantalones. Acaricié su mano tras estrechársela y observé sus ojos y su modo de mirar. Naturalmente, su expresión era inquisitiva, como si tratara de adivinar lo que yo quería. Ello reforzó mi primera impresión de que no tenía noticias de mi madre ni sabía dónde estaba.

Me invitó a entrar y a sentarme junto a la chimenea, en la cual ardían tres leños. Desapareció en la cocina y permaneció ausente un par de minutos. Cuando salió, llevaba un platillo con una taza en una mano y una cafetera en otra. Me sirvió, diciéndome:

—Como ves, me acuerdo de que lo tomas solo.

—Gracias, tía Jane.

Luego, de pronto, con el propósito de pillarme desprevenido, me preguntó:

—Dave ¿dónde está la Pequeña Myra?

—¿Por qué me lo preguntas?

De los montañeses, yo incluido, no hay manera de conseguir una respuesta directa. No es que quieran engañar, pero nunca contestan con franqueza.

—Has venido por eso, ¿no?

—Pudiera ser.

—Cuando ella viene por aquí no se queda en mi casa, sino en la de Sid.

—¿Quieres decir que he de ir allí a preguntar? Pues no quiero.

—Si ella hubiera estado allí, yo me habría enterado —y luego

añadió—: Dave, no hay necesidad de que vayas; yo, en tu lugar, no lo haría.

—Tía Jane, él no me gusta nada.

—Yo no he dicho que tú le gustes a él.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Lo has visto últimamente?

—Puede que fuera por mi casa.

—¿Cuándo, Dave?

—Quizás anteayer.

Fue en busca de ella, ¿no?

—Acaso.

—Y ella no estaba, ¿verdad, Dave?

—Que yo recuerde, no.

—Así que él andaba buscándola y tú la buscas ahora. ¿Dónde está, pues?

—¡Ojalá lo supiera!

Tras una pausa, me preguntó:

—Dave, ¿se quedó con ese dinero?

—¡Oh! ¿Así que estás enterada?

—Tengo un televisor ahí dentro. El locutor dijo que se sospechaba de ella.

—Pues por mi televisor no he oído nada de eso.

—Es que aquí captamos la emisora de Pittsburgh.

—¿Y han dicho que ella se llevó el dinero?

—No lo dicen; lo piensan.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Aunque no supiera toda la verdad, tenía razón. Por mi parte, debía ordenar mis ideas sobre el asunto. Tenía que decidir si explicaba o no a tía Jane que Jill había encontrado el dinero, y que eso demostraba que eran fundadas las sospechas de los de Pittsburgh. Pero decidí no contárselo. Yo no podría controlar lo que mi tía dijera en caso de que mamá se presentara, y debía tener en cuenta a Jill, en vista de la recomendación del abogado. También era conveniente que pensara en mí mismo.

—¿Qué has venido a decirle? —me preguntó de súbito tía Jane.

—Que se largue.

—¿A dónde?

—A México o a donde sea, pero fuera de los Estados Unidos.

—¿Que se vaya del país?

—Sí, y rápidamente.

—¿Tomó algo de ese dinero y...?

—Debe de tener bastante.

Me preocupaba el hecho de haber acudido directamente a casa de

mi tía, sin detenerme a sacar dinero del banco, a fin de reponer el' que mamá había tomado para fugarse. Pero si ella aún conservaba los dos mil dólares, y así debía de ser, no necesitaba ningún dinero mío.

Pude ver como los ojos de tía Jane escudriñaban mi cara. Sin duda se percató de que yo le ocultaba algo, pero antes de que pudiera seguir haciéndome preguntas, se oyó el ruido de un coche. Lo conducía mi madre (mi madre de verdad), quien aparcó detrás de mi furgoneta y se dispuso a apearse del vehículo. Salí a su encuentro, la ayudé a descender y la besé. Ella me besó a su vez y susurró:

—¿Está aquí mamá?

—No.

Me volvió a besar, y se dirigió a tía Jane, que ya había salido a la puerta, y que pareció alegrarse de verla.

—Tía Jane, ¿está la Pequeña Myra por aquí? —preguntó mi madre.

—Que yo sepa, no.

—¿No la ha visto?

—No la he visto.

Entramos, y tía Jane nos hizo sentar. Mi madre se volvió hacia mí.

—Yo tampoco la he visto —le dije.

—He venido a advertirla.

—¿De qué? —preguntó tía Jane.

—De esa chica —le explicó mi madre—. De esa Jill, que le ha tomado manía —por un momento pensé que ella estaba al corriente de que Jill había encontrado el dinero, y yo no quería que tía Jane lo supiera.

Pero entonces me di cuenta de que mi madre se refería a la conversación del día anterior, cuando Jill le hizo callar.

—Acabo de pedirle a tía Jane —intervine— que diga a mamá que se vaya, si viene por aquí.

—Es lo que yo vine a decirle.

—Con lo que se ha llevado no tiene más remedio que irse —refunfuñó tía Jane, con un tono nada amistoso hacia la Pequeña Myra.

Nos sentamos, y tía Jane sirvió más café. Mi madre le preguntó por algunas personas, al parecer todas de la familia Giles, de las que yo nunca había oído hablar. Pero pronto se levantó, y yo hice otro tanto. Los dos estrechamos la mano de tía Jane, le dimos recuerdos para Borden y salimos de la casa. Besé a mi madre y le ayudé a entrar en el coche.

—Será mejor que me dejes salir a mí primero —le dije.

No tengo ni idea de por qué eso habría de ser mejor, pero ella se apresuró a asentir. Lo principal era no hacer ningún gesto que pudiera

hacer creer a tía Jane que hablábamos de algo que preferíamos ocultarle. Acaricié a tía Jane una vez más, monté en la furgoneta y arranqué. Pero fui conduciendo despacio para asegurarme de que mi madre me seguía. Al llegar a la carretera, empecé a hacerle señales con la mano izquierda, para que continuara tras de mí y no me adelantara. La miré por el espejo, y ella me respondió con un gesto. Comprendí entonces que me había entendido, y me reconfortó que hubiera bastado una ligera seña.

16

Seguimos nuestra marcha cruzamos por Clarksburg, y luego salimos a la carretera Cincuenta, por la que circulamos durante algunos kilómetros, mi madre siempre tras de mí, hasta que divisé uno de esos aparcamientos situados sobre una panorámica. Hice una señal, frenamos y nos detuvimos. Mi madre se paró a mi lado, y cuando salimos nos miramos y reímos. Creo que estaba complacida de que hiciéramos las cosas juntos, de aquella manera, sabiendo siempre cada uno lo que el otro quería decir. Me acerqué a su ventanilla y le anuncié:

—Ha ocurrido algo, pero no te lo podía decir allí.

—Bueno, pero primero contéstame:

¿le has contado a ella o a alguien lo que la Pequeña Myra te dijo sobre nosotros?

—No, no le he dicho nada.

—Claro que ella lo sabe, pero si le hubieras dicho que tú lo sabías también, se habrían complicado las cosas.

—Por eso no le dije nada.

—Bien, ¿qué ha ocurrido?

—Jill encontró el dinero.

—¿El de aquel bandido?

El mismo, pero faltan dos mil dólares. Lo encontró por casualidad la pasada noche.

Le conté lo de nuestra salida a pescar, y su rostro se contrajo de dolor. Cuando se distendió, cerró los ojos.

—¿Así que es cierto lo de la Pequeña Myra? ¿Que robó ese dinero? ¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?

—Pero hay más.

Le conté lo de Bledsoe y la actitud de Jill. Al cabo de un rato, dijo:

—No se lo reproches, Dave. Es una simple chifladura de abogado. Tampoco se lo reproches demasiado a ella.

—Bledsoe pensaba en mí.

—Como yo, claro. Y Myra, por lo que tú has dicho, ahora os odia a ti y a esa chica, con esa especie de religión suya en la que cree y la hace tan especial. Myra constituye un verdadero peligro, pero si tratan de engañarla será peor. Jill tiene razón por instinto, Dave.

—Yo no estoy tan seguro.

—¿Y si seguís el consejo del abogado y la policía no pica?

—¿Qué entiendes por no picar?

—Que no caiga en vuestra trampa. Que no busque en ese árbol.

—Más o menos tiene que buscar por allí, ¿no?

—La gente nunca hace lo que uno espera que haga. Puede que miren en el árbol, pero no sin que antes primero te observen, para estar seguros de si tú sabes más de lo que les has dicho. Luego, todo saldrá a relucir, desde el salto de la carpa a la idea del abogado, idea que no es muy brillante. Y entonces sí que te verías metido en un jaleo.

—¿Te pones de su parte, entonces?

—Yo me pongo siempre del lado donde está el dinero.

—¿Y cuando hay un pescuezo en peligro?

—No estoy segura de que lo haya.

—Bueno, pues yo estoy bien seguro de que podría ser mi pescuezo el que corriera peligro. No me agradaría que me colgasen de él ni me seduce pasar una temporada en la cárcel.

—Dave, existe una posibilidad que se me ocurrió en cuanto me hablaste de esto, y que podría dar a Jill la razón hasta tal punto que me hace estremecer. ¿No has pensado tú en ello?

—¿De qué estás hablando?

—Si no lo has adivinado, no te lo diré. Pero puede que Jill sí, y si ella lo ha pensado, todo será diferente, dada la manera como se está comportando. Y, desde mi punto de vista, eso cambiaría las cosas.

—¿De qué demonios hablas?

—Cena conmigo esta noche, y para cuando se vaya a servir el postre, estoy segura de que ya lo habrás adivinado.

—Tengo que volver con Jill.

—Suponiendo que siga allí.

—Si no está, le telefonearé a su hotel.

—¿Me telefonearás a mí también? Yo estaré en Two Rivers, en aquel sitio nuevo junto a la fábrica de armas.

—Te tendré al corriente, desde luego.

No pude imaginar lo que mi madre quería decir, pero resultó que eran muchas cosas, y que no se había equivocado en sus suposiciones, como descubrí al día siguiente.

Eran casi las cuatro. Me metí en la furgoneta y partí. Mi madre me siguió durante un rato, pero luego, en un semáforo la perdí. Sin embargo, me abstuve de disminuir la marcha para que me alcanzara. Era ya tarde —las seis— cuando entré en el camino que conducía a casa. El corazón me dio un brinco en el pecho cuando vi que el coche de alquiler de Jill seguía allí. Di una vuelta para dejar la furgoneta en el cobertizo. Al cerrar la puerta, Jill salió corriendo de la casa, vestida con mis pantalones, una de mis camisas de franela y una chaqueta de pana. Se precipitó en mis brazos, me besó, y murmuró:

—¡Estoy tan contenta, tan contenta de que hayas vuelto!‘Temí

que no volvieras, Dave.

—¿Por qué no había de volver? Tú estás aquí y yo vivo aquí.

—Te podían haber detenido.

—¡Qué ideas se te ocurren!

—Deja de enfurruñarte conmigo y bésame.

La besé, pero no pude evitar decirle:

—Y a ver si dejas de besar ese dinero.

Ella se echó hacia atrás y me abofeteó. Luego, volvió a besarme.

—Tengo una sorpresa para ti, Dave: he dejado de besarlo. Lo he vuelto a poner en aquel sitio, como nos aconsejó el abogado.

Señaló hacia sus ropas, como si eso explicara todo, pero yo no comprendí bien, y le pregunté:

—¿Que has vuelto a ponerlo en el árbol?

—Tú lo has dicho.

—Pero ¿has podido manejar el bote? ¡Si no sabes! ¡Jill! ¡Remar en el río Muskungum contra corriente!

—Yo no he dicho eso.

—Hablas ya de una manera que pareces montañesa. Vamos, di, ¿cómo lo hiciste? ¿Volando?

Ella parecía encantada al verme enfadado, me besó una vez más y dijo:

—Entremos.

Nos dirigimos a la cocina, y allí, sobre la mesa, había un par de lonchas gruesas de jamón, un cuenco lleno de guisantes, patatas hervidas y en rodajas, metidas en una ensaladera, y salchichón, cortado muy fino y envuelto en papel encerado.

—Ésta es la cena que vas a cocinar —dijo—. Tenemos lonchas de jamón, guisantes...

—Ya veo lo que tenemos. Ahora, cuéntame lo que hiciste.

—Entremos y sentémonos.

Tomó mi mano y me condujo al salón, y allí nos sentamos en el sofá.

—Dame tu boca —le dije.

—Bésame.

La besé.

—Así —prosiguió— que te marchaste.

—Fui a Flint a advertirla, como te dije que pensaba hacer. Ni rastro de ella. Allí no hay nadie que la haya visto ni sepa dónde está. Mi madre se presentó también, con la misma idea, precisamente cuando estaba yo visitando a mi tía. Así que nos marchamos y, de vuelta, hicimos alto en la carretera. Yo le conté lo poco que había que contar. Y eso es todo cuanto tengo que decir. ¿Y bien...?

—Pues yo tengo mucho que contar. Primero, hice lo que me dijiste: hablé con alguien de confianza. Llamé a Bob York a su motel, y

vino en seguida. Ahora tenemos dos coches alquilados. Cuando se enteró de lo que ha propuesto el abogado, quería subirse por las paredes, y me dijo que no cometiera esa locura. Pero cuando le recordé que el señor Bledsoe conocía el ambiente local y era mi abogado, no quiso ni escuchar. Dijo que Trans-U.S. & C. no necesitaba semejantes consejos. Que íbamos a jugar limpio, sin trucos. Entonces le interrumpí para decirle que de todos modos teníamos que jugar la partida, que uno de los jugadores era yo y que todo lo que quería de él era saber qué pensaba. Su contestación fue hacer una llamada directa a Russ Morgan. Metió diez dólares en el teléfono y me fue imposible detenerle. Así que tuve que hablar con el señor Morgan. Le expliqué que si la Policía no creía que encontramos ese dinero por casualidad, mientras tratábamos de pescar una carpa, estábamos en manos de esa mujer, que podría decir que habíamos matado a Shaw a propósito, en la isla, y que luego escondimos el dinero, y etcétera, etcétera, hasta que yo me viera entre la espada y la pared. Al final, él comprendió lo que yo trataba de decirle, y ordenó a Bob York que no se entremetiera. Bob se ofendió muchísimo y se marchó en su coche. Pero eso no fue más que el principio. Seguidamente, se presentó Edgren queriendo saber dónde estabais tú y la señora Howell y yo qué sé quién más. Le contesté que tú habías ido a buscarla y que le llamarías en cuanto volvieras. Por cierto, creo que harás bien en llamarlo.

Así que interrumpimos la conversación mientras yo llamaba a la oficina del sheriff. Edgren no estaba, pero le dejé el recado de que había vuelto. Me volví a Jill, quien prosiguió:

—Soportando aquella conversación, me di cuenta que a quien yo quería…

Eso requirió otra interrupción, y la estreché contra mi pecho. Nuestros alientos se mezclaron, pero no nos desabotonamos la ropa.

—Entonces —continuó Jill— comprendí lo que tenía que hacer: poner de nuevo el dinero en su sitio, y rápidamente, antes de que viniera alguien más.

—Pero ¿cómo?

—Ésa era la cuestión. Yo no podía manejar aquel bote, pero luego pensé en una solución. Me puse tus ropas, las que ahora llevo y saqué los chanclos de goma del coche. La mujer de la tienda me insistió para que los comprara, porque cuando llueve en Ohio no cae una llovizna, sino que diluvia. Al menos eso me dijo. Yo los compré y los guardé en el coche. Así que los saqué, me los puse bajo el brazo envueltos en una toalla, tomé el dinero con la otra mano y me d:ñgí apresuradamente al desembarcadero.

—A mi desembarcadero.

—Sí, frente a aquel árbol que sobresale. Entonces me senté, me

quité los zapatos y las medias, así como tus pantalones y mis panties, y entonces resultó la cosa más graciosa de ver de todo Ohio: yo desnuda de medio cuerpo para abajo. La Trans-U. S. & C. debía sacarme así en sus anuncios; ¡estaba tan linda! Me calcé los chanclos y ya estuve lista. Tomé aquel dinero y me dirigí hacia el árbol. ¡Oh! El agua estaba fría, pero, al menos, yo podía ver lo que estaba haciendo; y fui chapoteando. Cuando alcancé el árbol, el agua me llegaba a la cintura. Deposité la bolsa y regresé. Al volver al desembarcadero, me quité los chanclos, escurrí el agua, me sequé con la toalla, me puse las medias, los zapatos y tus pantalones, y regresé precipitadamente, pensando en lo mucho que te quiero. Y tú, ¿cuánto me quieres a mí?

La estreché entre mis brazos y se lo dije una vez más, sin que tampoco nos desabotonáramos la ropa. Admito que yo estaba completamente rendido, pero cuando sugerí a Jill que nos demostráramos nuestro amor, ella me contestó que sería mejor no hacerlo. Podría llegar alguien, y eso lo echaría a perder todo. Si algún maldito periodista lo explicara a sus lectores, nos podría perjudicar muchísimo.

—Mejor será que prepares la cena. Comeremos y decidiremos qué vamos a decir. Bueno, me refiero a la explicación que hemos de dar cuando Edgren o quien sea conteste al teléfono. Eso les hará ponerse en movimiento mañana. Vendrán, encontrarán el dinero y luego se lo llevarán.

—Es igual. Te quiero. ¿Me quieres?

—¿Tú qué crees?

17

Así que preparé la cena. Freí jamón y herví patatas, machacándolas, para no comer demasiado frito y herví asimismo los guisantes. Luego, corté dos trozos de pastel. Cenamos y fregué los platos. Nos dirigimos al salón a eso de las ocho y nos sentamos en el sofá, susurrando sobre lo que haríamos para redondear la idea de Bledsoe, cuya primera parte ya se había llevado a cabo. Creo que fueron los momentos más felices que yo había pasado con Jill hasta entonces, susurrando allí, en la oscuridad, proponiendo yo algo y contestando ella unas palabras que mejoraban mis sugerencias. Así, por ejemplo, le expuse mi propósito de explicar que al salir a echar un vistazo antes de ir a la cama, oí los remos de un bote, y que se acercaban al árbol, grité, y entonces el bote viró y se dirigió río abajo. Pero Jill me interrumpió:

—Dave, eso suena a falso. ¿Quién va a salir a echar un vistazo? Eso es algo que tú no harías. Pero si decimos que salimos los dos, no para echar un vistazo sino para dar un paseo hasta el río, tomados de las manos y mirando a las estrellas...

—Está bien; diremos eso.

—Y luego, cuando el bote se acercó, nosotros estábamos sentados en el desembarcadero, juntitos. Entonces se aproximó el bote.

—¿Remando contra corriente?

—Sí, bordeando la isla, y...

—¿O más arriba del desembarcadero?

—Entonces, nosotros nos quedamos quietos, pues no queríamos que nos vieran, y...

—¿Qué pasó?

—Yo grité...

—Proferiste un grito agudo.

—El bote se detuvo, pero luego se dirigió hacia aquel árbol y allí se detuvo.

—Un momento: ¿cómo íbamos a ver nosotros en plena oscuridad si paró o no? Median cincuenta metros entre el desembarcadero y el árbol...

—Ese árbol tiene el tronco blanco, Dave, como todos los sicómoros. Pudimos ver la silueta del bote contra él.

—Así que tú gritaste, y entonces, ¿qué?

—Seguí gritando.

—¿Y yo qué hice, Jill?

—Tú gritaste también. Le gritaste: «¿Quién es usted, qué quiere? ¿Qué hace ahí?»

—Y tú seguiste con tus chillidos. ¿Qué más?
—Se marchó de repente.
—Cómo?
—Empezó a remar hacia atrás.
—¿A favor de la corriente?
—Como fuera, Dave.
Al cabo de un rato yo pregunté:
—¿Cuánto rato estuvo junto al árbol?
—Un par de segundos, diría yo, Dave. Lo suficiente para ponernos nerviosos; pero no lo bastante para llevarse nuestro dinero.
—Tu dinero, Jill.
Una vez hubimos decidido todo lo que debíamos decir, seguimos con el resto del asunto. Mi llamada a la oficina del sheriff y lo que tenía que comunicarle. Pero había un inconveniente: ¿cómo iba yo a informar de un robo o a denunciar a alguien que intentaba cometerlo, si yo ignoraba qué había en el árbol? Entonces a Jill se le ocurrió una idea: yo daba parte de que alguien estaba merodeando por mi finca, por la razón que fuera, y necesitaba protección, pues se habían llevado mi fusil, como todo el mundo sabía; incluso lo habían dicho por televisión.
—Y por eso pides que…
—¿Que manden a alguien a investigar?
—Eso es, Dave. Resulta que estás asustado. Y no menciones el árbol ni lo que pueda haber en él hasta mañana, y quizá ni aún entonces. Porque quienquiera que venga, acaso lo mencione. Pero, en definitiva, tú sólo quieres protección.
—En otras palabras: cada cosa a su tiempo.
—Así es. Parece sencillo, ¿no?
—¿Y cuándo debo llamar, Jill?
—En cuanto hayas visto ese bote. Y la gente sale a dar paseos a primera hora de la noche, no a medianoche.
—Total, que ahora mismo.
—Dave, yo llamaría.
Llamé. Lo que eso importó al funcionario de guardia no lo sé exactamente. Dijo que el río era un sitio público, que todo el mundo tenía derecho a ir a remar por él de día o de noche, que no se podía acusar a nadie y mucho menos detenerle, y que el sheriff no podía hacer nada. Yo le contesté que el árbol estaba en terreno de mi propiedad, y él me preguntó qué acusación quería hacer. Al oír esto ya no me pude contener más y grité por teléfono:
—Pero ¡vamos a ver! Una chica salva un avión y la vida de veintiocho pasajeros más la tripulación. Yo salvo a la chica matando al tipo que había jurado matarla, y mi madrastra procura salvar el dinero que aquel tipo robó. Como agradecimiento, sólo se me dice que me

quede en casa por si se me acusa, ¿de qué? ¿Quiere usted decirme de qué? ¡Y encima me quitan mi fusil, y ahora estoy completamente indefenso! Toda la ayuda que recibo de ustedes es la cháchara sobre el río, que es un sitio público. En nombre de Dios, ¿para qué pago yo impuestos? ¿Para charlar con un funcionario que está de guardia por la noche? Para...

—Bueno, está bien.

—¡No quiero callarme! Quiero acción, y voy a conseguirla. O manda usted a alguien o...

—¿Cuál es su número de teléfono, señor Howell?

Me calmé y le di mi número. Me dijo que me llamaría más tarde. Al colgar, Jill se echó a reír y tuve que reírme con ella. Luego, caímos uno en brazos del otro, con las lágrimas corriéndonos por las mejillas, por lo divertido que resultaba aquello, y me costó mucho trabajo ponerme serio, conteniendo la risa de modo que pudiera contestar al teléfono cuando sonara. Al recibirse la llamada del funcionario de guardia, éste me dijo:

—Irá un funcionario, pero tardará cosa de media hora, ya que tiene que vestirse. Si ha de pasar ahí la noche, ¿hay algún lugar donde pueda acostarse?

—Pues claro.

—Está bien.

Besé a Jill, borrándole sus lágrimas de la cara. Los dos conteníamos la risita.

—Debo quedarme, para ver qué pasa con mis cien mil —dijo—. Pero he de vestirme. Mi ropa está en tu habitación.

Fuimos allí, pero antes de que pudiera vestirse tuvo que desvestirse y, claro, hube de ayudarle. Muy pronto estuvo desnuda. Era la segunda vez que la veía así, y fue maravilloso sentarnos en la cama, atraerla hacia mí y besarla en toda suerte de sitios maravillosos. A ella no pareció importarle, y hasta me ayudó un par de veces, acercándome cosas que se me habían escapado la primera vez. Pero luego retrocedió y empezó a ponerse prendas: bragas, panties y vestido. Se dirigió a la cocina, tomó sus chanclos y los volvió a poner en el coche. Luego regresó y tomó su abrigo nuevo del armario de la habitación pequeña, lo llevó al salón y lo arrojó sobre una silla. Por último, se sentó en el sofá y me atrajo hacia sí. Pero, de repente, como asustada, se levantó de un salto y me dijo:

—Si ese funcionario de la Policía va a dormir aquí, en la habitación de la señora Howell, tendremos que poner sábanas a la cama. ¿Tienes algunas?

Le dije que creía que había algunas en el armario de arriba, y subimos corriendo para encontrarlas. Menos mal que las había, y una funda de almohada, y bajamos de prisa otra vez para hacer la cama.

Cuando Jill hubo terminado, y nos dirigíamos ya al sofá, un coche frenó fuera. Abrí la puerta y vi a Mantle apearse del vehículo.

—Bueno —le saludé—, ¡qué agradable sorpresa!

—Puede que lo sea para usted —refunfuñó.

—Lo siento, he estado muy nervioso.

Entró, y cuando vio a Jill se animó un poco.

—Hablando de sorpresas agradables —le dijo, estrechándole la mano—, creo que ésta es una.

—Mantle, el ayudante del sheriff.

Nos sentamos, y yo le ofrecí algo de beber, pero él declinó, alegando que estaba de servicio. Le propuse comer algo, pero también lo rechazó. Luego me hizo algunas preguntas sobre el «merodeador», como él lo llamaba, ya que el funcionario de guardia se lo había contado todo. Pareció quedarse un poco perplejo al escuchar nuestro relato acerca del bote.

—Pues si usted está sorprendido, imagine nosotros... —comenté.

—Para mí, esto carece de sentido —intervino Jill—. ¿Qué demonios...?

—Bueno, ya veremos por la mañana —concluyó, bostezando de un modo que parecía indicar que daba por terminado el asunto aquella noche.

Yo me ofrecí a mostrarle su habitación, y él me replicó que, como estaba de servicio, «no podía acostarse», pero que tal vez se echaría un rato, «aunque, claro, me quitaré los zapatos».

Abrí la puerta de la habitación de mamá y, de pronto, Mantle dijo:

—¡Oh! Por poco me olvido. El funcionario me informó de que usted no tenía ninguna arma, ahora que tenemos en depósito la suya, así que le he traído una para que la sustituya temporalmente. Estoy de acuerdo con que dada la mucha publicidad con que la televisión y la prensa han rodeado este asunto, usted necesita algo de lo que pueda echar mano en caso de necesidad. Le he traído un fusil que tenemos en la oficina. Es viejo, como el suyo. Voy a buscarlo y puede quedárselo, de momento.

Salió y volvió con un fusil. Me lo entregó diciendo:

—Se carga por arriba. Hay que descorrer el cerrojo para cargarlo.

—¡Oh! —exclamó Jill—. ¡Es un Springfield! El del señor Howell es un Enfield, pero a mí me gusta más el Springfield —y al ver la cara de sorpresa de Mantle, explicó—: Cuando estuve en el campamento de verano, nos llevaban a hacer ejercicios de tiro.

—Es muy bonito saber tirar.

Tomé el arma y atravesé con ella la habitación de mi madre en dirección a la cocina. La coloqué en su sitio, tras la puerta posterior de la casa. Cuando volví, Jill se estaba poniendo el abrigo y el policía la

ayudaba.

—Tengo que marcharme —me dijo.

Después de estrechar las manos al recién llegado y una vez hubo recibido de mí una caricia, la acompañé hasta su coche.

—¿Ha ido todo bien? —me preguntó con un susurro.

—Bueno, si él se ha sentido confundido por lo del bote, ¿por qué no habíamos de confundirnos nosotros?

—Pero habrá algo que no concuerde completamente. Cuando algo va demasiado bien, mala señal.

—¿Me quieres?

—Estoy chiflado por ti.

Me atrajo hacia ella y me besó. Luego me permitió que le cerrara la portezuela y puso en marcha el motor. Encendió las luces y yo le hice un gesto de despedida con la mano mientras arrancaba. Volví a la casa e indiqué a Mantle dónde estaba el cuarto de baño, le mostré el cacharro con asa que había debajo de la cama, y le deseé buenas noches.

18

Me levante, me vestí y fui de puntillas hasta el cuarto de baño. Al examinar las toallas comprendí que Mantle ya había estado allí. Me afeité, me lavé y bajé. Al penetrar en el salón, vi que la puerta de la habitación de mamá estaba abierta y la cama hecha. El orinal seguía bajo la cama, y si lo había usado, ahora estaba vacío. Todo se hallaba en orden. Miré al exterior y vi a Mantle junto a su coche, hablando por radio. Abrí la puerta y le dice un gesto de saludo con la mano. Él me devolvió el gesto, pero siguió hablando.

Cuando finalmente entró, le pedí que se sentara y le dije que le iba a servir algo de desayuno. Me dio las gracias y me contestó que comería en la ciudad, pero el tono en que habló era distinto del que empleó la noche anterior. Como Jill se hallaba ausente, allí no se le podía atribuir el cambio. El policía nunca ocultó que la muchacha le resultaba simpática, pero después de que ella se fue, siguió mostrándose muy amistoso conmigo. Por eso yo tenía ahora la impresión de que le había ocurrido algo allí, en mi casa, que explicaba aquel cambio de modales. Luego pensé que me equivocaba, ya que no había ocurrido nada durante aquella noche. Llegué, pues, a la conclusión de que la causa debía ser la llamada telefónica. Quizá le hubieran dado alguna noticia de mamá. Más tarde descubriría que allí, en la casa, le hubieran podido ocurrir cosas, precisamente en la habitación de mamá, donde había pasado la noche. Estaba escribiendo en un cuaderno de notas sin levantar la vista para mirarme. De pronto, me dijo:

—Señor Howell, si es usted tan amable de telefonear a la señorita Kreeger y pedirle que venga aquí para continuar el interrogatorio hoy, me ahorrará a mí tener que hacerlo. Yo le aconsejaría que llamara también a su abogado, al señor Bledsoe. Dígale que venga. Que estén aquí los dos a las once. A esa hora el sargento Edgren se hallará dispuesto a empezar, y probablemente también el señor Knight.

—¿De qué se trata, señor Mantle?

—De cosas que han ocurrido.

—¿No puede darme una idea?

—Podemos dársela, y se la daremos a su debido tiempo.

Miró su reloj, tomó más notas en el cuaderno, y repitió:

—A las once. Acabo de hablar con el sargento. Él estará aquí a esa hora, una vez haya efectuado algunas llamadas.

—¿Sobre este caso?

—Sí, claro.

—¿Qué llamadas?

—Todo a su debido tiempo. Ya se enterará usted.

Hizo un gesto, salió, se metió en su coche y partió. Yo llamé a Jill al Occidental, y entre ambos tratamos de adivinar qué podría significar aquello, cuál sería la causa del cambio, pues de mostrarse como un policía bastante amable la noche anterior, pasó, a la mañana siguiente, a actuar como un sabueso de mirada desconfiada. De pronto, Jill me preguntó:

—Ni siquiera lo mencionó.

—¿Y qué ha dicho del árbol?

—Ni siquiera lo mencionó.

—¿Para nada?

—No.

—Y tú ¿qué le dijiste?

—Estaba demasiado inquieto pensando en la razón del cambio operado en Mantle. No podía pensar también en el árbol. Cada cosa a su tiempo. Cuando ellos terminen el interrogatorio, nosotros podremos empezar el nuestro.

—Se trata de mi dinero.

—Aún seguirá allí.

—Me sentiré mejor cuando lo tenga en mi poder.

Bledsoe no estaba en su casa. Había tenido que ir a pronunciar un discurso, y pasó la noche en Parkersburg. Cuando al fin logré ponerme en contacto con él, manifestó haber llegado muy tarde a su despacho, y se negó a acudir.

—Tengo muchísimo trabajo y no dispongo de tiempo para ir.

Cuando le expliqué cómo se estaba comportando Mantle, decidió presentarse. A eso de las diez llegó Jill acompañada de York, pues al parecer habían hecho las paces tras su pelea. Luego se presentó Bledsoe, y los cuatro conferenciamos sobre lo poco que podíamos decir, tratando de adivinar qué habría pasado. York entró en la habitación de mamá a ver qué encontraba allí, y Jill también entró y rebuscó, pero no hallaron nada en absoluto. Edgren y Mantle llegaron en coches separados, y más tarde apareció el señor Knight. Todos emplearon un tono sombrío y hablaron sin mirarnos a la cara. Knight se mostraba tan serio con los policías como con nosotros. Parecía desconfiar. Bledsoe me miró a mí y luego a Jill, y ésta pareció que quisiera guiñarme el ojo.

Pero Edgren fue en seguida al grano. Pidió a todo el mundo que, por favor, se sentara, y le obedecimos: Jill y yo en el sofá, y los demás en sillas. Empezó dirigiéndose a mí, y se refirió a un papel que tenía en su poder. Supuse que se trataba del informe del funcionario de guardia, en el que se recogía lo que yo dije por teléfono y personalmente a Mantle. Una voz me decía para mis adentros: «No te

las quieras dar de listo, pues no sabes mucho». Así que cuando él me preguntó acerca del bote que dijimos haber visto y de cuántas personas llevaba a bordo, yo contesté:

—Estaba a oscuras y no lo pude ver.

—¿Cómo era de grande el bote, señor Howell?

—Un bote de remos. Eso es todo lo que sé.

—¿Diría usted que era un *johnboat*?

—No puedo decirlo; no lo vi.

—¿Qué buscaban en el árbol?

—No lo sé; pregúnteselo.

—¿Qué cree usted que buscaban?

—Ya le he dicho que no lo sé. Usted tiene muchas cosas que descubrir.

—Yo le daré más detalles —terció Jill.

—No le he preguntado a usted —le interrumpió secamente Edgren.

—¡No! ¡Pero yo se lo digo! Puede que tenga algo que ver con el dinero, con mi dinero, sargento Edgren, no con el dinero del señor Howell o el de usted o el del señor Knight. Se trata de mi dinero, y si usted hace lo que se supone que debe hacer, levántese de ahí y empiece a buscar, en vez de permanecer aquí charlando. Mejor será que vayamos todos, y aún mejor que fuera yo.

—Soy yo el que dirijo esto, señorita Kreeger.

—Pero no muy bien, sargento Edgren.

Eso lo enfureció, aunque no demasiado. Siguió allí sentado, midiéndola con la mirada, como tratando de adivinar qué sabía ella. Yo, a mi vez, traté de adivinar qué sabía él, y tuve la inquietante impresión de que más de lo que nosotros suponíamos. Probablemente se trataba de algo relacionado con un descubrimiento efectuado por Mantle durante la noche. El policía se volvió hacia mí una vez más y empezó a hacerme preguntas sobre mamá. Realmente me puso en un aprieto, sobre todo en lo tocante al día anterior: dónde había estado yo y por qué.

—Estuve buscando a mi madrastra en Flint —respondí—, donde ella vivió antes.

—¿Por qué? ¿Para qué la quería usted?

—Para recordarle que debía estar aquí por si tenía que contestar a las preguntas de usted.

—¿Y qué contestó ella a eso?

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Eso.

—¿No le pareció divertido que usted le dijera algo así y que ella no le contestara nada?

—A mí, no.
—Pues a mí, sí.
—Yo no tengo sentido del humor.
—¿Le dijo cuándo pensaba volver?
—No me dijo nada.
—¿No se lo dijo?
—Es que no la encontré.

Todo el mundo se echó a reír, y Edgren se ruborizó. Entonces intervino Bledsoe.

—Sargento, confieso que yo también estoy sorprendido. Este muchacho ha repetido esto una y otra y otra vez, excepto lo referente a su madrastra. Pero le recuerdo que él no es su guardián, y si trató de hacerla volver le estaba ayudando a usted, no estorbándole en su trabajo, y...

—Él ha estado ocultando algo, señor Bledsoe.

—¿Cree que ha estado ocultando algo?

—Sé que oculta algo.

Hizo un gesto a Mantle, quien dio un golpecito a una cartera de cuero y me dijo:

—Aquí hay una cinta de papel que encontré en esa habitación esta mañana. Al ir a echarme en la cama, me quité la corbata, los zapatos y la chaqueta. La corbata la puse en la cómoda, pero esta mañana, al levantarme, se me cayó en la papelera. Cuando fui a levantarla alcé también esa cinta. Es una faja de las utilizadas para empaquetar dinero, y en ella había impreso: «Drover and Dealers Bank of Chicago». Y escrito a mano, con bolígrafo: «Dos mil dólares, cien de veinte, láminas Xerox del 70061 al 70086.» Cuando telefoneamos a Drover and Dealers, nos dijeron que ésa era la numeración en Xerox de los billetes empaquetados para Trans-U.S. & C. Se colocaron en una bolsa roja con cremallera y se enviaron a Shaw, el pirata aéreo. Reprodujeron esos billetes en Xerox en lotes de a cuatro.

Se detuvo, y Edgren me dijo airadamente:

—Ese dinero ha estado en esta casa. ¿Cómo llegó aquí, Howell?

—No tengo la menor idea.

—Howell, este asunto me ha parecido extraño desde el principio, pero ahora le advierto que si no colabora con nosotros...

—¡Eh, eh, eh! —protestó Bledsoe—. Pregúntele lo que quiera, pero no le haga discursos.

Sabía que Bledsoe debía de estar pasándolo tan mal como yo, pero al menos él reaccionaba con firmeza. Sin embargo, antes de que alguien pudiera decir algo más, Jill intervino:

—El señor Howell —dijo a Edgren— no puede cooperar porque es montañés y ha de ponerse de parte de sus parientes, como esa mamá que usted conoce, esa madrastra suya que robó el dinero, mi dinero,

por si usted lo ha olvidado. Ella pudo haberlo traído aquí. Entonces arrojaría esa faja a la papelera sin que lo supiéramos ni él ni yo ni nadie. Así que dejemos eso, y haga lo que tiene que hacer: ir remando hasta aquel árbol y ver lo que hay dentro de él.

—¿Dentro?

—Algunos árboles tienen huecos.

—Y algunas personas saben lo que hay en ellos sin necesidad de mirar.

—Un tipo que iba en bote estuvo mirando.

—Si es que miró.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si es que hubo un bote. Puede que haya llegado el momento en que yo encuentre ese dinero, de modo que usted pueda fingir que no sabía nada y que lo puso allí otra persona, así que...

Pudo haber dicho más, y yo sentí que la boca se me secaba. Pero antes de que pudiera terminar, de allá abajo, del río, llegó el sonido de una bocina. Mantle alzó su mano, y Edgren le dijo:

—Será mejor que vaya a ver qué es. Parece DiVola.

Mantle se fue y no se dijo nada durante un rato hasta que volvió.

—Es DiVola —informó—. Sus hombres quieren hablar con Howell.

Salí, y Jill me acompañó. Los policías salieron a su vez, y Bledsoe, Knight y York hicieron lo propio. Descendimos por el sendero. Era un hermoso día de primavera. Cuando llegué a la orilla, el fuera borda de DiVola estaba allí, esta vez con dos bomberos a bordo en vez de tres. El que iba a proa se agarraba a una raíz del tocón que aún distaba unos metros de la orilla. Se trataba de un árbol que quizá medía treinta centímetros de diámetro. Flotaba con las raíces apuntando río abajo, y las ramas curvadas hacia abajo por la fuerza de la corriente. Pero a popa del fuera borda había un *johnboat* con los remos en los toletes, y ambas embarcaciones eran arrastradas río abajo. El bombero situado a popa del fuera borda se inclinaba hacia la amarra del johonboat.

—Señor Howell, ¿es éste su bote? —me preguntó el bombero que iba a proa, el que se inclinaba sobre la raíz.

—Eso parece —contesté yo, y cuando busqué con la vista mi bote en la orilla, no lo vi.

Luego, al mirarlo allí, en el río, identifiqué una parte astillada en el luchadero del remo, resultado de una colisión que tuve con un árbol.

—¡Sí, éste es mi bote! —confirmé.

—Tiene suerte. Lo encontré ocho kilómetros más abajo, contra una boya situada en medio de la corriente. Debió usted amarrar su bote.

—Lo amarré —y sacudí el arbolito en el que lo había amarrado.

—Pues deben de habérselo robado —dijo—. Bueno, ahora pasan muchas cosas de esas.

—¡Así que hubo un bote! —exclamó Jill dirigiéndose a Edgren, al que agarró por los hombros y le hizo dar media vuelta.

—Está bien —admitió—, pero eso no prueba nada, excepto que...

—No importa lo que pruebe —refunfuñó Knight—. Hubo un bote. Eso es lo importante.

Se volvió al bombero que estaba agarrado a la raíz, y a quien su compañero había llamado Ed, y le preguntó:

—¿No podrían ayudarnos un poco esos caballeros? Queremos remontar el río hasta un árbol que hay allí; un árbol que quizás está hueco, y ver qué hay en su interior, si es que hay algo.

Ed se volvió al otro hombre, y le preguntó:

—¿Rufe?

—Bueno, ¿por qué no?

Ed se soltó y Rufe manejó el motor, para acercar el bote hacia la orilla. Luego, me largó a mí la amarra del *johnboat*, y la até al arbolillo, tras apartar el bote de la orilla. Entonces Ed preguntó:

—¿Quién va a ir?

Knight me hizo seña de que subiera, y yo me senté en uno de los dos bancos, en el más cercano a popa. Él embarcó también y tomó asiento junto a mí. Una vez acomodado, hizo un gesto a Edgren y a Mantle, quienes ocuparon un lugar en el otro banco. Entonces Rufe maniobró el bote y partimos río abajo. Luego, puso el motor a toda máquina, viramos y empezamos a remontar la corriente. Pasamos junto a la isla por su parte occidental, dejamos atrás mi embarcadero, y llegamos a la embocadura del remanso en cuyo centro se erguía el árbol. El tronco tenía unos sesenta centímetros de diámetro y era blanco, según corresponde a todo sicómoro.

—Ése es —dije.

Rufe dio marcha atrás. Nuestro avance se detuvo, y cuando empezamos a deslizamos río abajo, Rufe nos hizo virar en redondo, dio avance a toda vela y nos introdujimos en el remanso. Rufe dio marcha atrás y redujo la velocidad, de modo que ésta era insignificante cuando tropezamos con el árbol. Rufe se agarró a él y nos detuvimos. Edgren se levantó entonces, y Rufe le alargó una mano para que se mantuviera firme mientras metía la otra en el hueco.

—Aquí hay algo —dijo, y mi corazón aceleró sus latidos, pues yo daba por supuesto que al final habíamos dado con el dinero y que eso pondría fin a todo.

Pero en vez de levantar la bolsa, empezó a tirar de algo que había en el hueco.

—Esta maldita cosa está enredada —se quejó.

—¿Qué es? —preguntó Rufe.

—No sé.

Palpó y pareció estar midiendo distancias, luego volvió a sacar la mano y midió por fuera, desde el borde del hueco. Metió el pulgar en el sitio que había medido, y sacó la pistola.

—No sé si esto va a dar resultado o no —dijo—, pero nada cuesta probar.

Apuntó su arma y disparó. Salió polvo del hueco, y Edgren volvió a introducir la mano.

—Lo he conseguido —declaró, muy satisfecho—. El disparo ha roto la astilla.

Sacó la correa que Jill había cortado aquella noche de la bolsa. El extremo que quedó colgando se había enredado en alguna hendidura del interior del tronco.

—¡Eh! —exclamó Edgren excitado—. Es de color rojo; del mismo color que la bolsa donde se depositó el dinero que se llevó Shaw cuando saltó del aparato. La televisión sigue hablando de ello.

—Pues, claro —convino Mantle.

—Caliente, caliente.

Yo, en cambio, sentía un sudor frío por todas partes.

—¿Hay algo más dentro? —pregunté.

—Yo no palpo nada —contestó Edgren.

Se puso un guante y rebuscó en el hueco.

—No; eso es todo, pero yo diría que es mucho.

—Está bien.

Rufe le ayudó una vez más, pasó sobre Knight y sobre mí, y se sentó al lado de Mantle, el cual se quedó mirando la correa. Pero no me hizo preguntas acerca de ella, ni tampoco Edgren. Rufe, dando marcha atrás, nos sacó del remanso y nos condujo de nuevo al río, siguió corriente abajo y bordeó la isla. Yo estaba pensando qué habría de decir a Jill, cómo podría contarle que el ingenioso plan de Bledsoe, llevado a cabo por ella para complacerme, había fracasado por completo; que su dinero había desaparecido; que el bote que nosotros dijimos haber visto estuvo allí de verdad durante la noche, y que fue precisamente mi bote, robado por alguien, que lo empleó para llevarse lo que era de Jill. Knight saltó a la orilla, pero yo quise ser el último. Esperé a que Edgren y Mantle desembarcasen. A Jill le brillaban los ojos mientras nos miraba inquisitivamente a todos, buscando, claro, su dinero. Como no lo vio, se volvió hacia mí, con expresión interrogativa. Sin embargo, antes de que yo pudiera decir nada, Edgren alzó la correa.

—Bien, jovencita —dijo—. Tenía usted razón: el árbol está hueco y, tal como usted pronosticó, su dinero verdaderamente estuvo allí metido. ¿Había visto usted esto antes?

Agitó la correa y ella la miró fijamente.

—¡La han cortado de la bolsa! —gimió ella—. ¡La bolsa con mi dinero…! ¿Dónde está? ¿Qué han hecho con ella? ¡Dígamelo! ¡Mi bolsa! ¿Dónde está?

—Será mejor que se lo pregunte al señor Howell.

—¿Que se lo pregunte a quién?

—Hable, señor Howell.

—¿Que hable yo, sargento? ¿A qué se refiere usted?

—Bueno, todo coincide. La faja de papel en su casa, la correa enganchada en su árbol, su bote rescatado corriente abajo… Parece claro que aunque a usted le gusta esta chica, le gusta aún más su dinero. De modo que si ella quiere saber dónde está, como ya he dicho, será mejor que le pregunte a usted.

—¡Dave¿¡No puedo creerlo!

—¿Por qué no dice algo, señor Howell?

19

¿Qué iba yo? ¿La verdad? ¿Que por consejo de mi abogado había puesto el dinero allí para que él lo encontrara y nosotros no nos viéramos mezclados en el asunto? Eso nos comprometería aún más sin reportarme ningún beneficio, y además, de rechazo, perjudicaría enormemente a Bledsoe. Al mismo tiempo, me daba cuenta de que aquello podía ser un truco de Edgren, quien tal vez no me creyera necesariamente culpable, pero trataba de probarme para ver cómo reaccionaba yo. A mí no se me ocurría ninguna respuesta. Estaba paralizado, sudando, incapaz de pensar.

Jill, de todos modos, no me hubiera permitido decir nada. Estalló ante mí y ante ellos: lo soltó todo en una verborrea incontenible, desde la idea de Bledsoe a lo que ella misma había hecho.

—...Vadeando hasta aquel árbol, con el agua hasta aquí —señaló su vientre—, con un agua que estaba helada, porque quise complacer a este amigo mío porque me salvó la vida, porque entonces me pareció Dios, y se ha burlado de mí. Y apenas habíamos llegado a la orilla cuando su madre (siento que sea su madrastra) ya empezó a chillar por el dinero, pues no pensaba más que en eso, y ahora que yo lo encuentro, ¡resulta que era en lo único que pensaba él! El y su amigo, el abogado. Sí, señor Bledsoe, usted sabe quién le paga, ¿no? Fue una idea suya para deshacerse de mí, ¿no? Que volviéramos a poner el dinero allí, en aquel árbol, para que los hombres del sheriff lo encontraran, y luego nadie pudiera decir que nosotros supimos en todo momento dónde estaba. Y yo, tan idiota, hice exactamente lo que usted me dijo, con el agua...

—¡Hasta aquí! —gritó Bledsoe—. ¿Es que llevaba el trasero al aire, si me permite preguntárselo?

—En efecto, lo llevaba.

—¡Me habría gustado estar allí!

Eso provocó risas, pero Edgren no dejó de mirar fijamente lo que tenía en su mano. Interrumpió para preguntar:

—¿Quiere decir que ustedes colocaron allí ese dinero? ¿Para que lo encontráramos nosotros? ¿Por consejo del señor Bledsoe?

—¿Tengo que repetirlo? Bueno, si he de hacerlo, lo repetiré. Sí, eso he querido decir. Poco sabía yo cuál era la razón por la que me daban ese consejo.

—¿Y cuándo...?

—Ella era su cliente —interrumpió Knight con sequedad—, y se trataba de su dinero. Si el señor Bledsoe le aconsejó que actuara de modo favorable a la ley, para hacer posible el hallazgo de lo que usted

estaba buscando, no hay nada malo en ello, nada contrario a la ética; cualquier abogado lo habría hecho.

—Pero cuando Howell se llevó el dinero…

—¿Qué pruebas tiene de que lo haya hecho? Si lo está acusando de ese robo, soy yo el que habrá de enfrentarse a un juez en una sesión de habeas corpus para defender la acusación de usted. Y a ese juez no le gusta que lo saquen de la cama de noche. Hasta ahora, usted no tiene pruebas de que Howell hiciera nada excepto matar a un hombre que bien merecía morir. Su tarea es encontrar a esa mujer, la señora Howell, quien, según parece, pudo haber escondido ese dinero. Mientras que usted no la encuentre…

—Está bien, está bien.

—Debería usted pensar lo que acabo de decirle.

—He dicho que está bien.

—Pero podría usted estar pensando otra cosa.

Las últimas palabras hicieron callar a Edgren, pero no a Jill. Ella siguió disparatando, culpándome, culpando a Bledsoe, repitiendo una y otra vez lo que había dicho antes. En pleno espectáculo de Jill, quedé sorprendido al ver a mi madre —la verdadera—, que parecía muy nerviosa. Se hallaba cerca de Mantle, como si llevara allí un rato. Estaba guapísima, pálida a la luz del sol, con una cinta roja en el pelo, un vestido corto que descubría sus piernas, y el abrigo de visón descuidadamente echado sobre sus hombros. Edgren la vio casi al mismo tiempo que yo, y no se sintió encantado.

—Señora —dijo—. Ésta es una investigación del sheriff. Si no le importa, preferimos no tener público.

Entonces yo ya no me pude aguantar, quizá por la tensión que había soportado, y estallé:

—Sargento, ésta es mi casa, y soy yo el que dice quién puede estar y quién no puede estar. Esta señora es mi madre, y se queda.

—No, si yo digo que no.

—¡Maldito sea! ¡Yo digo que sí!

—Howell, le advierto que el empleo de ese lenguaje con un agente de la autoridad es un delito de menor cuantía en este estado, y…

—¡Por Dios! ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—¿Sabe usted quién tiene ese dinero? —preguntó mi madre a Edgren, quien ardía en deseos de volver a hablar.

—¿Y qué le importa a usted lo que yo sepa?

—Es que yo lo sé.

El cambio en la expresión de Edgren, de Jill y de todos fue algo divertido de ver, o pudo serlo si hubiera habido allí algún testigo. Mi madre nos dirigió una serena mirada a todos y cada uno y, por último,

fijó sus ojos en Jill.

—Bueno, Jill —le preguntó—. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Nada.

—¡Pues qué diferencia! Hace un rato estabas diciéndolo a todo el mundo, a voz en grito, y tienes una voz potente y ahora no sabes qué decir. Me consta, o así lo creo, quién se llevó tu dinero la pasada noche. No fue Dave. Tú sabías eso, ¿verdad? Lo has sabido en todo momento, ¿eh?

—Yo no quería creerlo.

—Respóndeme. Sabías que no era Dave, ¿verdad?

—Pues bien; sí, lo sabía.

—Pero tenías que echar la culpa a alguien, ¿no?

—Tal vez.

—Pero ahora crees que yo sé dónde está tu dinero y quién se lo llevó la pasada noche, y por eso estás dispuesta a calmarte…

—¿A dónde va usted a parar?

—Sólo quería saberlo.

Y entonces, dirigiéndose a Edgren, dijo:

—Sargento. Sé, y tengo que reconocerlo, que la señora Howell se llevó el dinero. Ella es mi prima, la madrastra de mi hijo Dave. No creo que conserve esa cantidad. Le dije ayer a Dave que hay algo muy raro en su desaparición que complica las cosas para usted y que, sin embargo, en cierto sentido, las simplifica para mí. Sargento, creo que mi prima ha muerto. Ella no se presentó en Flint, en el campamento minero donde nació, y no puedo imaginármela escapando sin ese dinero. Alguien se lo llevó la pasada noche, eso es todo lo que sé, pero no creo que fuera ella. Doy por supuesto que ella está muerta y eso me libera de todo deber de apoyarla. Quedo libre, por tanto, para ayudarle a usted, si es que acepta mi ayuda.

Entonces Knight se acercó a mi madre y tomó su mano tras hacer una inclinación de cabeza muy cortés. Todo el mundo estaba quieto, aguardando el desenlace de aquella escena. Los bomberos permanecían en su bote observando a Edgren, quizás esperando alguna señal que les revelara qué deseaba de ellos.

Y entonces, de repente, Rufe abrió la boca y dejó caer en el río un borbollón de vómito amarillento que salpicó. Todo el mundo se lo quedó mirando, y luego llegó hasta nosotros un horrible hedor. Jill soltó un grito y vimos aquella cosa espantosa, con una barriga como un barril, los brazos levantados y los ojos queriendo salir de las órbitas. Comprendí que era mamá, y eso que sólo le eché un vistazo, antes de apartar la vista y tragar saliva tratando de dominar mi estómago.

Puede oír a Rufe decir a Knight:

—Ya conozco la respuesta: ella se llevó el bote y volcó en aquel

árbol, cuando el señor Howell pensó (y nosotros también lo supusimos) que la embarcación se había ido flotando en una crecida del río, y se había enganchado en el árbol por sí misma. —Rufe dejó escapar una exclamación y prosiguió—: ¡Se ha soltado! ¡El cadáver va río abajo!

Con el rabillo del ojo pude verlo, girando en la corriente, más allá de las raíces del árbol. Ya no estaba enredado en las ramas. Rufe puso de nuevo en marcha su motor y Ed tomó un gancho del bote. La embarcación viró alrededor del tocón y, finalmente, agarró algo. No pude ver qué era. Tuvo que dar la vuelta al gancho en torno a la proa, mientras Rufe paraba el motor. Luego, Rufe llevó el bote a la orilla y Mantle sacó el cadáver con bastante rapidez, soltándolo sobre los matorrales.

—¿Sabe quién es, Howell? —me preguntó Edgren, volviéndose hacia mí.

—Mi madre adoptiva —le dije.

—Entonces, échele un vistazo para identificarla y nos la llevaremos de aquí.

—¡No puedo mirarla!

—Lo siento, pero tendrá que hacerlo.

—¡No puedo! ¡No quiero!

—Yo la identificaré —dijo mi madre.

—Lo siento, señora, pero lo tiene que hacer un pariente.

—Yo soy más pariente que él. Ella era prima segunda mía. Él era su sobrino segundo, aunque ella le hizo de madre adoptiva. He dicho que yo la identificaré.

Pronunció estas palabras con tal seriedad, que Knight hizo un gesto a Edgren. Yo estaba de espaldas a mi madre y al cadáver, pero oí declarar:

—Ésta era la señora Myra Giles Howell, viuda de Jody Howell, edad treinta y ocho años, sin más pariente próximo que su hijo adoptivo e hijo natural mío, David Howell, y un hermano, Sidney Giles, que vive en Flint, Virginia occidental. Su domicilio es esta casa, cuya dirección es carretera Sesenta, Marietta, Ohio.

—Con eso basta. Gracias, señora.

Edgren se mostró muy respetuoso.

—Ahora —prosiguió mi madre, apartándose a un lado y llevándose el pañuelo a la nariz— creo que deberíamos ir al rancho, aquella casa que ve usted allá, donde vivió en otro tiempo la difunta, y veamos si su coche está allí. Bueno, el coche de mi hijo. Tal como este caballero imaginó —hizo un gesto de cabeza hacia Rufe—, ella se ahogó cuando el bote volcó. Hemos de suponer que su propósito era apoderarse del dinero. Ella abandonó la casa en el coche, y si lo encontramos, todo o casi todo lo que ocurrió aquella noche quedará

explicado.

Por entonces, tras una conversación en susurros con Edgren, Mantle se marchó, supongo que para telefonear desde su coche a la funeraria y, posiblemente, al juzgado. Caminaba sendero arriba, y Edgren, tras mirar en su dirección, dijo a mi madre:

—Está bien, tan pronto como el agente Mantle vuelva, alguien debe quedarse con este cadáver y...

—Nosotros podemos quedarnos —se ofreció Rufe con amabilidad—. Si usted quiere, claro. ¿No le importa que nos apartemos un poco? Hasta la isla, tal vez.

—Claro que no— contestó Edgren—. Gracias. —Y dirigiéndose a mi madre añadió—: Está bien.

Todos nos dirigimos al rancho, Edgren y mi madre delante, Bledsoe y Knight a continuación, y York y Jill tras ellos, conmigo. En cuanto pasamos la cocina vi mi coche, aparcado entre ella y la casa. Cuando abrí la portezuela, vi el bolso de mamá en el asiento, y la llave de contacto puesta. Edgren me hizo abrir la casa, y luego la cocina, de modo que él pudiera efectuar un registro, como ya lo hizo antes. Creo que esperaba encontrar el dinero. Cuando salió, mi madre le dijo:

—Bien. Si quiere que le ayude, he de decirle que debo arreglármelas sola cierto tiempo. Hay personas a las que tengo que ver, para descubrir lo que saben, y son una gente que no hablará si ven un coche de la policía aparcado fuera.

—¿Quiere que nos marchemos?

—Si no es pedirles demasiado...

Knight asintió.

—Está bien —accedió Edgren—. Nos iremos en cuanto venga la funeraria a por ese cadáver. El agente Mantle ya ha llamado.

—Y otra cosa: tendré que utilizar ese teléfono para algunas llamadas muy personales. He de saber si está intervenido.

—Sobre eso, señora, no podemos dar información.

—¿Está intervenido? —preguntó ella secamente.

—No, señora, no.

—Eso es lo que quería saber.

Knight, Bledsoe, York, Jill y Edgren se la quedaron mirando. Mi madre pensó durante un minuto y dijo:

—Bueno, Dave, llévanos en tu coche. Creo que Jill puede venir con nosotros. Tenemos mucho que hacer. Primero, almorzar algo. Al menos, yo almorzaré.

Monté en el coche y mi madre abrió la portezuela del otro lado, apartándose luego para que entrara Jill.

—Tú irás en medio —le susurró.

—Tú irás en medio —repetí burlón—. ¡Que vaya al lado de la ventanilla!

Mi madre vaciló y montó en el coche.

Jill exclamó:

—¡Yo no tengo por qué ir en ningún sitio!

—Bueno, pues entonces ve andando —le contesté.

Me incliné sobre mi madre y cerré la portezuela. Puse en marcha el motor y arranqué.

—No has estado muy amable con ella —me reprochó mi madre.

—No he querido estarlo.

—Es una chica encantadora.

—Es una putilla podrida.

—Tenía motivos.

—¿Qué motivos?

—Cuando una pierde cien mil dólares...

—Noventa y ocho mil dólares.

—Cuando una persona pierde noventa y ocho mil dólares, cosa que te puede ocurrir a ti, se pierden los modales, el amor, todo.

—Ella me llamó ladrón.

—¿No te llamaron eso primero los policías?

—¿Es que ella me tiene que llamar todo lo que me llamen los policías?

—Hay una diferencia.

—Para mí, no.

20

Todos los coches seguían allí. Aparcamos y entramos. Volví a la cocina en busca de algo para comer para mi madre, pero ella me rodeó con sus brazos y me empujó al salón.

—Ya me encargaré yo de eso —dijo—. A ti te han hecho pasar un mal rato. Siéntate, y ya te traeré algo.

Amontoné leña y encendí fuego. Mi madre volvió muy pronto con el almuerzo: un par de bocadillos de jamón, algo de pastel, leche y café. Nos sentamos allí a comer, y uno a uno los coches se fueron marchando, no sin que antes los policías me advirtieran, como siempre, «que no me moviera de la casa». Desearon a mi madre, del modo más respetuoso, suerte en sus gestiones.

Bledsoe hizo lo mismo (estaba muy alterado). Más tarde apareció Santos, quien, ayudado por sus hombres, metió algo envuelto en una lona en su furgón fúnebre. Me preguntó dónde estaba nuestro panteón familiar o dónde había sido enterrado el señor Howell, qué clase de ataúd quería yo, etcétera, etcétera. Me explicó brevemente las disposiciones que habían tomado para la investigación, «que ahora tendrá que ser por partida doble». Mientras él hablaba, Knight llamó al timbre de la puerta, y cuando acudí me dio su opinión sobre el caso. Una vez se hubo marchado, se presentó Jill caminando desde el rancho por el sendero. York iba tras ella, se metieron en sus coches y se marcharon sin despedirse.

Cuando Santos se marchó a su vez, pareció que todo había terminado. Mi madre acabó de comer, se levantó y tomó el teléfono.

—Tengo que llamar a Sid. Debe venir.

—¿Para qué? —pregunté en tono agrio, bien a mi pesar.

—A causa del dinero —contestó.

—¡Al demonio con el dinero! —exclamé yo, furioso—. ¡Y una vez más, al demonio con ella! ¿Quién te va a pagar porque consigas recuperarlo? Ella no, seguro.

—No se trata de ella. Si no me equivoco, se llevaron el dinero los Giles de Flint, que se han portado con ella igual que con otros Giles hace más de tres años. Tengo que sonsacarles.

—¿Y Sid sabe quiénes son?

—Sid lo sabe todo.

—Yo no contaría con él para nada.

—Pero yo lo necesito.

Marcó un número y contestó alguien.

Un niño, por lo que pude entender. Sid no estaba casado, pero vivía con él la que llamaba su ama de llaves, una mujer carnosa que

tenía un par de hijos. Mi madre preguntó por Sid, y la respuesta pareció ser que había ido a Marietta. Dejó recado de que la llamara, colgó y volvió a sentarse en el sofá, junto a mí. Me tomó la mano y la besó y, de repente, las angustias del día desaparecieron. Sólo contábamos ella y yo, en un momento de hermosa paz.

—Bueno, aquí estamos —dije.

—Sí, hijo mío. Y me gusta.

—A mí también me gusta, pero ¿quiénes somos nosotros?

—¿Qué quieres decir con eso de «quiénes somos nosotros»?

—Sabemos quién eres tú, por supuesto, pero ¿quién soy yo? Madre, ¿quién es mi padre?

Cerró los ojos, como si sintiera un dolor, y cuando los abrió no me miró a mí, sino que se quedó contemplando el vacío ante ella.

—Dave —me explicó—, tu padre es un hombre muy importante, alguien de quien te sentirás orgulloso cuando, finalmente, conozcas su identidad. Pero mis labios han estado sellados todos estos años a causa de su esposa, la chica con la que se casó poco antes de conocerme a mí. Ella enfermó casi en seguida, y por eso no pudo ser una verdadera esposa, sino una inválida que depende de él y a la que no puede abandonar, al menos eso cree. Estaba entonces moribunda, han pasado veintidós años y lo sigue estando, Dave. Sufrió un ataque de apoplejía que la volvió tan indefensa como un bebé, y ahora vive en Arizona con su enfermera.

Volvió a cerrar los ojos, se golpeó en la rodilla con su puño y gimió:

—No debería hablar así. Parece como si estuviera deseando que se muriera, y no debo, ¡no debo! Pero tampoco puedo evitarlo. ¡Lo deseo! ¡Le quiero a él! ¡Lo quiero sólo para mí! ¡Ojalá termine este secreto nuestro!

—¿Por qué no pide el divorcio?

—No se libraría de ella.

—A ella no le importaría, y esta situación no es nada buena para ti. ¿Por qué la pone él por delante de ti?

—Le pregunté eso una vez; hasta le grité. Yo puedo ser muy mala. Nací en Flint, Virginia occidental. Pero él me hizo callar, y tuve que calmarle. ¿Sabes lo que me contestó, Dave?

—¿Qué?

—Que ella debe morir.

—Eso me cierra a mí la boca también. ¿Vais a casaros en cuanto ella muera?

—Eso creo yo.

—¿No estás segura?

—Dave, discutimos esto a menudo. Has de comprender. Vivimos juntos. Tenemos una casa maravillosa junto al río, en Indianápolis. Él

me presenta a sus amigos. Los agasajamos juntos en las fiestas. Claro, aparentamos que yo tengo casa propia, al lado, y que soy sólo una amiga. No tengo razones para temer, para sospechar de él. Sin embargo, soy mujer, Dave. Lo creeré cuando lo vea, cuando me ponga el anillo en el dedo.

Sid llamo entonces por teléfono. Cuando le contesté, me habló en tono amistoso, como si hubiera olvidado nuestra trifulca o, al menos, no me guardara rencor. Llamé a mi madre para que se pusiera al aparato, y ella le habló también muy amistosamente.

—¡Sid, tengo que verte! Ha ocurrido algo. Es sobre la Pequeña Myra, pero no puedo decírtelo por teléfono. Creo que está intervenido, así que hemos de tener cuidado al hablar. Pero tengo que verte, Sid. Será mejor que vengas aquí —se interrumpió entonces y escuchó a su interlocutor, quien habló durante un rato, al parecer tratando de averiguar qué quería decirle mi madre.

Ella siguió insistiendo en que el teléfono estaba intervenido, y al cabo de un rato dijo, en tono muy amable:

—Gracias, Sid. Sabía que puedo contar contigo. No te lo habría pedido de no estar segura.

Colgó inmediatamente, pero no volvió a sentarse junto a mí en el sofá. Empezó a dar vueltas por la habitación, y yo me quedé admirando su silueta y su modo de andar, tan ágil que casi parecía que flotaba. Y uno, sin querer, se daba cuenta de lo esbelta que era. De repente, le dije:

—No le has dicho que ha muerto.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

No parecía ser algo que tuviera que ocultar por hallarse el teléfono intervenido, suponiendo que fuera así. Poco a poco, fui comprendiendo que en tanto no lo supiera, tendría que venir a averiguar cómo iban las cosas. Y empecé a preguntarme si no era Sid el individuo que mi madre iba buscando.

21

De repente, mi madre me pidió papel, y yo le entregué un cuaderno. Sacó un bolígrafo de su bolso y empezó a escribir. Luego se levantó y miró fijamente a través de la ventana delantera. Yo miré también, y vi un coche que giraba en la carretera para entrar en el camino. Mi madre arrancó la hoja de papel en la que había estado escribiendo, la metió en su bolso y me devolvió el cuaderno, que yo metí en el cajón de la mesa. El coche era el del tío Sid, y al entrar en la curva cerrada que había frente a la casa, dio media vuelta en ella, se dirigió hacia la parte central de la fachada, rodeó mi Dodge y el coche de mi madre, y aparcó frente a ellos. Era una maniobra divertida, para la que no hallé ninguna explicación, pero la mirada de mi madre mientras observaba aquellas evoluciones desde la ventana demostraba que ella sí conocía su significado. Tío Sid se apeó, y mi madre le abrió la puerta. Lo abrazó, lo estrechó contra su pecho y exclamó:

—¡Sid! ¡Sid! ¡Al fin has venido! ¡Me alegro tanto de verte!

Él la estrechó también y le dijo:

—¡Hola, Myra! ¡Oye! ¡Tienes muy buen aspecto! —y otro abrazo —. Myra, la última vez que tuve noticias de mi hermana fue hace un par de noches, cuando vine de Flint, tras leer todo aquello en los periódicos. David me dijo que ella se había marchado, que se pelearon a causa de aquella chica que no sé cómo se llama. Supuse que se habría dirigido a Flint y esperé, esperé y esperé. Pero no vino —y luego, tras estudiar el rostro de mi madre—: Myra, ¿qué ha ocurrido?

—La Pequeña Myra ha muerto. Se ahogó.

—¿Dices... que se ahogó?

Por el modo como lo dijo tuve la impresión que aquello lo había estudiado, que estaba fingiendo, que Sid sabía ya que mamá se había ahogado o que, si lo ignoraba, al menos lo suponía. Aquello sonaba a falso. Pero mi madre prosiguió, como si él estuviera realmente conmovido, y le dijo:

—Ahogada, Sid, ahogada. Hoy han encontrado su cadáver porque se enganchó en la rama de un árbol, entre dos aguas.

Él escuchó, moviendo de vez en cuando la cabeza, llevándose las manos al rostro y sacándose el pañuelo para secarse los ojos, que no estaban húmedos, por lo que pude ver. Pero se los frotó, de todos modos.

Mi madre prosiguió:

—Para nosotros ha sido un golpe, como podrás comprender, ya que ella era la única, aparte de Jody Howell, que sabía la verdad

acerca de David. Antes no estuvimos nunca muy unidas, pero cuando ella aceptó criarlo y lo trajo aquí, nos quisimos como nunca dos mujeres hayan podido quererse. Hay algo más, sin embargo. Entre tú y yo hemos de hacer una cosa.

—No vayas tan de prisa —susurró—. Dame un minuto, Myra. Aún no me he acostumbrado a ello —y luego, dirigiéndose a mí—: ¿Puedo llamar por teléfono?

Le contesté afirmativamente, y fue a descolgar el aparato. Introdujo una moneda de dólar, marcó y luego habló, pero no supe con quién. Contó en voz baja lo que había ocurrido.

—Mejor será que se lo digas a todos. En cualquier caso, van a enterarse. Es inútil ocultarlo. Volveré tarde a casa. Bastante tarde, porque habré de estar aquí algún tiempo.

Regresó a su asiento, e imprimiendo un tono natural a su voz, preguntó a mi madre:

—Bueno, Myra, ¿qué hemos de hacer?

—Me refiero a esa bolsa, Sid. La bolsa que la Pequeña Myra tomó, la del pirata aéreo.

—¿Se llevó ella esa bolsa?

—Así es, Sid.

—Bueno, un momento. Los periódicos dijeron algo, que la Policía no estaba satisfecha. Pero ¿qué tiene que ver ella con todo eso? ¿Quién dice que se llevó la bolsa?

—Lo digo yo, Sid.

—¿Y en qué te basas?

—Aquí había tres personas. Dave, la chica y ella. Dave no fue, ni tampoco la chica. Así que tuvo que ser ella.

—¿Cómo sabes que los otros no fueron?

—Tengo la palabra de David.

—Que creerás, supongo —dije yo, provocando una situación tensa.

Mi madre se volvió hacia mí y me gritó:

—¿Quieres callarte? ¿Quieres dejarme hablar sin entremeterte? ¿Quieres callarte por una vez en tu vida?

—Sí, me callaré.

Lo dije muy enfadado, y ella se me acercó y me abofeteó.

—¿Y quién dice que alguien se lo llevó? —preguntó Sid como si nada se hubiera dicho—. Por el modo como lo contaron los periódicos, esa bolsa hundió en el río.

—Pues no se hundió.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo ha sido comprobado. El policía que se quedó aquí la pasada noche encontró por la mañana la cinta, con membrete del banco, de uno de los fajos de billetes. Ella debió de traer el dinero

aquí, de modo que la bolsa no se hundió.

—Bien, ¿y a dónde nos lleva eso? Si ella tenía la bolsa consigo cuando se marchó, se hundió con ella al ahogarse.

—El dinero no se hundió, Sid.

Le contó el resto: que Jill encontró la bolsa cuando trataba de pescar un pez, que la volvió a poner en su sitio, que los bomberos encontraron el bote, y el resto.

—Quienquiera que sea el ladrón, fue remando en ese bote, tras robarlo, y se apoderó de la bolsa. Y aquí intervenimos nosotros. Tenemos que recuperar eso, la bolsa y el dinero que hay en ella.

—¿Y por qué nosotros?

—Al día siguiente de ocurrir el suceso, después de que el pirata aéreo recibiera esa cantidad, y una vez Dave lo hubo matado, donó a la chica ese dinero para que no le causara dificultades. Así que ahora es suyo. Y va a ser de nuestra familia en cuanto se case con David.

Abrí la boca una vez más para decir que no, que no estaba interesado en Jill, pero en vista de lo sucedido antes, cuando hablé, decidí retrasar mi observación. Tío Sid se me quedó mirando y dijo:

—Ya me imaginaba yo algo de eso —y luego, dirigiéndose a mi madre—: Yo diría que bueno, que no hay ninguna dificultad, si pudiera hacer algo. Pero te juro que no se me ocurre nada.

—Pues a mí, sí, Sid.

Abrió su bolso y sacó la hoja de papel, la que había arrancado de mi cuaderno, con el texto que había escrito.

—Sospecho de este hombre —dijo ella—, y aquí está lo que quiero que hagas. Síguele el rastro en seguida. Acampa donde él vive, en la carretera del río, cerca de Huntington. Aparca en la calle donde está su casa y vigila a esa sucia rata, averigua dónde va y qué hace y, sobre todo, en qué gasta su dinero. Con noventa y ocho mil dólares en su poder, tendrá que hacer algo: apostar en las carreras, gastar en mujeres o en bebidas… Cuando tengas algo que decirme, dímelo y yo empezaré a actuar desde aquí.

Tío Sid se sentó parpadeando. Miró primero el papel y luego a mi madre. Finalmente, dijo:

—Myra, me pides algo que yo no haré de ninguna manera. No es mi estilo. No sé nada de eso, no tengo por qué tomar una iniciativa en favor de alguien que, como esa chica, no significa nada para mí.

—Ella se va a convertir en uno de los nuestros, Sid.

—Bien, pues cuando lo sea, cuando la conozca y le tome cariño, si es que llego a tomárselo, ya hablaremos. Hasta entonces, habré de decir no.

—Podría ser demasiado tarde. Resultará inútil perseguirle después de que haya gastado el dinero.

—Myra, sigo diciendo que no.

Mi madre acercó su silla a la del tío Sid, y habló en tono más bajo, como si sólo él debiera oírle; como si yo no contara:

—Sid —le dijo en tono muy cariñoso—, aún no lo he dicho todo. No te habría pedido que hicieras una cosa así y pagaras los gastos, las comidas, tu habitación en uno de esos moteles, tu gasolina, el aceite y las propinas... Debí habértelo dicho antes —abrió su bolso y empezó a sacar billetes de a diez de un fajo, poniendo varios al lado de Sid, sobre el sofá, quizá diez o doce. Y añadió—: Me han dado mucho dinero y me alegraría...

Me di cuenta de que tramaba algo, y le dejé que hiciera su juego; pero, al mismo tiempo, empecé a ponerme muy nervioso. Sid miró fijamente los billetes, y no sé lo que pasó por su pensamiento; tal vez que si se quedaba con ellos nadie sabría nunca en qué los empleó. Por último, los tomó y los desarrugó, amontonándolos con cuidado en un fajo. A continuación, sacó su cartera de bolsillo para guardar aquella cantidad.

Ya he dicho que mi madre se había acercado al tío Sid, así que estaban ahora rodilla contra rodilla. De súbito, ella dio un manotazo a aquel fajo de billetes, que botó en la mesa y aterrizó en el suelo, frente al televisor. Sid dio un salto y fue en busca del dinero, pero yo me interpuse y luchamos hasta que lo arrojé contra el sofá. Mi madre, tras alisarse el vestido, tomó la cartera, y luego, arrodillándose junto a la mesa, empezó a contar lo que había en su interior. Parecían, sobre todo, billetes de veinte dólares. Una vez los hubo contado, dijo:

—Está bien, Sid; esto te delata. He contado cien de veinte, exactamente lo que ella se llevó consigo cuando se marchó de esta casa. Debían de estar aún en su bolso cuando tú fuiste la pasada noche a la otra casa, antes de bajar a la orilla a robar aquel bote y después tomar la bolsa de aquel árbol. Bien, Sid, ¿dónde está el dinero?

Cuando mi madre y yo alzamos la mirada, nos encontramos con la azulada automática del cuarenta y cinco con que Sid la apuntaba a ella. Apoyaba el arma en su rodilla.

22

Amenazándonos, nos hizo retroceder hasta nuestros asientos al otro lado de la mesa, junto al televisor. Entonces, con una mano, tomó los billetes de a veinte. Doblándolos, se los metió en el bolsillo del abrigo. Echó mano a la cartera, y también se la guardó. Con los ojos fijos en mi madre, se arrodilló y palpó el suelo en busca de los billetes de a diez, que habían caído allí. Los recogió, se levantó, se acercó a mi madre y los soltó en su regazo.

—¡Has estado mintiendo, puta ladrona...! —le dijo.

—¡Cuida tu lenguaje! —le interrumpí.

Dio un cuarto de vuelta para apuntarme con el arma.

—La he llamado puta ladrona —repitió—. ¿Cómo la llamas tú?

—Yo la llamo madre —refunfuñé—. Y a ti más te vale tratarla con respeto.

—Sigo llamándola puta ladrona, y además de eso, sucia ramera. Y a ti no se te ocurra decir otra cosa, ¿eh?

Su voz destilaba pura bilis, y yo me abstuve de responder. Medí con la vista la distancia a que me encontraba del tío Sid, y calculé la posibilidad de intervenir antes que disparase. Pero mi mirada debió de advertirle. Dio otro rápido cuarto de vuelta, de modo que el arma me apuntara directamente, para dar a entender que iba en serio.

—¡No te muevas! —me gritó—. ¡Quieto donde estás, muchacho!

Volvió al sofá, se sentó y, de pronto, nos ordenó:

—¡Cerrad las manos y extendedlas! ¡Colocadlas sobre las rodillas, de modo que yo pueda verlas! ¡Los puños bien cerrados!

Hicimos lo que nos decía.

—Bien, ¿dónde está?

—¿Dónde está qué? —preguntó mi madre.

—¡La bolsa! ¿Qué crees?

—La tienes tú, Sid. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Y tienes el descaro de estar ahí sentada y preguntarme eso? ¿Después de las mentiras que me has contado? ¿Después de haber confesado de plano que os llevasteis aquella bolsa?

—¿Que yo he confesado de plano? Sid, siempre pensé que estabas loco, pero no tanto. ¡Oh, no! ¿Qué quieres decir con que yo he confesado de plano?

—Anoche dijiste que habías estado aquí y que luego te marchaste. ¡Por Dios, Myra! ¿Quién conocía la existencia de aquel bote? ¿Quién sabía dónde estaba aquel árbol y cómo llegar a él? ¿A quién tratas de engañar?

—Está bien, Sid. Pero yo no soy como tú, gracias a Dios. Yo no

perjudicaría a mis parientes, ni a una chica que fuera a convertirse en pariente mía. Yo no le haría eso a ella.

—¿Qué quieres decir con que no eres como yo?

—Ya sabes a lo que me refiero, Sid. Si no, baja esa pistola y te lo diré.

Bajó la pistola, y mi madre prosiguió:

—Hablo de aquellos chicos, de aquellos dos sobrinos tuyos a los que dejaste morir en la mina de la que estás a cargo. Eran tus socios, ¿no?, en ese negocio que tienes. Los hiciste venir de Logan, ¿no es cierto?, para que te ayudaran en aquella mina y luego fuerais a partes iguales en el reparto de beneficios.

Su negocio, como ya he dicho, era la fabricación clandestina de licores, mezclando maíz y centeno y dejándoles tomar color en barrilitos de madera quemada, con lo que llegaban a parecer bourbon. Luego, los bares de Ohio los compraban por su bajo precio.

—Y suponiendo que lo hiciera —contestó—, ¿qué? ¿Qué tiene eso que ver con la bolsa?

Transcurrió un rato antes de que ella contestara. Permaneció sentada, mirándole fijamente, como tratando de cobrar ánimos para decirle lo que tuviera que decir. Fuera, se acercó un coche, que pasó junto a los tres vehículos aparcados en la curva cerrada: mi automóvil, el de mi madre y el de Sid. Luego, el coche se alejó sin detenerse. Yo no presté mucha atención, recordando que mi madre había dicho que algunas personas no entrarían en la casa si veían coches estacionados enfrente. Resultó que ésta era la razón, pero en un sentido distinto —y mucho más importante— al que mi madre había querido significar.

—Tiene que ver con una rata que dejó morir a unos parientes suyos para quedarse con su parte de las ganancias que habían obtenido.

Finalmente lo dijo, y entonces fue él quien se puso a mirar con fijeza, como tratando de adivinar qué sabía mi madre. Luego, con voz ronca, preguntó:

—¿Cuándo hice yo eso?

—El día que se desplomó el techo en aquella galería sin salida que tú utilizabas para llegar al alambique, la antigua Ajax número tres. Todo empezó a temblar cuando la pala mecánica inició la excavación al otro lado de la montaña. Al derrumbarse el techo en aquel pasadizo, los tres muchachos quedaron atrapados. Podían haberse salvado, ¿no? Se les pudo haber sacado si tú hubieras dado aviso a la Policía o a quien fuera. Pero, ¡no! Habrían descubierto el alambique. Además, estaba el dinero que habíais ganado y que aún no se había repartido. Así que no avisaste a nadie, ¿verdad? Te alejaste de aquellos muchachos, dijiste que se habían ido al Oeste en su coche, y dejaste que se quedaran en aquella mina, donde siguen. ¿No es

verdad?

Se desencadenó una larga discusión, pero no recuerdo bien lo que en ella se dijo, ya que, de repente, tuve la sensación, por algo que oí o por una corazonada, de que alguien estaba detrás de mí, en el recibidor. Debí de hacer algún movimiento o tal vez mi sensación fue demasiado patente, porque, en vez de contestar a mi madre, Sid apuntó el arma directamente a mi vientre, y me conminó:

—¡No te muevas de donde estás o te pego un tiro!

Puedo asegurarles que me quedé donde estaba, pero sin dejar de pensar en qué iría a hacer Sid. Tal vez hacer entrar a alguien, alguien que penetrara furtivamente y se colocara detrás de nosotros. Esto no parecía tener sentido, a menos que quisiera que le ayudaran a llevar cadáveres hasta el río o algo de eso. Todo lo que yo hice, con aquella arma apuntándome, fue seguir sentado allí, sin moverme, tal como Sid me había ordenado. Seguidamente, se volvió hacia mi madre y le dijo:

—No tengo por qué responderte.

—Supongo que no —susurró ella.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo.

—Ya lo imaginaba. —Acarició el arma y se dispuso a proseguir—: Ahora...

Pareció que iba a hablar, pero se limitó a hacer una mueca. Entonces, su interlocutora no se pudo contener más y exclamó:

—¡No es todo! ¡No es todo! ¡Aún no he empezado!

—¡Oh, sí! Has empezado y eso es todo.

—¡Madre! —no pude evitar intervenir—. ¡Por amor de Dios!

—No es todo. ¡Voy a seguir hablando y nadie me lo impedirá! Dijiste que ellos se habían marchado al Oeste, en su coche, pero su coche estaba en tu casa. Luego lo escondiste en el bosque y aquella noche viniste aquí en él. Y al día siguiente, cuando David se fue a trabajar, le pediste a ella que te indicara un sitio para hundirlo en el río. Pero aún quedaba el asunto del dinero, porque si te lo hubieran encontrado encima, te podría haber supuesto veinte años de prisión. Y ella lo escondió por ti, mientras tú remabas en el *johnboat*. Fuiste hasta el sitio donde ella escondió aquella bolsa, hasta el mismo árbol que tú sabías iba a utilizar para esconder algo apresuradamente. Así que sabías dónde estaba la bolsa y te la llevaste,

¿no es cierto?

—Myra, por segunda y espero que última vez, no tengo que contestar a todas las chifladuras que se te ocurra soñar.

—Yo no he soñado con el dinero en aquel árbol. Myra me lo contó.

—¡Maldita seas! ¡Cállate!

—Sid, ¿dónde está la bolsa?

—Eso es lo que vamos a descubrir.
—¿Descubrir? ¿Cómo?
—Buscaremos en tu coche.
Se levantó, haciéndonos un gesto con el arma para que nos dirigiéramos hacia la puerta. Yo me movía hacia allí, pero mi madre permaneció quieta. Luego se levantó, le dio la espalda y tomó el abrigo de visón, que estaba echado sobre una silla en el otro extremo de la habitación. Se lo estaba poniendo con una ligera sonrisa despreciativa, cuando él exclamó sin poderse contener:
—¿Conque he sido una rata para mis parientes, eh? ¡Mira quién habló! ¿Y lo que tú hiciste? ¿Lo que le hiciste a la Pequeña Myra, mi hermana, tu prima, tu pariente? Después de que tuviste a este maldito bastardo allí, en Marietta, se lo largaste a ella diciendo que era suyo y dejando que lo criara por ti. Sí, eso es lo que hiciste, y ella tuvo que aceptar, porque no podía devolver el dinero, y tuvo que casarse con aquella escoria de tipejo. Así que en tu cara, y muy en serio, afirmo que eres una ramera.
—Y yo, que tú eres un ladrón.
—¡Vamos!
Serían las seis y media, aún con luz del día, cuando salimos de la casa. Busqué con la mirada el coche que había llegado antes, con la esperanza de poder gritar pidiendo ayuda, y hacer que sus ocupantes fueran a avisar a la Policía. Pero no había nadie a la vista. Sid clavó su pistola en mis costillas y me ordenó que abriera mi coche. Yo lo hice y él miró dentro, sin encontrar nada, claro. Mandó entonces a mi madre que abriera el suyo. Ella así lo hizo y Sid volvió a mirar. Dos vestidos colgaban ante el asiento trasero. Empleó el arma para apartarlos, pero no vio nada tras ellos.
—Está bien, muchacho. Voy a abrir mi coche y tú vas a mirar en él. ¿De acuerdo?
Me entregó sus llaves, y como yo vacilara, clavó la pistola en mis costillas una vez más. Hice lo que me ordenaba y abrí las puertas. Aquello parecía el nido de un águila ratonera, lleno de toda clase de objetos: una caja de botellas vacías, revistas, una sierra de armero, rollos de tubos de goma, unas bragas y cualquier cosa que uno pueda imaginar, pero ni rastro de la bolsa. Me hizo abrir el portaequipajes, y allí tampoco estaba. Cerró de un portazo el portaequipajes y le echó la llave, y entonces exclamó, furioso:
—¡Volveos los dos a la casa! ¡Entrad y cerrad la puerta! ¡Quedaos allí u os arrepentiréis!

—¡Que nos arrepentiremos! —casi susurro ella—. ¡Eso es lo que él cree! ¡Él sí que se va arrepentir, aunque sea la última cosa que yo haga en este mundo! —cruzó el recibidor y volvió a la cocina, pero

regresó inmediatamente—. ¿Qué has hecho con él? —me gritó—. ¡El nombre de Dios, Dave! ¿Dónde está?

—¿Dónde está qué?

—¡Aquel fusil!

—¡Qué demonios! ¡No sé nada!

—¡No está ahí!

Salió a la puerta principal para mirar. Se oyó un tiro afuera, que astilló el dintel sobre su cabeza. Se tiró al suelo, mientras yo me acercaba a la ventana para ver. Por entonces Sid estaba tomando la curva cerrada, y de pronto me di cuenta de por qué había aparcado de aquel modo, delante de los otros coches. Quería tener una salida despejada si quería marcharse rápidamente. Siguió avanzando, llegó al sendero y penetró en él. Entonces fue cuando mi madre me agarró del brazo.

Porque allí, frente a la casa, entre la oscuridad cada vez más densa, apareció una sombra que no reconocí. Luego pude ver que se trataba de Jill, que empuñaba el Springfield. Avanzó unos pasos y luego se detuvo. Se plantó en el suelo y alzó el fusil. Durante un segundo que me pareció larguísimo permanecí inmóvil. Luego una llamarada cortó la penumbra, y se ovó el ruido seco que un fusil produce cuando es disparado al aire libre El neumático izquierdo posterior del coche de Sid eructó, se bamboleó y se desinfló. El automóvil prosiguió su marcha, pero se salió de la cursa cerrada, trató de acelerar y empezó a cabecear. Luego se desvió, conforme las ruedas delanteras torcían hacia la izquierda, resbaló hacia el badén que había junto al camino y, de repente, volcó. Quedó con cuatro ruedas al aire, las dos delanteras girando todavía. El techo resultó tan machacado como el capó y el portaequipajes. Mi madre y yo echamos a correr, y Jill apareció en el camino gritando, llorando y señalando lo que estaba debajo del coche (o, mejor dicho, encima), aprisionado.

—¡Ahí está! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Oh, por favor! ¡Ayudadme! ¡Antes de que el coche se incendie y se queme!

Claro, allí estaba la bolsa de cremallera, atada por su correa al depósito, donde no podía ser visto en cualquier registro ordinario. Jill se agarró a la bolsa, pero estaba muy bien atada, y empezó a partirse las uñas y a mordérselas y chupárselas. Yo saqué mi navaja y ya iba a cortar la correa, pero cambié de idea, pues recordé la acusación de que la muchacha me había hecho objeto. Me quedé allí, tan tranquilo, y miré cómo se agarraba a la bolsa. Al final, pudo soltar la correa, se llevó la bolsa a su pecho y la acunó como si fuera un niño recién nacido o algo así. Luego, se precipitó en brazos de mi madre, soltando el fusil. Yo lo agarré antes de que se cayera al suelo, y mi madre me dijo:

—Dave, quédate aquí mientras entro y la calmo un poco. Llamaré

a la oficina del sheriff. Tendrá que hacerse cargo de esto. Pero Sid continúa en ese coche y sigue teniendo la pistola. Vigílalo y no lo pierdas de vista.

Se llevo a Jill a la casa, pero no antes de estrecharla y susurrarle al oído:

—Estoy orgullosa de ti, Jill. Te has portado bien, a nuestra manera, a la manera montañesa, como yo quería —y luego, dirigiéndose a mí—: Ahora es una de los nuestros, Dave.

—¿Quiénes son los nuestros? —me oí refunfuñar—. Si estás hablando de mí, no cuentes conmigo.

—¡Claro que no cuento contigo! —exclamó Jill muy enfadada—. ¿Por qué no me dejaste esa navaja? Vi cómo la sacabas. ¡La tenías en tu mano! ¿Por qué no me la entregaste?

—¿Por qué había de prestarte una navaja? Es tu dinero, y eso es todo lo que te importa; no voy a ensuciarlo yo con mis manos o con mi navaja.

—¡Dave! —gritó mi madre.

—¡Llévatela dentro —vociferé— o vas o tener que emplear las manos para tratar de calmarme!

23

Mientras entraba en la casa Jill se iba lamentando:

—¡Tiene dos mil dólares míos en la cartera! Si ese coche se incendia, ¡los pierdo!

Y yo pensé: si alguna vez he estado harto de algo, es de esos dos mil dólares y del resto de la pasta. Mi madre se llevó a Jill al interior de la casa, y durante media hora o más, después de que mi madre me dijera desde la puerta: «¡Están de camino!», no tuve nada más que hacer que patrullar arriba y abajo con el fusil, llamando a Sid de vez en cuando para enterarme de cómo estaba y si había algún modo de sacarlo de allí. Sin embargo, no me vino ninguna respuesta del aplastado interior del coche. Finalmente, entró en el camino un automóvil que transportaba a Edgren y Mantle. Precedía a una grúa, y a ésta la seguía una ambulancia. Lo primero que hicieron fue enderezar el coche volcado, lo cual resultó difícil ya que la grúa tuvo que adelantarse saliendo a campo abierto, ponerse de través y tirar. Pero el suelo estaba blando por la humedad de la primavera, y las ruedas siguieron girando, clavándose cada vez más profundamente, así que, por un momento, pareció que también iba a necesitar ayuda. Pero, de repente, el coche de Sid cayó, dando un golpe, sobre sus ruedas, y el sanitario que iba en la ambulancia abrió la portezuela. En seguida retrocedió, haciendo una señal, como un árbitro pidiendo otro jugador.

—¡Ahí está! —dijo, y añadió—: Nos lo llevaremos. ¿A dónde? ¿Cuál es la empresa de pompas fúnebres?

—Santos —le contestó Edgren.

Cuando la ambulancia se hubo ido y el coche grúa le siguió, remolcando lo que quedaba del coche de Sid, Edgren y Mantle entraron en casa para interrogarme, y para interrogar también a mi madre y a Jill, pero principalmente a esta última. Edgren, en vista de que el caso estaba resuelto, y de un modo que no dejaba lugar a dudas sobre su talento, se mostró muy amable con Jill, repitiendo varias veces:

—Usted tenía razón al pensar que ese hombre se había llevado su dinero y que lo tenía en su coche. Por eso disparó contra su neumático para detenerlo. ¿Qué razones tenía usted para sospechar?

Jill explicó las razones que la habían traído a casa:

—Deseaba hablar un poco más con esta señora, enterarme de cómo iban las cosas, de si ella había oído algo o tenía algo que decirme. Entonces vi este coche y lo recordé de antes, de cuando ese señor Giles vino y el señor Howell lo echó. Así que me quedé por aquí,

cerca de la curva cerrada, detrás de los otros coches, hacia la carretera. Pero luego pensé que sería mejor volver a ver qué pasaba. De modo que aparqué a un lado del camino y vine andando. Luego di la vuelta a la casa y entré por la puerta de la cocina. Tuve cuidado de no hacer ruido, y crucé el recibidor, III hasta acercarme a la arcada, ésa de ahí, 80 donde pude oír lo que estaban diciendo. Luego entraron los tres para dirigirse a los coches, y yo retrocedí hasta colocarme bajo la escalera. Estaba muy asustada, pues creía que ese hombre era capaz de matarme: mi segunda experiencia de esa clase en menos de una semana. Pero no me vio, y tan pronto los tres hubieron salido de la casa, yo me dirigí a la cocina, tomé ese fusil y salí al exterior. Me mantuve cerca de la casa y oí que ordenaba al señor Howell y a su madre volver entrar. Tan pronto como puso en marcha el coche, amartillé el cerrojo y me preparé. Luego...

—Un momento —interrumpió Edgren—. Usted sabía que ese hombre estaba armado, y disparó contra su neumático para protegerse a sí misma o, tal vez, para salvar su vida...

—Algo hay de eso —contestó—. Yo prefiero que un hombre se detenga y mire el cañón de mi arma a tener yo que mirar el de la suya.

—Bien —dijo Edgren. Se volvió hacia Mantle, quien miró las notas que había estado tomando—. Eso lo explica todo. Excepto una cosa: por lo que el señor Howell nos ha dicho, y por lo que su madre ha declarado, cuando se mire el contenido de la cartera de ese hombre, se encontrarán muchos billetes de veinte dólares. ¿Reclama usted ese dinero como suyo?

—¡Claro que sí!

Jill contestó inmediatamente, y Mantle se llevó el bolígrafo a los dientes.

—¿Tiene alguna prueba de que le pertenezca a usted? —le preguntó.

Ella empezó a contar cómo el señor Morgan se lo había dado, pero luego se detuvo, al comprender que no radicaba en eso la dificultad. Debía demostrar que los dos mil dólares de la cartera formaban parte de la donación de Morgan. Los tres se quedaron mirando entre sí, y creo que yo acerté la respuesta.

—Usted requisó la prueba de ese dinero —dije yo a Edgren—. En aquella cinta que el agente Mantle encontró, estaba la relación de las xerocopias que tomaron, de los billetes que esa cinta envolvió y...

—Ellos nos lo demostrarán —interrumpió—. Es cierto. Eso lo simplifica todo. Llamaremos a Chicago, comprobarán sus xerocopias, nos facilitaran los números, y eso pondrá fin a la cuestión. —Luego preguntó a Mantle—: ¿Hemos terminado?

—No del todo —contestó Mantle llevándose el bolígrafo a los

dientes una vez más—. El que ella disparase contra el neumático era justificable, siguiendo la línea de la detención de un ciudadano, si la señorita Kreeger sabía que él tenía su dinero. Pero como no había sido hallado, ella no lo sabía realmente. Ahora bien; basándose en lo que oyó, al escuchar desde el recibidor, sabía con seguridad que si el muerto no tenía la parte mayor del botín —el dinero en la bolsa de cremallera—, al menos tenía los dos mil dólares en su cartera. Y la señorita Kreeger tenía que saber si eran los suyos...

—Así que hubo un *corpus delicti* —dictaminó Edgren— que ella conocía —y, dirigiéndose a Jill—; un *corpus delicti*, señorita, no siempre significa un cuerpo del delito, aunque suele considerarse como prueba de que el delito se cometió.

—Y ello es importante —precisó Mantle con mucha solemnidad —. Sobre todo en este caso.

—Muy importante —corroboró Edgren.

—¡Gracias, Dave! —exclamó Jill sollozando, acercándose y tomando mi mano, que yo rechacé.

—No quiero tu agradecimiento —le dije—. Ni nada tuyo.

Se acurrucó en el sofá, y empezó a llorar estentóreamente.

—¡Dave! —me regañó mi madre—. Debes de estar bajo una gran tensión nerviosa. Creo que te has olvidado de ti mismo. Si vas a casarte con esta chica...

—¡Yo no voy a casarme! ¡Deja de decir eso!

Por entonces, Edgren y Mantle estaban ya en la puerta. Edgren aún pronunció algunas palabras:

—Muchísimas gracias, señora Howell —empezó diciendo.

—Señorita Giles —le corrigió ella.

—Señora Giles, lo siento.

—Señorita Giles. No estoy casada.

—Señorita Giles, gracias por la ayuda que nos ha prestado.

Mi madre hizo una inclinación de cabeza, con cara muy seria, como si estuviera cincelada en mármol.

—Señor Howell, gracias por su ayuda, y a usted, señorita Kreeger...

Pero todo lo que hizo Jill fue gimotear, tras lo cual los policías se marcharon finalmente.

24

Para no alargar el caso la vista se celebró el martes, hace de eso ya una semana, en uno de los salones, de Santos. Asistieron el juez, el doctor Snyder, un jurado de seis personas reclutadas en la calle, el señor Knight, de la fiscalía del Estado, y el señor Bledsoe en representación de mi madre, Jill y yo. Se dictaminaron tres veredictos: dos de homicidio justificado y uno de accidente por ahogamiento, sin que se acusara a nadie. Así se cerró el caso, y los tres salimos de allí libres.

Entonces ocurrió algo que ya referiré más adelante, pero tras eso, nada durante dos o tres meses. Mi madre volvió a Indianápolis y me llamó a menudo, pero no se presentó. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron. Llegó un telegrama de Arizona diciendo que mi padre estaba al fin libre. Así que, al cabo de pocos días, él y mi madre se casaron y se presentaron en su coche, una gran limusina Rolls en cuyo asiento posterior viajaba el nuevo matrimonio, mientras que delante se acomodaban la secretaria y el chófer. Todos los rostros estaban sonrientes. La cena nupcial se celebró en uno de los hoteles más lujosos de Marietta. Mi padre resultó llamarse John Gilmore Rider, de quien yo había oído hablar como presidente de las líneas de autobuses Husky, aunque luego se aclaró que ése no era más que uno de sus muchos negocios. Su cargo de mayor importancia era la presidencia de Polaris Oil, la empresa que inició Husky veinte años antes, como un medio de utilizar el sobrante de gasolina. También se aclaró cómo él y mi madre se habían conocido. Fue en el condado de Logan, en Virginia Occidental, cuando ella era secretaria de la Boone County Coal Corporation, en Clothier, y él un joven accionista de Polaris, que establecía líneas de autobuses. Mi padre llevó a cabo diversas gestiones respecto a mí, empezando por cambiarme el apellido, mandarme a la universidad de Cornell para completar mi educación, y luego trasladarme a Oklahoma para que aprendiera el manejo del negocio de la Polaris, de modo que pudiera sucederle como presidente cuando él decidiera retirarse. Yo le dije que más despacio, que sería yo quien decidiera esas cosas, no él, y le hice reír. Mas para mostrarme amistoso, accedí a grabar todo lo que había sucedido, desde el momento en que Shaw aterrizó hasta que terminó la investigación, de modo que su secretaria pudiera mecanografiarlo, y él se enterara de todo. Aún no se ha decidido nada, pero imagino que iré a Cornell y luego a Tulsa.

Bueno, acabo de contar lo de mis padres, pero no lo de otra

persona, y puede que se celebre otra boda antes de la de mi madre. Tendré que retroceder un poco hasta aquella tarde, después de que los policías se fueron y nos dejaron allí sentados a los tres: mi madre, Jill y yo, en el salón de mi casa. Al menos mi madre y yo estábamos sentados, ya que Jill se había echado. Y mi madre cerró sus ojos diciendo:

—¡Qué maravilloso sería si ese teléfono sonara ahora con la noticia por la que tanto he rezado! Bueno, no rezo por eso. Yo no rezaría pidiendo la muerte de nadie, pero si se ha de producir, ¿por qué no ahora, de modo que tuviéramos una ceremonia doble?

—¿Doble? —pregunté yo—. ¿Doble qué?

—Boda, por supuesto.

—Madre, si tú te vas a casar, estupendo. Estoy encantado. Será un día maravilloso, pero yo no me voy a casar.

—Y tienes razón. Conmigo no, desde luego.

Quien así habló fue Jill, como si volviera a la vida.

—Bien, Jill, tú lo has dicho —asentí—. Y ahora, ¿quieres marcharte?

—Me marcharé cuando esté lista.

—Te irás ahora.

—Anda, ve y dale un beso —me dijo mi madre.

—¿Yo? ¿A quién?

Nadie se movió para irse, para besar o para cualquier otra cosa, pero mi madre insistió:

—¡Eres como tu padre! Terco como una muía, como una muía de esas que tienen en Kentucky, a las que hay que pegar con un palo, un palo grueso, antes de que puedas llamar su atención y acabar con su terquedad. La misma terquedad que me ha permitido esperar veinte años, porque una vez él me dijo que esperaríamos hasta que esa mujer muriese, y era demasiado cabezota para cambiar de idea. Y yo tan tonta he esperado y esperado, sin encontrar ningún garrote. Y ella sigue allí y yo aquí, así que ve y bésala. Te lo digo yo, ¿me oyes?

—No estoy sordo —le contesté.

—¡Tú! —le gritó a Jill—. ¿Por qué no vas en busca de un palo? ¿Por qué no le pegas con él?

—No hay palos.

—¡Pues pégale con esa bolsa!

Al oír eso Jill dio un salto.

—¡Ya estoy harta de esa bolsa! —chilló, prorrumpiendo de nuevo en llanto—. Ha traído la desgracia. Todos los que la tocaron han muerto, y yo no quiero que sea mi perdición —se acercó a la chimenea, se apartó al quemarse las manos, y luego tomó las tenazas, para vaciar con ellas la bolsa. De repente, me di cuenta que quería arrojar el dinero al fuego. La agarré y la volví a arrojar al sofá.

—¡No hagas eso! —exclamé—. ¡Esos billetes sólo tienen gafe para quien los roba o intenta robarlos! Para los otros, tú incluida, es dinero del bueno. Así que tómalo y vete. Es tuyo. Tú vives sólo para él; por él has rezado y has mentido. Acuéstate con él, quítate las bragas y bésalo y, una vez más, ¡vete al infierno!

La obligué violentamente a levantarse y le di un puntapié en el trasero. Ella se volvió, furiosa, y me golpeó en la cabeza con la bolsa, agarrándola por la correa. Perdí el conocimiento, pero primero vi las estrellas. Estuve sin sentido un buen rato, y cuando recuperé el conocimiento no me podía poner de pie. Hice acopio de fuerzas, me levanté tambaleándome y me dirigí de nuevo hacia ella, que tenía los ojos muy abiertos. Sentí un cosquilleo en el labio, y una gota de sangre cayó al suelo. Aunque no me había golpeado en la nariz, ésta sangraba. Jill se acercó, me obligó a sentarme en el sofá y echó mi cabeza hacia atrás, alzando mi barbilla. Mi madre le entregó un paquete de kleenex que sacó de su bolso. Luego se dirigió a la cocina y volvió con dos trapos para secar los platos, limpios, uno de ellos mojado, que me puso en la cabeza. Entregó el otro a Jill, que me lo metió debajo de la nariz y lo sostuvo allí, todo el tiempo sentada a mi lado, de modo que yo podía sentir su calor y suavidad, especialmente la turgencia de sus senos. Empezó a murmurar cuánto sentía las cosas horribles que me había dicho.

—Pero deseaba ese dinero. Era mío y no quería perderlo. —De pronto me dijo—: ¡Pégame!

—¿Qué?

—¡Te he dicho que me pegues!

Se colocó de espaldas a mí, alzó su falda, y se bajó los panties, de modo que se quedó desnuda de medio cuerpo hacia abajo.

—Si no le pegas —observó mi madre— es que hay algo raro en ti.

No le pegué. Seguí allí echado con los ojos cerrados, preguntándome qué tenían que ver con lo que había dicho su calidez, su suavidad y el olor que podía percibir en su pelo, y lo resentido que yo estaba por ello. No podía ver otra cosa, y de repente dejé de estar resentido. En vez de pegarle, la acaricié. Luego la rodeé con mi brazo. Entonces su boca se encontró con la mía. Si ustedes pueden adivinar el resto…

Créditos

Título original: *Rainbow's End*
James Mallahan Cain, 1975
Traducción: Enrique de Obregón
Editorial: Forum: 1983
Colección: Círculo del crimen, 13
ISBN: 978-84-85604-34-0

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford /Rbear / dino51bd*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura